



Oscar Cerruto

CERCO DE PENUMBRAS

© Rolando Diez de Medina, 2015
La Paz - Bolivia

INDICE

El Círculo
Los Buitres
Un Poco de Viento
Junta de Sangres
La Estrella de Agua
Morada de Ébano
El Rostro sin Lumbre
La Araña
Como una Rama Muerta
Alegría del Mar
El Alimento Profético
El Aviso
Retorno de Laura
Adelaida y la Furfia

"Cifra de las rosas" -primer libro de versos de Oscar Cerruto- no es una novedad para quienes conocemos la extraordinaria calidad de su obra poética, en su mayor parte inédita, o desperdigada en trabajos que publicaron revistas y diarios del continente. Pero será revelación para quienes la ignoren, porque denuncia la presencia de un altísimo poeta.

El poeta debe constituirse en el "guardián de su Ángel", tiene dicho Cocteau.

Ciertamente: Oscar Cerruto custodia el suyo con tal sentido de la nobleza del oficio poético y de su decoro de artista, que con esta sola obra se coloca ala cabeza de la poesía boliviana.

Que esta lección de dignidad artística no sea olvidada. "Cifra de las rosas" es el testimonio significativo de una heroica maestría lograda en la meditación y en el silencio.

Estos versos abren las puertas a un nuevo universo lírico: por su riqueza emotiva, por su economía estilística. Inteligencia y sentimiento se reparten sus límites. Pensador y mago señorean el territorio poético. Por eso diré que además de gran poeta, Oscar Cerruto es un conductor intelectual.

Fernando Diez de Medina

El Ministerio de Educación y Bellas Artes, por intermedio de su Departamento de Publicaciones y Difusión Cultural, ofrece al público "Cercos de Penumbras", de Oscar Cerruto. Con ello, cree cumplir un impostergable deber con los lectores de habla castellana, pues Oscar Cerruto, desde la edición de su novela "Aluvión de fuego" hace más de veinte años, no ha entregado a la prensa ninguna otra obra, a excepción de "Cifra de las rosas", cuya reciente publicación en nuestro país ha sido aclamada por la crítica como uno de los acontecimientos literarios más importantes de los últimos años.

Con "Cercos de Penumbras" Oscar Cerruto se consagra como uno de los mejores narradores de la literatura nacional. Ninguno de los libros de cuentos aparecidos hasta hoy en el país, puede compararsele.

La inclusión de una obra de Cerruto en la Antología universal del cuento extraño, editada hace poco en Buenos Aires y su participación en diversas antologías de América y Europa, dicen del prestigio alcanzado por nuestro eximio prosista.

Alberto Calvo

Esta obra se publica bajo el patrocinio del
Ministerio de Educación y Bellas Artes, siendo
Ministro D. Fernando Diez de Medina.

EL CÍRCULO

La calle estaba oscura y fría. Un aire viejo, difícil de respirar y como endurecido en su quietud, lo golpeó en la cara. Sus pasos resonaron en la noche estancada del pasaje.

Vicente se levantó el cuello del abrigo, tiritó involuntariamente. Parecía que todo el frío de la ciudad se hubiese concentrado en esa cortada angosta, de piso desigual; un frío de tumba, compacto.

"Claro -se dijo y sus dientes castañeteaban-, vengo de otros climas. Esto ya no es para mí."

Se detuvo ante una puerta. Sí; esa era la casa. Miró la ventana, antes de llamar; la única ventana por la que se filtraban débiles hilos de luz. Lo demás era un bloque informe de sombra.

En el pequeño espacio de tiempo que medió entre el ademán de alzar la mano y tocar la puerta, cruzó por su cerebro el recuerdo entero de la mujer a quien venía a buscar, su vida con ella, su felicidad, truncada brutalmente por la partida sin anuncio.

Se había conducido como un miserable, lo reconocía. Su partida fue casi una fuga. ¿Pero pudo proceder de otro modo? Un huésped desconocido batía ya entonces entre los dos su ala sombría, y ese huésped era la demencia amorosa. Hincada la garra en la entraña de Elvira, torturábala con desvaríos de sangre. Muchas veces el vió brillar determinaciones terribles en sus ojos, y los labios, dulces para el beso, despedían llamas y pronunciaban palabras de muerte, detrás de las cuales percibíase la resolución que no engaña. Cualquier demora sura, cualquier breve ausencia sin aviso, obligado por sus deberes, por el reclamo inexcusable de sus amigos, provocaba explosiones de celos. La encontraba desgarrada, temblando en su nerviosidad, pálida. Ni sus preguntas obtenían respuesta ni sus explicaciones lograban romper el mutismo duro, impregnado de rencor, en que Elvira mordía su violencia. Y de pronto estallaba en injurias y gritos, la cabellera al aire, loca de cólera y amargos resentimientos.

Llego a pesarle ese amor como una esclavitud. Pero eran cadenas que su voluntad no iba a romper. La turbulencia es un opio, a veces, que paraliza el ánimo y lo encoge. Vivía Vicente refugiado en su temor, sabiendo, al propio tiempo, lo mismo que el guardián de laboratorio, que sólo de él dependía despertar el nudo de serpientes confiado a su custodia.

Y la amaba, además. ¿Cómo soportar, si no como una enfermedad del ser querido, ese flagelo que corroía su dicha, ese concubinato con la desventura? La vida se encargaría de curarla; el tiempo, que trae todas las soluciones.

Fue la vida la que cortó de un tajo imprevisto los lazos aflictivos. Un día recibió orden de partir. Pensó en la explicación y la despedida, y su valor flaqueó. Engañándose a si mismo, se prometió un retorno próximo, se prometió escribirle. Y habían transcurrido dos años. Casi consiguió olvidarla; ¿pero la había olvidado? Regresó a la ciudad con el espíritu ligero; conoció otras mujeres en su ausencia; se creía liberado. Y, apenas había dejado su valija, estaba aquí, llamando a la puerta de Elvira, como antes.

La puerta se abrió sin ruido, empujada por una mano cautelosa, y una voz -la voz de Elvira- preguntó:

-¿Eres tú, Vicente?

-¡Elvira! -susurro él, apenas, ahogada el habla por la emoción y la sorpresa. -¿Cómo sabías que era yo? ¿Pudiste verme, acaso, en la oscuridad, a través de las cortinas?

-Te esperaba.

Lo atrajo hacia adentro y cerró.

-¡Es que no puede ser! Tuve el tiempo escaso para dejar mi equipaje y venir volando hasta acá. ¿Cómo podías saberlo? No lo sabía nadie.

Ella callaba, grave, parsimoniosa. Estaba pálida, más pálida que nunca, pensó Vicente. Lumbres de fiebre encendían sus ojos arrasados por el desconuelo. *Como él había imaginado, con lacerante lástima, cada vez que pensaba en ella.*

-La soledad enseña tantas cosas -dijo. Siéntate.

El ya se había sentado, con el abrigo puesto.

-Hace tanto frío aquí como afuera. ¿Por qué no enciendes la estufa?

-¿Para qué? Aquí siempre hace frío. Ya no lo siento.

No había cambiado. Era así, indócil, cuando la roía alguna desazón. ¿Iba a discutir con ella esa primera noche? Le tomó la mano helada y permanecieron en silencio. La habitación estaba casi en penumbra, otra de sus costumbres irritantes. Pero, en fin, no le había hecho una escena. El esperaba una crisis, recriminaciones, lágrimas. Nada de eso hubo. Sin embargo, no estaba tranquilo: la tormenta podía estar incubándose; debajo de esa máscara podía hallarse, acechante, el furor, más aciago y enconado por el largo abandono. Tardaba, empero, en estallar. De la figura sentada a su lado sólo le llegaba un gran silencio apacible, una serena transigencia.

Comenzó a removerse, inquieto; y de pronto se encontró haciendo lo que menos había querido, lo que se había prometido no hacer: ensarzado en una explicación minuciosa de su conducta, de las razones de su marcha subrepticia, disculpándose como un niño. A medida que hablaba, comprendía la inutilidad de ese *mea culpa* y el humillante renuncio. Mas no interrumpía su discurso, y sólo cuando advirtió que sus palabras sonaban a hueco, calló en medio de una frase, y su voz se ahogó en un tartamudeo.

Con la cabeza baja, sentía pasar el tiempo como una agua turbia.

-De modo -dijo ella, al cabo- que estuviste de viaje.

La miró Vicente, absorto, no sabiendo si se burlaba de él. ¡Cómo! ¿Iba a decirle ahora que lo ignoraba; que en dos años no se había enterado siquiera del curso de su existencia? ¿Qué juego era ése? Buscaba herirlo, probablemente, simulando un desinterés absoluto en lo que a él concernía, aun a costa de desmentirse. ¿No acaba de afirmar que ella lo sabía todo? ¡Bah! Se cuidó, no obstante, de decírselo; no quería dar pretexto para que se desatara la tormenta que su tacto había domesticado esta noche. Decidió responder, como al descuido:

-Sí, estuve ausente algún tiempo.

Sólo después de una pausa Elvira comentó enigmática:

-Qué importa. Para mí ya no existe el tiempo.

-Precisamente -dijo él, extrayendo de su bolsillo un menudo reloj con incrustaciones de brillantes-, te he traído esto. Nos recuerda que el tiempo es una realidad.

Consideró Elvira la joya unos instantes. Sin ajustar el broche, puso el reloj en su muñeca.

-Muy bonito -elogió. -No sé si podré usarlo.

-¿Por qué no?

-Déjalo ahí, en la mesita.

"Parece enferma", pensó Vicente, mientras depositaba el reloj sobre el estuche abierto. Estaba, en efecto, delgada; delgada y exangüe. Pero no se atrevió a interrogarla.

Estalló un trueno, lejos, en las profundidades de la noche. La lluvia gemía en los vidrios de la ventana. Un viento desasosegado arrastraba su cauda de rencor por las calles, sobre los techos.

-Bésame -le pidió ella.

La besó largamente, estrechándola en sus brazos. El viejo amor renacía en un nuevo imperio, y era como tocar la raíz del recuerdo, como recuperar el racimo de días ya caídos. Refugiada en su abrazo, parecía la hija del metálico invierno, un trozo desprendido de la noche.

-Tienes que irte, Vicente. -Se puso de pie

-Volveré mañana.

-Sí.

-Vendré temprano. No nos separaremos más. Te prometo...

-No prometas nada. Estoy segura. El pacto está sellado, vete.

La lluvia azotaba la calle con salvajes rama-lazos de furia.

"¡Maldito tiempo!", rezongó Vicente, calado antes de haber dado diez pasos. "A ver si ahora no encuentro un taxímetro."

Somos prisioneros del círculo. Uno cree haberse evadido del tenaz acero y camina, suelto al fin, un poco extraño en su albedrío, y siente que lo hace como en el aire. Le falta un asidero, el suelo de todos los días. Y el asidero es, de nuevo, la clausura.

Vicente atraviesa calles y plazas. Hay un ser que se desplaza de él y lo aventaja, apresurado, con largas zancadas varoniles, ganoso del encuentro. Mientras otro, en él, se resiste, retardando su marcha, moroso y renuente. El mismo va siguiendo al primero, contra su voluntad. ¿Pero sabe siquiera cuál es su voluntad? ¿Lo supo nunca? Creyó, un momento, que era el saberse libre. Ya libre, su libertad le pesaba como un inútil fardo. ¿Qué había logrado, si su pensamiento era Elvira, si su reiteración, sus vigiliadas se llamaban Elvira? Su contienda -los dos atroces años debatiéndose en un litigio torturado- ¿no tenía también ese nombre? Lúcido, con una lucidez no alterada, percibía, curiosamente, la naturaleza del discordante sentimiento, que no se parecía al amor ni era el anhelo de la carnal presencia de Elvira, sino una penosa ansia, la atracción lancinante de una alma.

La secreta corriente lo lleva por ese trayecto tantas veces recorrido. Vicente se deja llevar. Discurre los antiguos lugares, los saluda, ahora, a la luz del sol; entra en la calleja familiar, luego de haber dejado atrás, a medio cumplir, sus afanes.

Llama a la puerta.

Un perro que pasa se detiene a mirarlo un instante; después sigue trotando, sin prisa, calle abajo.

Vuelve a llamar y espera el eco del campanillazo. Nada oye; el timbre, sin duda, no funciona. Toca entonces con los nudillos, en seguida más fuerte, con el puño cerrado. Ninguna respuesta.

Elvira ha debido salir. ¿Pero no queda nadie en la casa? Retrocede hasta el centro de la calzada, para mirar el frente del edificio. Observa que las celosías están corridas, los vidrios sin limpieza. Se diría una casa abandonada. ¡Qué raro era todo esto!

Una vecina se había asomado. Lo examinaba desde la puerta de su casa, la escoba en la mano. Vicente soportó el escrutinio sin darse por enterado. "Bruja curiosa", gruñó. La vieja avanzó por la acera.

-¿Busca usted a alguien, señor? -preguntó.

-Sí, señora -respondió de mala gana. -Buscó a la señorita Elvira Evangelio.

La mujer tornó a examinarlo, acuciosa.

-¿No sabe usted que ha muerto hace tres meses, señor? -interroga con un retintín en la voz. -Esta casa está vacía.

Vicente se encaró con la entremetida. Esbozó una sonrisa.

-Por suerte -dijo-, la persona a quien busco vive, y vive aquí.

-¿No pregunta usted, acaso, por la señorita Evangelio?

-Así es, señora.

-Pues la señorita Evangelio ha muerto y fue enterrada cristianamente. La casa ha sido cerrada por el juez, ya que la difunta no parecía tener parientes.

¿Estaría en sus cabales esa anciana? Vicente la midió con desconfianza. En cualquier caso, era una chiflada inofensiva; seguiría probando.

-Soy el novio de Elvira, señora. Estuve ausente y he vuelto ayer, para casarme con ella. La visité anoche; conversamos un buen rato. ¿Cómo puede usted decir que ha muerto?

La mujer lo contemplaba ahora con espanto, dando pequeños grititos de desconcierto. Llamó en su auxilio a un señor de aspecto fúnebre, con trazas de funcionario jubilado, que había salido a regar sus plantas en la casa de enfrente, y a quien Vicente recordaba haber visto en la misma faena alguna vez. El hombre se acercó sin dar muestras de apresuramiento.

-¿Oye usted lo que dice este señor, don Cesáreo? Que anoche estuvo en esta casa... con la señorita Elvira... visitándola. ¡Hablando con ella!

Los ojos del jubilado se clavaron, hoscos, en Vicente, unos segundos. No lo encontró digno de dirigirle siquiera la palabra; dio a comprender, con su actitud, que juzgaba con severidad a los jóvenes inclinados a la bebida; volviéndole la espalda, se retiró farfullando entre dientes.

Vicente decidió marcharse. O toda esa gente estaba loca o padecía una confusión grotesca. ¡Par de zopencos! Después de todo, tenía un viso cómico el asunto. Se reiría Elvira al saberlo.

Por la noche la casa estaba toda oscura. Llamó en vano. Sus golpes resonaban profundamente en la calma nocturna. Sus propios golpes lo pusieron nervioso. Comenzó a transpirar; advirtió que tenía la frente humedecida.

Un tanto alarmado ya, corriendo sin reparo por las calles silenciosas, hasta encontrar un vehículo, acudió a interrogar a algunos amigos. Todos le confirmaron que Elvira había muerto. No se aventuró a referirles su extraña experiencia; temía que lo tomaran a risa; peor aún: temía que le creyeran.

Hay una zona de la conciencia que se toca con el sueño, o con mundos parecidos al sueño. Creía estar pisando esa zona, esa linde a la que los vapores azules del alcohol nos aproximan. Y con la misma dificultad del ebrio o del delirante, su espíritu luchaba por discernir la realidad.

Cuando el juez, accediendo a su demanda, abrió la casa de la muerta, Vicente descubrió, sobre la mesita de la sala, el pequeño reloj con incrustaciones de brillantes, en el estuche abierto.

FIGENIA, EL ZORZAL Y LA MUERTE

I

Lo despertó el primer disparo.

¿Era el primero? Por lo menos fue el que sintió subir, nítido, en la noche compacta, desgarrándola como a una tela que cruje al desprenderse y queda abierta en su desgarradura. Los disparos que siguieron parecían ir entrando todos por el vibrante boquete.

Se incorporó en la cama y encendió la luz del velador; la volvió a apagar con prisa casi supersticiosa. Atento a la lluvia de balas que reventaban afuera, en la ancha noche de la ciudad, raspó un fósforo y se puso a fumar un cigarrillo, tranquilo. No había peligro de que un proyectil perdido entrara en su habitación: la única ventana caía sobre un corredor cerrado, y la puerta del cuarto sobre un pasillo del fondo de la casa, protegido por el muro medianero. A menos que el proyectil fuese un obús...

Y se oían estampidos de obuses. "Son morteros", se dijo. "La cosa va en serio". Miró su reloj despertador: eran las dos de la madrugada. De todos modos, ni pensar en dormir. ¿Quién dormía con ese alboroto? Y lo peor era que aquello tenía trazas de durar. "No es un tiroteo cualquiera". Las ametralladoras ladraban en la sombra como perros encolerizados, instaladas, probablemente, en las terrazas de los edificios altos, y en las colinas. Se sentía pasar abajo, en la calle, raudos camiones con gente armada; tiros de fusil y de pistola y confusos gritos aleteantes incrustábanse en las espesas pero ya desflecadas colgaduras del silencio.

Examinó su provisión de cigarrillos: quedaban nueve en el paquete; eran pocos si se consideraba que tenía por delante una noche en vela. Los disparos menudeaban.

Encendió de nuevo la luz del velador y le puso encima una chalina; la habitación quedó casi a oscuras, pero el escaso resplandor subsistente era deseable, como si la luz lo blindara de seguridad.

A las ocho, esa mañana, tenía que ir al Consorcio Términus a formalizar su nueva situación. Lo habían designado auditor de la firma, eligiéndolo entre cincuenta postulantes, ¡por fin!, después de diez pausados años de oficiar de contable en una ferretería. Diez años acantonado en ese ambiente de hierros oxidados, de aguarrás, de pinturas. Alzó la nariz, con disgusto, y paseó la mirada por su habitación; parecía un pájaro de presa husmeando con desprecio los despojos que iba a abandonar. Claro que el Consorcio, extrañamente, se reducía a una oficinita de dos ambientes, con una dactilógrafa y un teléfono; el gerente general tenía una cicatriz en la cara que le cruzaba un ojo, y la ceja partida le prestaba una apariencia siniestra; la secretaria trascendía una pobreza de espíritu desconsoladora. Ese impacto lo molestaba en el fondo de su conciencia, como una eczema oculta, pero el sueldo y las condiciones prometidas eran aduladoras, y le ayudaban a borrar la mala impresión, a ignorarla. Cambiaría de vida; su vida iba a tomar un nuevo rumbo. Podría alquilar un hermoso departamento; podría invitar amigos, amigas; podría viajar. Justamente, conocería Buenos Aires, Nueva York, Río de Janeiro, porque ello entraba en las promisorias estipulaciones del contrato. No por nada se había quemado los ojos estudiando en esos diez años, mientras otros dilapidaban su tiempo (y su dinero) en los bares, en sus infectas y falaces seducciones. No, no es que él fuera un abstemio, estaba lejos de ser un puritano; pero le gustaban las cosas en su lugar, creía en la disciplina, creía en la vida ordenada.

De repente su nariz se ensombreció. Quedó escuchando, un instante, y luego su mano trazó un ademán desalentado.

Esa revolución podía estropear sus perspectivas. Porque era una revolución, no cabía duda. Estaba demasiado cargado de pólvora el clima de aquellos días, el mismo lo había percibido; y ahora estallaba. ¿Qué de trastornos acarrearía? Si para él mismo...

Se disponía a tomar una revista de su mesa de noche, cuando sintió unos pasos apresurados y, luego, unos golpes nerviosos en su puerta. En seguida -como a menudo, había olvidado otra vez echar la llave- penetró en la habitación una mujer.

Casi no se sorprendió. Aquella noche podía ocurrir lo más inesperado; aquella noche lo extraordinario podía asumir categorías vulgares. La mujer se quedó apoyada en la puerta, que había vuelto a cerrar por dentro, con las manos en el salto de cama ligero, temblando. Distraídamente pensó que era la imagen repetida de una película vista en algún lado: el cabello suelto, las manos sobre la seda, el pecho agitado.

La mujer lo miraba como sin verla, y él no sabía tampoco qué decir. No era un hombre desenvuelto, nunca lo había sido, y ahora más que nunca sentía que la palabra se le negaba. Entretanto, advirtió que la mujer era hermosa, mucho más de lo que él pudo apreciar, fugazmente, al cruzarse con ella en la escalera, dos o tres veces, unas semanas atrás. Porque la conocía, así, de haberla contemplado a hurtadillas, tímidamente deslumbrado, en sus casuales encuentros; sin ella, por cierto, se dignase siquiera reparar en su opaca persona. Le parecía altiva, superior. Y allí estaba ahora, pávida, asustada, casi desnuda, ¡en su habitación!

Cerró los ojos y los volvió a abrir; la mujer había desaparecido. Volvió a cerrar y abrir los ojos; la mujer estaba en el mismo sitio. Temió cerrarlos de nuevo, de miedo a que su presencia no fuese más que el elemento de un sueño.

-Perdone usted... -alcanzó a balbucir ella, por fin, mirándolo ya con cierta naturalidad.

Pero en ese preciso instante estalló cerca una granada, como un trueno; la mujer lanzó un grito y se precipitó sobre él, que se halló con su carne temblorosa entre los brazos y con esa ola de perfume envolvente que aspiraba entre su miedo. Porque él mismo estaba asustado. El edificio se estremecía con las explosiones, y un vidrio suelto, en alguna parte, tintineaba como una campanilla de alarma. La mujer sollozaba de espanto, perdido ya el control, emitiendo súplicas entrecortadas.

Estaba asustado, pero notó que no por él mismo, sino más bien por ella: nuevas explosiones y disparos que sonaban muy próximos la habían hecho refugiarse bajo las mantas de la cama; y sintiendo contra él sus largos muslos suaves y duros pensó que ya no le importaba su propia vida. Pensó que la habría perdido gustoso, protegiéndola, muriendo en ese instante, y no a título de un sacrificio consecutivo, sino porque el destino le brindaba la ocasión *de ser superior*, de impartir amparo, de responsabilizarse por la salvaguarda de esa mujer, en términos de hombre.

Empezó a besarla, dueño, de pronto, de una insospechada audacia varonil, obrando como al margen de lo habitual, como desquiciado de su personalidad. Y ella le dejaba hacer, rendida y sin defensa, entregada por completo a su arbitrio. Su mano buscó ardientemente el seno desnudo. Había cerrado de nuevo los ojos, pero ahora la sentía viva y cálida junto a él. Su mano empezó a recorrer ese caudal de riqueza carnal femenina que el destino había dejado caer allí, en su lecho, como el cielo deja caer una estrella. Pronto los labios se encontraron en el denso arrebató de la posesión.

II

Al cabo, la mujer -¿fue él mismo?-, que había quedado como adormilada, se despertó con el silencio. Disparos aislados, lejanos, ascendían de rato en rato en la noche fatigada. Permanecieron callados, uno al lado del otro, escuchando. Y respirando el mismo aire, las mismas interrogaciones, el olor de la violencia en reposo, y el de sus cuerpos paralelamente próximos.

Sin incorporarse, finalmente, ella pidió un cigarrillo. Fumaron, sin hablar, un largo espacio de tiempo.

-Es una revolución -dijo ella.

-Es una revolución -repitió él.

-Usted está al margen, ¿verdad?

No supo él qué responder. Sin embargo, no estaba cohibido; de haberlo deseado, le habría cerrado la boca con un beso.

-Debe de ser una ventaja... la soledad -siguió hablando ella, mientras sometía a un ligero escrutinio su habitación de soltero. -Pero la soledad y yo no nos entendemos; yo me asusto en seguida. Por eso me gustan los locales con mucha gente, con algazara, con música; amo el ruido... Claro que -señaló afuera- estos ruidos son más bien molestos... Así y todo, acaban por... no sé. Quizás, porque yo vivo en la ansiedad. Sólo que, como leí hace poco en un libro... y ahora no recuerdo si fue un libro o una película... a veces siento que detrás de todo lo que hago, detrás de todo lo que pienso, hay toda clase de cosas que nunca comprenderé. ¿No le sucede a usted eso?

Me satisfago con pocos -dijo él, respondiendo sin precisión.

-Va lo veo.

-¿Qué ve usted?

-Carece de ambiciones... porque siempre está al margen.

Se sintió como tocado; no pudo ocultar una mueca de disgusto.

-Carezco de odios, más bien. Eso me pone al margen.

-¿No lo inquieta acaso el destino de nuestro pueblo?

Sonrió sin mostrar su sonrisa. Pensó en sus hermanos muertos en el Chaco; en su madre, pobre vieja, tan valerosa como era, quebrada por la desesperación al conocer la noticia, que no pudo resistir. La imaginaba, vencida, un chal sobre los hombros y una orla roja en los ojos, bebiendo la dosis de sublimado en la casa desierta, y dejándole a él una sensación de rencor y derrota, al saberlo, unas semanas después, en las trincheras.

-Hemos causado mucho dolor -dijo, sin énfasis en la voz. -En nombre de los destinos del pueblo nos hemos despedazado y hemos despedazado a ese pueblo. No; por lo menos que conmigo no cuenten para encarnizarse en esa tarea.

De pronto se encaró con la mujer.

-¿Por qué supone que no soy ambicioso? Ella no contestó sino después de una larga pausa, en que fumó casi con prisa, aplastando después el cigarrillo en el cenicero que él había puesto cerca del lecho.

-Lo advertí cuando usted me miró al cruzarnos, hace un tiempo, en la escalera.

-Creí que usted no había reparado en mí.

-Me miró de un modo poco ambicioso, como sintiendo que no podía aspirar a... nadie.

-Creo que sigo sintiéndolo.

-¿Ama usted a alguien?

-El amor es también una vocación.

-Claro. -Su voz era reposada. -Excepto, tal vez, su... egoísmo; diré mejor su forma de vida. Lo pone a cubierto. Un apego más bien que un usufructo. Pero la vida, de cualquier modo, es difícil; no es cómodo entenderse con ella. ¿No le parece? Se escurre, es burlona...

-Como algunas mujeres. Por lo menos como las que nos gustaría retener -glosó él, contento de haber pronunciado esa frase.

Tendido en la cama, pugnaba por mantener los ojos entornados, seguro de que si los abría se iba a encontrar de nuevo solo, amedrentado, opaco.

-¿Tiene usted algo para beber? -sintió que preguntaba ella.

-Sólo tengo whisky -declaró con mal disimulada vanagloria.

¿Pero lo tendría? Se alarmó él mismo de su estúpida precipitación. ¿De veras lo tenía?

-Venga el whisky -dijo la mujer, y en su voz resonó una nota admirativa.

Vaciló antes de abandonar el lecho. Se puso los pantalones en la oscuridad y a tientas encontró en el fondo del ropero, con alivio, una botella intacta que había ganado hacia tiempo en una rifa. Cuando dio luz de nuevo, tuvo conciencia de su aspecto ridículo, sin zapatos, los tiradores sobre la piel desnuda de los hombros, mientras disponía la botella y los vasos.

-Lástima que nosotros lo echemos a perder -Sí quejó ella después, sin expresión, mientras bebían.

-¿El qué?

-Todo. Podía ser tan distinto.

El calló; las divagaciones no eran su fuerte; es más, se le antojaban una manifestación de frivolidad, y hasta enfermizas.

-Digo que *podía* ser distinto... y es una falacia. No podrá ser ni podremos ser de otro modo; usted con su egoísta soledad, yo con mi engañoso afán de aturdimiento... En realidad, de abyecto romanticismo. Porque en el fondo somos como esas aldeas del altiplano que confinan por sus cuatro costados con la estepa, con el vacío. ¿Va usted a negarlo?

No supo, de nuevo, qué responder. Lo irritaba ese lenguaje porque lo intimidaba, lo hacía sentirse extraño, inferior. A los borrachos sí se les podía aceptar ese despliegue discursivo incógnito, y sonreír, o hasta seguirlos; pero esas palabras en frío le pesaban. La odió un instante, intensamente.

Mientras la mujer seguía hablando, renovó el contenido de los vasos y bebió sin escucharla. No quería escucharla, ¿para qué? Convino en que las mujeres no pueden dejar de decir tonterías; eso forma parte de su naturaleza. Son inteligentes, qué duda cabe, en todo lo demás y por ello siempre le habían inspirado un poco de miedo; no en cambio cuando hablaban porque carecían de aptitud para concebir nada que fuera sensato, y entonces le inspiraban lástima. Se volvió para mirarla; la camisa de encajes se le había corrido sobre un hombro, dejándolo al descubierto, y un mechón de cabellos rubios, que ella apartaba sin mucho empeño, con un gesto de la mano, le cubría graciosamente uno de los ojos. El alcohol despertó en él un áspero sentimiento de ternura, viéndola, al parecer, tan indefensa, sentada en la cama, casi desnuda;

sintió de pronto un imperioso deseo de abrazarla. Pero ella lo rechazó apenas con un ademán indiferente y tranquilo que le dolió más que una bofetada.

Pensó que podía matarla; se hallaba a su merced. Nadie sabría jamás que estuvo en su habitación; nadie pudo verla entrar. Hasta le sería fácil deshacerse del cadáver, puesto que los moradores del edificio, si estaban despiertos, no se atreverían siquiera a entreabrir una puerta y asomar la nariz. Arrastraría el cuerpo en el pasillo, hasta el vacío de la escalera, y lo precipitaría abajo. Atribuirían el accidente a un ataque de nervios, pensarían cualquier cosa. Nada de sangre antes, naturalmente. La estrangularía. No, qué idiotez; la asfixiaría con la almohada. Sintió el sudor correrle tibio por las manos; las tenía crispadas. Comenzó a temblar, poseído por la súbita determinación y, al propio tiempo, por una inexpresable repugnancia.

Tintineaba, otra vez, el vidrio desprendido. No era el vidrio, era un pájaro. Escuchó; un zorzal. El canto misterioso crepitaba en la noche como una ascua de trinos.

Abrió los ojos en la penumbra, con miedo. La mujer no estaba.

El zorzal seguía cantando.

III

Despertó temprano, nervioso. Y de pronto el corazón le dio un vuelco. Se sintió ganado por una vacilante felicidad, pero asombrado. ¿Podía haber ocurrido todo eso, o era apenas un sueño estúpido? En todo caso, un sueño hermoso, sólo que inquietante. Acarició la almohada con la mano queriendo descubrir unos cabellos rubios, sueltos, prendidos al lino de las sábanas; no los encontró.

Se precipitó en el baño, silbando; vistióse luego, con prisa, eligiendo sus prendas mejores. Mientras se ajustaba la corbata reparó en que no sabía como se llamaba ella; no se le había ocurrido preguntárselo. ¡Qué necedad! Bah; podía atribuirle un nombre cualquiera: Margarita, Luisa, Ifigenia... ¡Ifigenia! Sonaba bien, sonaba misterioso, y condecía con la extraña aventura.

Cuando salió a la calle experimentó una sensación de frío. La calle está desierta; ningún ser humano, ningún coche. Tampoco había ruidos. Un pesado silencio, como una niebla de gases asfixiantes, parecía haber caído sobre la ciudad. Comenzó a caminar, incómodo. Después de haber adelantado unas cuadras sin encontrar una sola persona, al doblar sobre la calle Potosí, se asustó de un hombrecito detenido a la puerta de un zaguán; el hombrecito también pareció asustarse. Por un instante se miraron con recelo, luego se instaló al lado del desconocido, naturalmente, sin ninguna explicación, como, cuando llueve, uno busca el reparo de un quicio, con el mismo derecho que los demás. No llovía, por supuesto, pero el hombrecito tenía el cuello del sobretodo alzado, y su presencia en el zaguán era la del que espera que pase un chubasco.

Inmediatamente se encaró con el recién llegado:

-¿Cómo se atreve usted a salir de su casa, con esta revolución?

Aunque tampoco explicó por qué había salido él mismo.

-¿Tenía usted algo muy urgente que hacer? ¿Tan urgente era? -insistió con suspicacia. Por el tono perentorio de su voz, parecía enfurecido.

El explicó que, en efecto, era algo importante

-Muy importante para mí. ¿Comprende usted? Soy el nuevo auditor del Consorcio Términus; iba a ocupar mi cargo. ¿Sabe cuántos eran los postulantes? ¡Cincuenta! Me eligieron a mí. ¡Entre cincuenta!

Una risa seca resonó en el zaguán. El hombrecito lo miraba con ojos sarcásticos.

-Términus... -dijo. .

Tenía una curiosa manera de hacer crujir los dientes postizos.

-Términus -dijo. Y su voz parecía cargada de un gratuito rencor. -¡No hay Términus que valga, señor! ¿No se da usted cuenta? No hay Términus que valga. Viene una bala, ¿y? -repitió varias veces. -¿Y?

Como para darle la razón, disparos aislados comenzaron a resonar, muy distantes, en los barrios de los suburbios. En seguida recrudecieron. Escuchábanse ahora descargas enteras en todos los extremos de la ciudad. Como surgido del suelo, al fondo de la calle, apareció un camión con gente armada. El hombrecito se internó rápidamente en el zaguán, y él lo imitó. Tuvieron apenas tiempo para refugiarse en el primer rellano de la escalera. Pasó el camión hacienda retemblar el piso y alguien disparó contra la entrada; saltaron unos trozos de encalado.

La calle volvió a quedar desierta. El hombrecito salió a la puerta y amenazó al vacío con el puño cerrado. Cuando volvió a reunírsele, en la escalera, lo sintió gruñir "Asesinos", y el crujido de sus dientes subrayó su arrebató, que no se sabía exactamente contra quién estaba dirigido.

Se le enfrentó, de pronto, y se puso a mirarlo con un aire de caballo de mina. Llevaba un sombrero verdoso deformado, con las alas caídas sobre las sienes, como anteojeras. De sus ademanes, no de sus ojos, se desprendía una extraña resolución nerviosa.

-¿Se decide usted a venir conmigo? -gritó casi, por más que su voz era susurrante. -Yo sé donde podemos asestarles el golpe de gracia.

El lo mira tambalearse, el sombrero verdoso hundido hasta las orejas. Sin embargo, no parecía bebido.

-No sé... yo... -comenzó a decir.

Pero el hombrecito se había dado vuelta bruscamente y no lo escuchaba. Un momento después caminó sin prisa hacia la puerta y desapareció. El quedó solo en el zaguán.

Se deja caer en uno de los escalones, sintiéndose, por primera vez, miserable y desamparado. No se atrevía a salir tampoco. Ese camión que pasó disparando lo había descompuesto; el estómago le daba vueltas, y tenía la frente humedecida.

¿Y si cerrara la puerta? La cerró. Parecía aquel un edificio de oficinas; no se percibía arriba, en los pisos altos, el menor signo de vida. Volvió a dejarse caer en uno de los escalones, más sosegado. Pero el estómago amenazaba salirse por la boca, y la cabeza le estallaba. Retorciéndose de dolor se arrastró hasta una esquina del zaguán. Vomitó.

¿En qué mal momento se le había ocurrido salir de su casa? Podía morir aquí, como un paria, sin que nadie se entere. Impotencia y amargura unidas, recordó que en iguales términos podía morir también sin auxilio estando en su habitación. Un árido desaliento se le posesionó del cerebro, y abominó de la soledad en que vivía, de la tristeza enquistada en su alma como un cáncer familiar. Una lágrima corría por sus mejillas, pero era por el esfuerzo de las bascas; la aplastó con el dorso de la mano. Apoyó la cabeza en el escalón inmediato, vencido.

V

Se rehízo al cabo de unas horas. Le dolían la espalda y el cuello. Cuando se incorporó, con esfuerzo, comprobó que le dolía todo el cuerpo. Estuvo un rato de pie, atontado, perdida la

orientación; luego se dirigió a la puerta y la abrió: la calle tenía un aspecto tranquilizador, a pesar de los disparos. Estaba resuelto a llegar a su domicilio y comenzó a caminar como un sonámbulo. La avenida Mariscal Santa Cruz era un hervidero de balas; volvió sobre sus pasos y tomó por la calle Bueno para dar un gran rodeo. Sin cuidarse casi, con una resolución inconsciente, logró alcanzar la Juan Federico Zuazo. Otras gentes se cruzaban con él ahora, mujeres, niños, rostros populares. Un inglés tocado con un casco de guerra pasó corriendo a su lado. Lo siguió, más cauto.

Había alcanzado la vecindad de la avenida Arce. Un par de cuadras más y estaría a salvo. De las alturas de Miraflores, en aquel punto, llegaban descargas cerradas de fusilería. El extranjero que lo precedía no se detuvo; ciego al peligro, atravesó como enloquecido el espacio descubierto, barrido por la metralla, y se internó en la Capitán Ravelo. No se atrevió a imitarlo; comprendió que era una locura. Prefirió esperar; había que esperar. Aguardó agazapado detrás de una barricada abandonada que un grupo de combatientes, de seguro, había improvisado allí con pedrones y adobes. Junto a la barricada yacía un caballo muerto, sin la montura, pero con el bocado y las riendas manchadas de espuma sanguinolenta. Siempre le habían desagradado los cadáveres de los caballos. Eran lastimosos, eran monstruosamente tristes; parecía que la muerte se hacía en ellos más desamparada, fatídica.

Comenzó a llover. No había advertido que, desde hacía rato, el cielo estaba encapotado. Gruesas gotas caían sobre el vientre hinchado del animal y resonaban allí como en el parche de un tambor. Le pareció, absurdamente, que el caballo iba a ponerse sobre sus cuatro patas y a encararse con él, los ojos llameantes de furia; y, absurdamente, abandonó su refugio y se lanzó por el claro, en medio de las balas. Una explosión se alzó a sus espaldas y una mano gigantesca lo tomó con rudeza por la nuca y lo arrojó al suelo; trozos de carne y huesos sangrantes volaban por el aire, le cayeron encima. Se preguntó, en una fracción de segundo, si no era el mismo el que volaba en pedazos, si no eran su propia carne despedazada y su propia sangre las que caían de lo alto. Sólo cuando llegó a las primeras casas de la calle Ravelo, ya a buen reparo, comprendió que una granada había explotado en el sitio que acababa de dejar. Los despojos sangrientos que regaban el pavimento eran del caballo.

Sentado en el suelo, con las espaldas contra el muro de un edificio, "Debo llegar a mi casa", se dijo. "Debo llegar. Por suerte, estoy muy cerca. Si logro llegar a mi casa, tomaré una buena taza de té. Gracias a Dios, tengo un té inglés excelente; té de la India, claro. ¿Conoceré algún día la India? Qué curioso debe ser tomar el té en las propias plantaciones. O en una casa de té, servido por camareros con turbante, tal vez por mujeres semidesnudas de ojos exóticos".

Empezó a caminar de nuevo, adoptando toda clase de precauciones, casi pegado el cuerpo a las paredes, los oídos alerta. Se sentía agotado, la garganta seca, las manos húmedas.

Iba a salir a la avenida Arce cuando surgió, frente a él, un grupo de hombres armados. La urgencia se le hizo espanto. Se encogió sobre sí mismo, queriendo reducirse, arrugarse en la insignificancia. Tal vez convenía que cojeara un poco, tal vez no. Creyó ver que uno de los hombres le clavaba una mirada asesina. ¿Iba a matarlo? Algo le dijo al hombre que era un ser sin importancia, un mendigo, una mosca, y siguió con los demás. ¿O no lo vieron realmente porque él ya había muerto y lo que caminaba no era su ser físico sino su fantasma?

Se detuvo, de repente, frente a una casa. La reja estaba abierta. En esa casa, al fondo, cruzando el jardín y subiendo una escalera, vivía un amigo suyo. Se llamaba Covarrubias; Rafael Covarrubias. Podría entrar; estaba nervioso; peor aun, estaba temblando. Un miedo irracional se había apoderado de él. Necesitaba reponerse; después, más calmado, continuaría a su destino. Conversarían. Necesitaba el calor de una conversación, escuchar una voz amiga. Y tal vez Covarrubias le ofreciese una taza de té, una copa. Además, él le referiría su aventura de la última noche; Covarrubias era un buen catador de mujeres, paladearía el relato. Atravesó el jardín, comenzó a ascender la escalera.

En lo alto estaba Covarrubias, como esperando, con un fusil en las manos. Y solo al llegar a los últimos peldaños él se dio cuenta de que la escalera era descubierta -había olvidado completamente ese detalle- y que una bala llegada de cualquier parte podía haberlo alcanzado por la espalda.

-Has hecho bien en venir. ¿Tienes un fusil? -fueron las palabras con que lo recibió el dueño de casa.

Pero él no escuchaba. Su corazón había dado un salto: detrás de su amigo estaba una mujer, vestida con un grueso saco de cuero y pantalones, empuñando una pistola. Y esa mujer era ella. ¡Ifigenia! La reconoció antes de haber examinado casi su extraño atuendo, y a pesar de llevar los cabellos recogidos en un pañuelo. ¡Era ella!

A él se le había cortado el habla. ¿Qué hacía en esa casa? ¿Por qué estaba vestida de esa manera? ¿Era posible que, en tan corto espacio de tiempo, hubiera podido sobreponerse a su pavor a las balas? ¿Podía ser la misma criatura que la noche anterior temblaba como una dulce hoja en sus brazos? Las preguntas se agolpaban en su espíritu confundido, sin encontrar respuesta. No sabía si saludarla como a una conocida o simular, por el contrario, que no deseaba reconocerla. Pero Covarrubias, omitiendo cualquier presentación, le estaba hablando de nuevo.

-Veo que no lo tienes -dijo. Y se dirigió a la mujer. -Pásame ese fusil que esta detrás de la puerta. Puedo darte doscientos cartuchos. Eso sí, no desperdicies munición. No estamos en condiciones de malgastarla. Por ahora...¿Entendido?

La mujer trajo el fusil y él lo recibió como un autómatas, sin saber que partido tomar y sin dejar de mirarla, fascinado. Ella no había abierto la boca y parecía eludir su mirada. Creyó descubrir una vaga sonrisa sarcástica flotando en sus labios.

Covarrubias hablaba otra vez, con tono perentorio.

-Yo bajaré primero. Luego me siguen ustedes. ¡Vamos!

Lo vio lanzarse escaleras abajo. En seguida la mujer paso a su lado, sin decir palabra, pero ahora sí mirándolo. Una mirada fugaz, intensa, de la que no pudo desprender ningún mensaje.

-¡Vamos! -gritaba abajo Covarrubias.

-Aturdidamente inició el descenso de la escalera, con el fusil estorbándole en las manos. No sentía ningún deseo de salir a la calle, y menos en el plan en que iba a embarcarlo, en que lo embarcaba ya Covarrubias. ¿Pero qué excusa invocar para quedarse? ¿Qué decir si su cerebro se negaba a funcionar? Tal vez ya abajo lo salvara algo imprevisto. Hasta es posible que Covarrubias decidiera irse solo. En ese instante un pájaro cantó en el jardín. ¡Un zorzal! Se preguntó, sin atención, si no sería el mismo que oyó cantar desde su cama la noche última, la noche de Ifigenia. Quiso apresurarse. Quiso mostrar una soltura irrecuperable, sabiendo que ella lo estaba mirando. Hallábase ya a mitad de la escalera. Y de pronto sintió un violento golpe en la frente, como si una enorme luz hubiera estallado en mil fragmentos dentro de su cráneo. Su cuerpo dio un salto en el vacío y fue a caer en medio del barro del jardín, las manos todavía aferradas a la inútil arma.

Y, de modo misterioso, se hizo un extraño silencio en toda la ciudad, sólo turbado por el menudo gorjeo del ave escondida entre las hojas.

LOS BUITRES

CUANDO subió al tranvía, no advirtió de momento su presencia.

Había dejado pasar un taxímetro, sin detenerlo -no sabía por qué-, luego dos omnibuses abarrotados de pasajeros. No quería viajar incómodo, no quería exponerse al maltrato de las aglomeraciones; las odiaba. Pero los tranvías no le eran menos aborrecibles; le parecían vehículos para viejos y mujeres gordas, artefactos asmáticos y ruidosos. Se decidió, sin embargo, por ese que se acercaba dando cabezazos. Una señora joven con una niña se habían detenido a su lado. "Si suben ellas, lo tomo", pensó. La señora hizo una seña al motorista, y el tranvía, jadeante, se detuvo. Subieron los tres).

Pero al llegar a la mitad del pasillo sintió -sin que la sensación tomara forma en su conciencia- que algo de irregular había allí dentro, en las personas o en la atmósfera.

(El tranvía partió con brusquedad; sus nervias vibraron, adaptándose al aire rumoroso de hierros y vidrios que circulaba en su interior).

Fue entonces cuando percibió algo como un fluido, y sus ojos se pusieron a buscar involuntariamente de dónde provenía ese llamado. No se sentó en seguida, ni avanzó por el pasillo, sino que tomándose de un asidero deja errar su mirada un segundo, como si esperase encontrar a un conocido, mientras buscaba acomodo con movimientos calmosos, de autómatas. Ocupó al fin el primer sitio que halló libre; se disponía ya a desplegar su diario cuando, de repente, una muchacha, sentada en uno de los asientos delanteros, volvió la cabeza. Fue como un choque. De inmediato supo que era eso lo que lo había turbado vagamente, y ya no apartó casi los ojos de ella. En el breve instante en que se cruzaron sus miradas, buscó hasta el último, detalle de su rostro, y como en una súbita instantánea, quedó grabado en la placa de su cerebro. Ahora que miraba su pelo de color de miel, suavemente ondulado, luminoso, sabía como era ella. Y aunque no la había oído hablar, conocía el timbre de su voz, clara, nítida, sin diapasones sentimentales. Estaba enterado de todo eso, y, sin embargo, no habría podido describirla. Cuando se esforzaba por hacerlo, con la mirada fija en sus cabellos, mientras el tranvía rodaba bajo el sol por las verdes alamedas próximas a la Plaza Italia, sólo conseguía arribar a la convicción de que era dulce, femenina, con unos labios de un rojo pálido y una luz en las mejillas que iluminaba y al propio tiempo diluía los demás rasgos de su cara.

El guarda se le acercó. Un poco confundido alargó la moneda (acababa de advertir que la tenía fuertemente asida entre los dedos, como un niño).

Se había ubicado cuatro o cinco asientos más atrás, y recordó que antes de hacerlo, en ese segundo en que se mantuvo de pie, buscando, la había visto por la espalda (la acompañaba una amiga, quizá su hermana, sentada a su lado), sin detenerse en ella, que por detrás se confundía con los demás pasajeros, como si su magnetismo femenino sólo obrase por el oficio de sus ojos o de su rostro.

Subían y bajaban los pasajeros. El tranvía seguía rodando, con un estrepito de hierros sin aceitar, quejándose y sacudiendo su armazón estropeada. A los costados se elevaban ahora los altos edificios de la calle Santa Fe, lúcidos de cal hiriente bañada de sol, mientras el guarda, en la plataforma, tiraba enérgicamente del cordón de la campanilla, con la primavera repicando en su sangre.

La muchacha no había vuelto a mirarlo. Hablaba con su compañera, parecía ignorar por completo su presencia. Pero el fluido imponderable continuaba actuando en sus nervios, y eso le decía que estaba tácitamente en comunicación con su pensamiento.

Grupos de mujeres jóvenes, vestidas con telas ligeras, de colores alegres, flotaban en el río del tránsito. El tranvía bogaba como un cetáceo, entre las olas de la calle, los racimos humanos peligrosamente colgados de sus barrotes. Así cargado viraba -con ese chirrido en el que se evade el doloroso cansancio del hierro- por la esquina de Paraguay y Maipú cuando asomó un inmenso camión, como un monstruo furioso, y se abalanzó rugiendo sobre él. El pasaje grito, paralizado. Pero la bestia relampagueante cruzó a dos pulgadas de la tragedia. No había sucedido nada. A lo más, unos paquetes que rodaron por el suelo. Pensó, sin embargo, en abandonar el vehículo. Seguiría a pie, o tomaría un taxímetro. Ese armatoste lo inquietaba. "Me van a matar cualquier día", se dijo. Pero en seguida rechazó los absurdos presagios. El tranvía siguió rodando perezosamente; su mismo traqueteo sosegado pareció devolverle la confianza; la risa despreocupada de una pasajera acabó por disipar sus recelos. Además, estaba ya cerca de la calle Corrientes.

Las edificaciones se hicieron familiares; las reconoció: ésa era la cuadra en que habitaba; tenía que bajar. Pero algo lo ataba a su asiento, algo le impedía dejarlo. Sólo entonces comprendió que era la desconocida, y cuando llegó a la esquina en que debía descender, siguió en su sitio, sin moverse. "Es ridículo", pensó, profundamente turbado. Nunca había hecho eso. No acostumbraba seguir a las mujeres que encontraba en la calle. Es cierto que era un hombre solo, que amaba la vida. Es decir, que le habría gustado compartirla con uno de esos seres puros y delicados. Tal vez era su obligación buscarlo. Pero un recato íntimo le impedía confundirse con un perseguidor callejero. Tuvo la impresión de que él guarda lo espiaba, que tiraba con más violencia del cordón de la campanilla. En seguida, viendo su rostro joven y desaprensivo, comprendió que su sospecha era ilógica, puesto que el guarda, probablemente, no lo había visto en su vida.

Dejaron atrás la Avenida de Mayo. Habían llegado a los barrios del sur de la ciudad, y se deslizaban ahora por un bulevar espacioso, sólo que marchito, como sin amparo. Al fondo, el humo de las fabricas ensombrecía el cielo. "No puede ir muy lejos", se dijo. "Tiene que bajar pronto". El tranvía se iba vaciando. Observo, asimismo, que a medida que se internaba en los suburbios de la población, el día se apagaba paulatinamente.

Atravesaron el Riachuelo, espeso como un vino.

Las dos muchachas seguían en sus asientos, sin hablar. A la luz declinante de la tarde, solo divisaba ahora sus espaldas rígidas, por las que trepaban las sombras, como devorándolas. El tranvía, poco a poco, fue quedando solitario; sólo ellas -ellas y él- permanecían inmóviles en su sitio.

Cayó la noche. Luces siniestras iluminaban una ciudad desconocida. Ojos cargados de crimen log miraban pasar desde la tiniebla. Un viento perverso ambulaba por los rincones de las calles, arrastrando desolación y hojas muertas. No sabía en que lugar se encontraba ni por que estaba allí ni adonde se dirigía.

En el interior del tranvía goteaba una claridad amarilla. De vez en cuando subían unos pasajeros esfumados y volvían a desaparecer, misteriosamente, sin que el vehículo se detuviese.

Enfilaba dando saltos por una región lamida por el abatimiento, en la que se escurrían sombras apelotonadas, a ras del suelo. En lo alto soplaba el viento enfurecido. Relámpagos como navajas desgarraban la noche. En el seno de la obscuridad se incubaba una tormenta. Truenos apagados rodaban en la lejanía. El tiempo había cambiado. Hacía frío. Se sintió helado; una humedad peligrosa como una fiebre lo calaba hasta los huesos.

Y de pronto se derrumbó el temporal. Masas de agua negra caían sobre el tranvía; resonaban los truenos hondamente, como galgas que se despeñan en un precipicio; y el vehículo zizagueaba en la sombra perseguido por los rayos y los relámpagos.

La tempestad bramó toda la noche. El tranvía siguió corriendo embozado en la cólera nocturna, traqueteando, ciego, tenaz, sin detenerse, como impelido por esa cólera, que sólo cedió al amanecer. Volvió a lucir el sol, pero pálido, ahora sobre una ciudad extraña. ¿Qué ciudad era ésa, que él nunca había visto? Cubos y torres grises sucedíanse unos al lado de otros, y entre sus vagos muros, habitantes de niebla, fantasmales. ¿Hablaban esas gentes, pertenecían a su mundo? Subían y bajaban; él las sentía cerca, rozándolo, y al mismo tiempo lejanas, como irreales, pero amenazantes. Todas parecían a punto de volverse contra él, de mirarlo con ojos de fuego, de desenfundar heladas armas. Pero en seguida el sol se hundió de nuevo, rápidamente; reinó otra vez la obscuridad. Bandas incógnitas y ebrias saltaban al tranvía, silenciosas o vociferantes, volvían a desaparecer. Los perros aullaban a lo lejos. Y se alzaba el día y caía la noche, y el tranvía seguía rodando sin detenerse.

Sólo las muchachas no se movían. Ni hablaban. Ni lo miraban.

Ahora la campanilla se agitaba débilmente. La mano del guarda parecía fatigada. La miró asida al cordón, y vio que era una mano de viejo, con la piel rugosa y seca. Siguió la dirección de la mano cuando ésta descendió y, horrorizado, con un nudo de angustia en la garganta, advirtió que el guarda había envejecido: sus cabellos, blancos, lacios, le colgaban como ramas de cerezo sobre los hombros y la espalda; hondas arrugas cruzaban su rostro en todas direcciones. Su uniforme había perdido color y forma; aparecía deshilachado, lleno de remiendos.

Tuvo miedo de llevarse la mano a la cara, de mirar siquiera la piel de sus manos. La sangre había dejado de latir en sus sienes.

Con los sentidos como suspensos sobre él mismo, ingrátido, ausente, percibía la ascensión penosa de las ruedas por una angosta quebrada. Las horas resbalaban afuera a modo de gotas de tiempo, opacas, por las barbas eternas de las montañas.

Luego el tranvía entró en una vasta extensión desierta y se deslizaba ahora sin ruido, blandamente, en medio de un aire inmóvil y congelado. Su marcha era fácil, pero lenta, inquietante. Como si con el ruido hubiera desaparecido algo esencial, algo vital y tranquilizador, semejante a la facultad misma de sentir y de escuchar. Como si bruscamente hubiese ensordecido.

Su corazón repicaba con la presión de las alturas.

El aire helado se hizo denso. Pareció estacionarse en el interior del tranvía, pesado como el sueño de la arena. En todo el contorno, afuera, no se distinguía el menor signo de vida. Una luz extraña, irreal, estancada como el aire, bajaba de alguna parte sobre el árido paisaje. Casi se respiraba una atmósfera de cripta. Un ligero graznido atrajo su atención. "¿Acaso estaré muerto y...?", se dijo, estremeciéndose, sin atreverse a completar su pensamiento. Miró frente a él con alarma: sobre el pecha de la muchacha se hallaba posada un buitre. Su plumaje negro parecía descolorido. con esa condición del lodo y la herrumbre, que le daba apariencia repulsiva de rata, de murciélago. Se preguntaba cuando había entrado allí, por dónde. Y en medio de su preocupación, casi superflua, advirtió con espanto que el pájaro no estaba ocioso, ¡que el avieso pico se ensañaba en uno de los ojos de la muchacha, la cual permanecía rígida como una estatua y muda, como su compañera! Se alzó prontamente de su asiento, para espantar al intruso, y para descubrir en ese mismo instante que una espesa nube de buitres volaba junto al tranvía, escoltándolo. Algunos trataban de introducirse por las ventanillas cerradas y sus picos repiqueteaban en los cristales con un redoble sordo y funeral. No alcanzó a dar dos pasos; por la puerta delantera irrumpió un huracán tenebroso; las furiosas aves carniceras se estrellaban engeuecidas contra las paredes del tranvía y contra su propio pecho. Se defendió con los puños crispados, golpeando al azar; esforzándose por proteger sus ojos de la agresión iracunda. La tromba de buitres seguía penetrando inacabable, era cada vez mas ávida y poderosa. La sintió encima de él, como una ola. Vaciló. Trastabilló. Fue a caer sobre el filo de uno de los asientos. Un

sudor viscoso como la sangre le humedecía la frente. Pudo levantarse de nuevo; comenzó a retroceder. La rabiosa acometida lo empujaba hacia el fondo, hacia atrás; era un viento de cólera desencadenado; una columna turbia que bajaba sobre su cabeza, un brazo de la muerte. Se debatió unos instantes en el marco de la puerta, enredado en la pierna inerte del guarda allí caído (la tierra volaba bajo sus pies con un hervor de vértigo) antes de lanzarse al vacío.

Tuvo la visión del tranvía, que fugaba por la meseta lunar, en un altiplano de luz difusa, y se perdía rápidamente en el horizonte, perseguido por una oscura humareda de alas.

..

UN POCO DE VIENTO

*La calle abierta como un ancho sueño
Hacia cualquier azar.*

Borges

EL día ha resbalado pesadamente sobre mi cansancio. Tendido en la cama, sentía deseos de hundirme de golpe en un pozo, un tubo de olvido, parecido a la muerte sin su condición definitiva. O de asomarme a la ventana y decir una palabra que detenga, paralizados, a los transeúntes. Sé lo que representan estas flaquezas; las conozco. En mi habitación entra el crepúsculo. Un humo delgado se eleva delante de mis ojos. Ni siquiera es llanto. Ni siquiera tengo ánimo para descansar en las lágrimas. Hace rato que vivo sin peso, vacío, como los viejos o como los exhaustos. Esto indica cierta bajeza intelectual; también lo sé. Pero si he de avergonzarme será para asumir una preocupación, pensar una salida, y eso es peor.

En la habitación contigua plancha alguien. Tal vez mi madre. Se escuchan, espaciados, los pequeños ruidos domésticos: cuando desenchufa la plancha, cuando abre la puerta de un mueble, cuando se dirige a la cocina con blandos pasos resignados.

El crepúsculo llena la ventana, obscureciéndola. Es necesario abrirla. Me asomo al mundo. Afuera, en la calle, se han encendido las luces de la ciudad, y pasa toda esa gente que pasa al atardecer. Suenan sus pasos como escamas arrastradas por el viento en la arena; se deslizan por el asfalto o golpean brevemente las losas de las aceras; se detienen, remansados, dueños, al fin, en esta hora postrera del día, de su libertad de adormecerse. Pasos, pasos, oleadas de pasos, nerviosos, ágiles, sobresaltados o desaprensivos, ruedan con las primeras sombras, y con los primeros reflejos de la luz se precipitan como a impulsos del viento de la noche.

Una radio aturdida, en un piso vecino, emite tiradas de boleros dulzones. Sube el ascensor con fatigado esfuerzo de asmático. Se detiene. Suena el timbre, y asoma el diario por debajo de la puerta, como un intruso con su carga de chismes.

Bueno; es hora de radar yo mismo, de mezclarme en esa marea lenta y numerosa que se derrama en las calles. Pertenezco a la calle, pertenezco a la ciudad, formo parte de su elemento, soy un ingrediente de su aniquilación y su desprecio.

(CONYUGES

Salían los tres, siempre juntos. Iban algunas tardes al cine, y los domingos al bosque de Palermo, llevando una cesta con la merienda, una radio Zennit portable y las sillas de lona. En esas ocasiones el marido conducía el coche del amigo, y la mujer se sentaba en medio de los dos: el marido muy tieso y satisfecho en el volante y el viejo adepto de su mujer con un habano entre los dientes. Lo mismo cuando iban a Mar del Plata, a la llegada del verano. El viejo extraía algunos billetes de su cartera y se los daba a la mujer, para que apostara en la ruleta, y la mujer le pasaba unas fichas al marido. El viejo no jugaba, pero después los tres hacían el recuento de las ganancias, que el marido embolsillaba sin acuerdo previa, o comentaban las adversidades de la suerte, si perdían, y el viejo los llevaba a cenar con un buen vino en un restaurante caro. En la playa, el marido, que era un buen nadador, se internaba por largo tiempo en el mar, y la mujer y el viejo, tendidos en malla sobre la arena, quedaban hablando, muy juntos, y tomaban helados, entre risas sofocadas y pellizcos subrepticios.)

Bajo la lluvia clara, roja, azul, brillante que desciende de los edificios, de los avisos, de las, peluquerías, de los bares, de los comercios, de los cines, de la noche, de su esplendor ciudadano y ruidoso, mi marcha apresurada y sin objeto. Imbricada en la marea humana, en la oleada del tránsito, rompiendo su espuma luminosa y negra. Sin objeto. Alegremente vacío.

Hasta la música, hasta el silencio de la música, que brilla y burbujea sobre los veladores agrupados, con voces alrededor, humanos, agitados, con vida alrededor.

Aquí está mi paz. En medio de este esplendor sonoro, en medio del choque de las palabras y las miradas, aquí encuentro mi silencio. Mi único silencio, como un remanso. Del otro lado, la calle, el río de su hervor, pasando luminiscente, con frentes preocupadas, oscuras, turbias, morosas, con ojos ambiciosos, con brillo solapado, con rencores, con dicha, con urgencias, con sensualidad, con hábitos, con indiferencia. El río de la sangre, desierto y agitado.

Mis manos descansan en este remanso. Rodeado de gritos y de hombres con risa y orgullo en la boca, es como estoy solo. Mis manos bajan en el silencio, sin tropezar, sin herirse, solas.

Y hasta me olvido de mi madre.

"Tienes que conseguir ese empleo, Juan Carlos. Sólo así lograrás ser alguien para casarte."

¿Es que es necesario ser alguien? ¿Por qué no seguir siendo lo que se es, un poco de viento, tibio, solo, dormido en su altura? Y casarse... ¿Tiene que llegar uno a eso, a dejar el aire quieto, este canal de paz rumorosa, este acueducto voluntario?

Yo soy la calle, le pertenezco.

No, madre.

(UNA MUJER

No tenía esa noche un propósito definido cuando se detuvo en la esquina de Callao y Sarmiento. Lo mismo podía irse a un café, al Opera, por ejemplo, a esperar la llegada de un amigo, que refugiarse en un cinematógrafo, solo. O volver a su casa, poner la radio, leer un poco y acostarse después. Parecía aquella una de esas noches sin destino, tan comunes a la gran urbe, que hacen de uno mismo un ser sin destino. Por eso no miró casi a la mujer cuando ésta se paró a su lado, a dos pasos de distancia. No la quiso mirar, deliberadamente. En ese instante la mujer era la ciudad, y él la odiaba, porque lo hacía sentirse solo. Odiaba su hostilidad, y si la miraba estaba seguro de recibir su hostilidad en pleno rostro. No.

Pero la mujer se le había acercado. La sintió ahora junto a él, abriendo su bolso casi debajo de sus narices. Miró de reojo, sin dejar traslucir su interés. Vio que era linda; vestía con elegancia. No podía ser de aquellas. Tenía las manos finas, cuidadas; usaba un perfume caro. Y todo en ella revelaba a ese tipo de mujer de Buenos Aires que huye, más bien, de un desconocido.

Ni siquiera entonces la habló. Su orgullo de hombre le aconsejaba esperar. Y fue ella, en efecto, la primera en hacerlo: preguntó qué vehículo podía tomar para llegar hasta Viamonte. La calle Viamonte estaba a tres cuadras de allí, ¿necesitaba tomar un vehículo? Se lo dijo.

-Estoy cansada. No deseo caminar.

Era realmente linda. Tal vez un tanto llena para su estatura, pero linda, delicada. Comprendió que la ciudad se le brindaba, que esta noche la ciudad era para él propicia. Dijo, insinuativo:

-Precisamente voy en esa dirección. ¿Me permite que la lleve?

Detuvo un taxímetro que pasaba y abrió la puerta. Siempre había deseado poseer un automóvil; más que nunca ahora deploró no tenerlo. ¡Cómo transfiguraría, como daría brillo a su vida esa propiedad! En el coche se sentó muy próximo a ella, que no protestó.

Apenas habían tenido tiempo de cambiar unas frases y ya estaban en Viamonte; el requerimiento del chofer era inminente. Ella lo admitió así y, para su asombro, dijo:

-Indique lo que sea.

No era una de esas mujeres, por cierto, saltaba a la vista. Su ojo avezado a reconocerlas no se equivocaba, ni hacía falta mucha experiencia para advertirlo. El coche dobló por Viamonte.

El le había tomado una mano, calzada ahora con el guante de cabritilla, y propuso:

-¿No quiere que bajemos a tomar una copa? Aquí, a La Cigarra.

Tardó en responder. Luego declaró:

-No deseo ver gente.

Tendida a su lado, con un codo en la almohada, mientras él le encendía el cigarrillo, dijo:

-Me gustaría saber lo que piensa de mí.

El la contemplaba a través del humo, como fascinado.

-Tengo miedo de que todo esto no sea sino un sueño -repuso. -No me gustaría perderla.

Sonrió, parecía apenada. Pero en seguida se rehízo. Sin dejar de mirarlo, bebió un sorbo del coñac que les habían subido.

-¿En qué se ocupa? -preguntó.

-Soy Pintor.

-Debí adivinarlo, Hay algo en usted que denuncia al artista.

Tenía unos ojos claros, no inquietos sino tranquilos, transparentes, pero así mismo impenetrables, a pesar de la mirada dulce, húmeda de intimidad.

-¿Y usted, qué hace?

-Nada. Vivo para el ocio.

-¿Y cómo se llama?

Calló. Limitóse a sonreír.

-¿No me va a decir su nombre? -insistió él.

-No lo sabrá nunca.

Por la ventana cerrada llegaba, apagado, el inconfundible rumor de la ciudad, hecho de ruidos imprecisos y de silencio. Y esa voz, a su lado, y esas palabras, parecían la voz secreta del oscuro rostro de la ciudad.

Casi desesperadamente la abrazó de nuevo. -Nos volveremos a ver, ¿no es cierto? Nos seguiremos viendo, ¿verdad?

Ella correspondió a sus besos con pasión renovada. Y algo después, a modo de respuesta, mientras se vestía con gestos precisos y medidos, de persona sabia en el manejo de su persona:

-Voy a hacer una llamada por teléfono -anunció.

Salió dejando su bolso en una silla, pero en seguida volvió por él.

-Tengo aquí la libreta de direcciones -explica con una sonrisa.

Fue la última sonrisa que recordaría de ella. Porque en vano esperó a escuchar su voz, hablando en el aparato de la antecámara. Un pesado silencio, cada vez más flagrante, le indicó que la mujer había partido.)

Camino otra vez bajo el ruido de la luz, bajo la lluvia seca de la noche, bajo las estrellas, altas, lejanas, débiles, allí donde habita Dios. Cruzó por entre los hombres, rompo involuntariamente en dos mitades sus palabras. Yo soy la calle. La siento en mis pulsos. Yo soy su sangre. Me anego en su amistad radiante y percibo su denso latido, palpo su fondo oscuro -vivo-, su carga de humanidad, viva. Y aspiro su oxígeno carnal, su multiplicado perfume, de predación y violencia, como en un abrazo.

Una plaza aún. Otra calle.

Aquí.

La puerta se abre negra y dura. Hay un revuelo al fondo, detrás del vestíbulo, casi una fuga de voces musitadas. Y luego Irene, como una luz en el pasillo, donde sus pasos suenan temblorosos. Resuelto, a través del hueco frío, extendiendo mi mano. Esta es ella. Esta es Irene. Sonríe tristemente.

Acaso me subleva, de pronto, eso de lícito que hay en la confabulación de los suyos, de todos, para llevarnos al encuentro sancionado, social, conjura de la que ella, inarbitrativamente, pero con docilidad, forma parte. La miro venir, ya arrepentido de estar aquí, de haber suscitado su presencia; ya casi colérico.

-Te esperaba.

-No sé por qué. Pasaba... entré...

Mis palabras bajan brutales. Lo comprendo, pero no puedo detenerlas. Salen de mi boca, ruedan frías, desde un fondo amargo que hay en mí, recién descubierto, fresco y amargo.

Callamos.

Siento cómo gotea en la cavidad de mi pecho, oscura, la indiferencia. Quiero decirle lo que he pensado, lo que ha pensado mi egoísmo, el hombre solo, mi mundo clausurado. Quiero dejar caer sobre su pequeña cabeza hermosa, de animal herido, el severo torrente implacable. Pero en lugar de eso la tomo en mis brazos, la estrecho, sin besarla. Junto a mí, su vida tibia; bajo el vestido liviano, su juventud saludable, dócil, su carne indefensa. Y sólo entonces la beso. "¡Querida mía!" Pero una lágrima en mis labios remueve el poso salobre que hay en mi pecho. Detesto sus lágrimas. La aparto disgustado. Acaso comprende: retiene una de mis manos.

-¿En qué piensas? -dice.

-No lo sé.

¿Lo sé, acaso?

La veo sufrir, animal herido. La veo temer por nuestro amor, por mi amor, por ella, por mí.

Habla, entonces. Habla. ¿Con qué propósito? Habla hasta parecerme extraña, desdibujada, como una imagen de una cinta vejada por el tiempo. Deja correr sus palabras, ácidas, dolidas, laceradas, impositivas, tiernas, dulces, quejumbrosas, grises... Repetidas, vejadas por el tiempo.

¿Qué preguntas hay en ellas que yo no puedo responder? Que nada ni nadie pueden responder. Y que, sin embargo, sólo yo, yo solo, debo responder. Me inclino sobre ella como sobre una ramita mojada, agitada por la brisa de su propio sufrimiento, de su alegre, gozoso sufrimiento. Alto, a causa de su misma debilidad, más alto, fuerte, veo sus manos frágiles, sin defensa, estremecidas. Sus manos palpitantes de mujer que ama.

Atrás está la calle con su corriente tumultuosa y me llama, la calle. Acogedora, cordial. Instigándome con su multiplicada voz amiga, con la voz de sus vidrieras, con su rumor, con el brillo de su asfalto, con su vértigo, con sus mujeres.

Sobre todo, con sus mujeres. La calle tiene voz y ojos de mujer, formas de mujer. Seducción de misteriosas incitaciones en cada ruedo de pollera, en cada ondulación de sus movimientos. Sé que no podré ir detrás de ninguna. Y deseo ir detrás de todas. Siento su exhortación; me arrastran. Cada una, aislada, es una entidad ideal, llama de poesía y de secretas realidades turbadoras. Pero es también una realidad sin orillas, impenetrable, abastionada en sí misma, extranjera, con otro idioma en sus palabras, que nos separa irremediamente. Todas juntas, en cambio, tienen una voz que percibo, y que entiendo, una voz calada, penetrante, compartida, nuestra.

Pero yo amo a la mujer. ¿Y por qué sigo a las mujeres? ¿Por qué voy tras ellas, todas ellas, juntas, indivisibles?

-Dime algo -reclama Irene a mi lado.

Aunque yo hable, ¿soy yo el que habla? Mis palabras son apenas densos moscardones, pesados, golpeándose contra el vidrio velado de la noche.

-Dime cualquier cosa. Cuando callas, te siento lejos. Como si miraras a otra mujer.

Una radio canta un tango sobre nosotros. Necesito irme. Rechazo un mate que me trae a la puerta la hermana de mi novia. Aceptarlo, sería claudicar, anclarse; quiero mi libertad. La quiero. ¿Oyes?

La multitud es mi propia naturaleza. Soy una gota en su corriente desbaratada. Una gota triste, pero gozosa de pertenecerle.

(OTROS CONYUGES

Ni siquiera cuando estaba sola en la casa dejaba ella de expresar su odio, un odio ingobernable, definitivo, como una enfermedad que no se cura. Pensaba en el marido sentado en esos momentos en una mesa del café, con sus amigos, o en un bar, riendo. Y la visión de sus dientes amarillecidos por el tabaco, y la bronca carcajada que resonaba en su imaginación, enconaban de nuevo el cáncer de su aborrecimiento. Rompía entonces sus frascos de agua de colonial derramaba café sobre sus corbatas, echaba al fuego sus revistas y sus cartas. Cuando el marido llegaba a la casa, su odio fatigado volvía a encrespase a la menor palabra masculina, y la disputa se encendía alimentada por los agravios. Callaban sólo al salir, muy serios, a la calle,

obligados por algún compromiso, pero tensos por dentro, como dos cuerdas a punto de romperse, divorciados por el rencor. En su inquina enemiga, ella miraba perversa, intencionadamente a los hombres. Algunos llegaban a volverse para seguirla, mientras él se mordía los labios hasta hacerlos sangrar, conteniéndose para no abofetearla en público. De regreso, ya en la cama, solía el tomarse su revancha. Comenzaba a acariciarla, muy cauto, luego con ardor, vilmente. Y cuando la mujer gemía ya, desesperada, reclamando su abrazo, él volvía a su cama y en presencia de ella hacia su placer, solo.)

Mi frente preocupada arde, clara, bajo el polvo luminoso de las avenidas. Una mujer me mira intensamente. Río sin conmovirme, río sin gestos, para adentro, como yo río, como ríen los hombres de mi ciudad. Y ni me vuelvo ni vuelvo la cara. Es mi victoria, que guardaré como la flor de la noche, para deshojarla después, solo, junto al sueño.

¡La calle!

Avenida de miradas ávidas, masculinas, voces fuertes, gesticulaciones; ojos cálidos de mujeres, pasos elásticos y como encendidos por la llama suave que asciende en la media de seda. Como un pájaro con una ala en alto, pasa el canillita con el pregón, más que en los labios, en los falaces titulares de la primera plana. Las esclusas del *subte* arrojan, de cuando en cuando, su marejada de muchedumbre, que luego de correr por el ancho estuario de la calle, se arremolina bajo los arcos de luz de los cinematógrafos o se insume en las confiterías.

Arriba, en la franja alta del cielo, parpadean las estrellas. ¿Quién las ve? Ellas, en cambio, asomadas sobre la calle, asisten al nocturno espectáculo como señoritas -todavía colegialas- sin permiso para bajar al mundo.

Este es el café otra vez. Por sus puertas fluye el zumbido mixto de la música y las conversaciones. Me acerco a una mesa en que se me hace un sitio.

-¿Qué tal?

-¿Algo de nuevo?

-Nada.

El contenido de las palabras, aquí, no tiene importancia. Lo esencial es estar -mal sentados- al borde de la mesa, como al borde de la cordialidad. Más que con los demás, con uno mismo. Porque sigo estando solo, con ellos, que también están solos. Es la única forma que tenemos los hombres de la ciudad, de reunirnos; reuniendo soledades restrictas: lisas, compactas, que son como parcelas regadas por el arroyo sobresaltado de las palabras.

Estando aquí, en la exaltación, es como estoy en mí, y lejos de mí. Grito, me inflamo. Gratuitamente. Porque mis palabras caen en la mesa, como moneda falsa; estallan en el aire, como pájaros de humo.

Vuelan las luces. Música y gritos flotan a ras del suelo, y vagos soplos de noche los dispersan; polvo apenas, los empujan hacia las bocas del silencio.

¿Qué otra cosa sino polvo elaboran nuestros áridos sueños; qué otra cosa sino polvo se desprende de esta complicidad indulgente, de este compartido hervor vacío?

(OTRA MUJER

El esperaba una visita (su tarde, esa tarde, era una mujer) y cuando oyó sonar el timbre y abrió la puerta se encontró con esa muchacha desconocida que lo saludó tímidamente y luego dijo: "¿Puedo pasar?" Lo mismo podía no haberlo dicho, porque sin aguardar su consentimiento se

introdujo en su habitación de soltero casi empujándolo a causa de la valija de cuero amarillo que sostenía con las dos manos. Depositó su equipaje en el suelo y se quedó de pie en medio de la estancia, abiertos los ojos inmensos, infantiles, con largas pestañas que los hacían aparecer más infantiles.

Entre divertido y contrariado (la dama a quien esperaba debía llegar de un momento a otro), él preguntó, con un leve acento de ironía:

-¿A qué debo el honor de...? -Seguro estaba de que la muchacha se había equivocado de departamento.

-Si me permite sentarme se lo diré en pocas palabras -respondió ella, señalando la valija.

Aturdidamente comprendió que mencionaba su cansancio. Le ofreció una silla; en seguida le ofreció un vaso de agua helada, sintiéndose, sin causa alguna, incomodo por la presencia del botellón de whisky, dispuesto, con el hielo, sobre una mesita.

Los ojos de grandes pestañas examinaron morosamente la habitación, deteniéndose unos momentos en los libros, en los papeles del escritorio, en la botella de whisky. Luego recalaron en él.

-Va usted a pensar, señor, que soy una loca -dijo. -Tal vez lo sea realmente. ¿Es usted, por supuesto, el señor Méndez Calzada? ¿Homero Méndez Calzada? Nunca pude ver una fotografía suya, pero se parece a la imagen que yo me había hecho de usted. Porque yo he leído todos sus libros, señor; y no una, varias veces. Sobre todo, el último: Calíope en marzo. Se llama así, ¿verdad? No siempre retengo los títulos, particularmente si el título corresponde al nombre del personaje. A los personajes los bautizo yo, de nuevo. Sólo en una de sus novelas el nombre del personaje me pareció justo, y no lo cambié; el de Sonia, Sonia Lezama. Tal vez porque es también mi nombre; sólo mi nombre, claro esta. Tendremos mucho que hablar de todo esto. A propósito, ¿recuerda usted el pasaje en que Sonia huye de su casa?

Homero dio un respingo.

-¿Qué quiere usted sugerir? -preguntó. El giro que tomaba el asunto le hacía tanta gracia como la perspectiva de que, por el expediente de aquella inopinada intrusión, su hora de amenidad quedara desalojada.

La muchacha no pareció preocuparse por su alarma.

-No tenía otro modo de conocerlo -dijo. -Y quería conocerlo, era una necesidad imperiosa. Sabe usted, era algo más fuerte que yo. De modo que tomé el tren en General Paz, sin que lo sepan mis tíos... porque no tengo padres; vivo con unos tíos..., y aquí estoy. Me vine directamente de la estación. Averigüe su domicilio en la guía de teléfonos. Por supuesto, estaba inquieta; temía que se hubiera usted mudado de casa, o que hubiera salido de vacaciones. Hace poco que volvió usted de Europa, ¿verdad?

Homero enrojeció hasta la raíz de los cabellos. Todo aquello le parecía espantosamente cursi, y haber promovido él esa cursilería, con sus libros (él, que se halagaba con haberse atareado calafateando su literatura contra cualquier infiltración de la inelegancia), lo hacía sentirse humillado.

-Quiere decir... -comenzó Homero) y vaciló antes de completar la pregunta. -¿Quiere decir que ha huido usted de su casa?

Ella sonrió por toda respuesta.

Maquinalmente buscó él una silla y se dejó caer en ella, como anonadado; quiso encender un cigarrillo, sin lograrlo; se puso de pie de nuevo.

-Y bien... -dijo. -Supongamos que ya me ha conocido y que no la he defraudado. Tiene usted parientes en Buenos Aires, ¿verdad? Claro que debe de tenerlos. Por ahora, sabe, espero a una persona; no tardará, creo, en llegar. Entretanto, podía usted hacer tiempo... nada más que unos minutos, se lo aseguro... en la confitería de la esquina; hay una confitería allí, no hay otra. Deje aquí la valija. Y en seguida yo la acompañaré a casa de sus familiares.

Bajó ella la cabeza, como una niña sorprendida en falta, aunque, en verdad, no parecía de , ningún modo abrumada.

-Contaba con usted -balbuceó. -No conozco aquí a nadie...

-¿Conmigo? ¡Pero es que eso es absurdo, señorita, es imposible! ¿No se da usted cuenta? La policía ya debe andar buscándola a estas horas, y si la encuentra en mi casa, ¿qué papel hago yo? Me explico correctamente, ¿no es cierto? ¿Y el escándalo, y las consecuencias? No, de ningún modo, se lo aseguro. No sé que pudo hacerla suponer que podía usted contar conmigo.

Se hizo una pausa oprimente, antes de que ella se levantara con visible esfuerzo.

-Lo siento -dijo.

Se miraron un instante, en silencio.

-¿A dónde quiere que la lleve? -insistió él.

Su respuesta fue apenas audible:

-No lo sé.

-Puedo instalarla en un hotel. Mañana tomaremos los pasajes para que vuelva a General Paz; no se preocupe por los gastos.

Una profunda tristeza, mezclada de decepción, oscureció sus hermosas facciones, las lágrimas a punto de rodar de las grandes pestañas.

-¡No -gritó él, con sincero pánico-, lágrimas no, por favor! Me horroriza ver llorar a nadie.

En ese instante llamaron a la puerta.

Homero quedó como petrificado, los ojos clavados en el pomo de la cerradura. Por un momento pareció que iba a adelantarse a abrir, pero volvió a repiquetear la campanilla y el permaneció quieto en su sitio. Hubo una tercera llamada, algo más larga que las anteriores, antes de que el ruido de unos pasos se alejara por el corredor, y todo volvió de nuevo a la calma.

El rostro de la muchacha se encendió súbitamente. Enfurecido, temió él que, en esa pendiente de cursilería a la que contra su voluntad había sido arrastrado, ella fuera a echarle los brazos al cuello. Pero Sonia se redujo a inclinarse para deshacer las correas de su valija, las manos temblándole de impaciencia, mientras decía:

-¿No le parece un hermoso comienzo de novela, éste?)

Abandonamos la gastada atmosfera del café y salimos a la noche, de nuevo, nuevamente a su viento sin color, huraño, bajo. Solicitados por nuestros fantasmas, devorados por una agitación sin empleo, que no es sino indiferencia, que no es sino náusea y resentimiento.

Afuera, la urbe arde como una hoguera de vastos muros helados, lanzando hacia la altura sus melancólicos destellos.

Mis pasos fatigan, solitarios, la calle solitaria, nocturna todavía, mis pasos y la muerte, trasnochadora pública, suelta la cabellera y la lúbrica risa de metales sombríos.

JUNTA DE SANGRES

NUNCA se sabe la muerte que nos está destinada. Porque el ser humano es frágil, piel y tejidos, todo blando y sin defensa, y ese río parado de la sangre que la menor violencia convierte en chorro. Asombra ciertamente que la mayoría muera en la cama, doblegada por la enfermedad y no herida por uno de los infinitos instrumentos agudos, penetrantes, explosivos de que el hombre está rodeado, infinitas aristas que a cada paso amenazan destruirlo y lo hacen los riesgos por él mismo puestos en movimiento.

Pero no es esto sino que debo empezar declarándome culpable del crimen, el crimen y la muerte, dos muertes que yo he urdido. (¿O era yo parte de lo ya prescrito en la morfología premonitoria de la botánica?)

Debo empezar sin saberlo hacer de manera distinta (él si habría sabido de un modo inigualable, porque las palabras, las ideas le obedecían sin esfuerzo, quiero decir Carmona). Voy a contarlo para nadie, como no sea para aliviarme al menos.

El curandero estaba en la puerta del club, ahí sentado, la bolsa a los pies. Yo soy curioso y lo miré cuando salíamos; ese fue el comienzo.

Bueno, para proceder con algún orden, primero fueron las quejas, adentro, el resentimiento y no a causa del alcohol porque raramente nos dejábamos seducir por su trastorno. El médico (Carmona) vaciaba hasta tres whiskys, los demás lo imitaban, yo me demoraba en mi vaso único, y esta fidelidad me ha sido recompensada poniéndome al abrigo de toda intemperancia; sólo que aquella tarde Carmona agregó algunos más a su invariable dosis.

-¿Saben ustedes -dijo de repente- que la profesión que he elegido es la más ingrata en este país?

Yo sonreí, solapado; estaba acostumbrado a sus impromptus; sonreí con sorna sin poder evitar la irritación que siempre me asaltaba cuando en Carmona hablaba el triunfador ganoso de bañarse en sus victorias fingiendo desdeñarlas o que le incomodaban. El resentimiento, polvoriento antes de haber sido expresado. ¡Cómo me habría gustado decirle que era un majadero!

-¿Ingrata la medicina? ¿Por que?

Yolo miraba a través de la mesa, él sin saber que ese esbozo de sonrisa mía era casi odio, y el dedo hipocrático golpeando la ceniza del cigarrillo.

-Vamos -hablé para fastidiarlo-, todas las profesiones tienen su lado ingrato, pero al final capitalizan muchas recompensas.

¿Comprendió que utilicé a propósito el verbo, comprendió que yo estaba en guardia y sabía que él estaba infringiendo las reglas?

-Convengo en ello -me interrumpió con acritud-, pero la del médico es más dura. Tiene un enemigo imbatible entre nosotros: la superstición, el curanderismo, ¡cuántos casos conozco! Multitud de vidas sacrificadas a la hechicería, ese Moloch insaciable. Los esfuerzos de la ciencia se ven súbitamente malogrados por la intromisión de los charlatanes. Nada puede la justicia porque el curandero se ampara en la complicidad de los familiares del paciente, que encubren con su buena fe la manipulación homicida; el crimen queda impune.

-Tal vez ello ocurra -dije con humildad- porque hay casos que todavía la ciencia no resuelve y los curanderos, vaya uno a saber cómo, desentrañan sin mucho esfuerzo... Leyes desconocidas... Y lo hacen por unas pocas monedas; también está eso, claro, el factor económico.

-¡Si la ciencia no los resuelve no ha de hacerlo la ignorancia! -gritó enfurecido, y en esa voz destemplada por la cólera reconocí que se me había ido la mano. -¡Idiotas! El médico sigue pagando su tributo, cargando siempre con los fracasos, porque entonces no se pregunta qué curandero trató al paciente sino que profesional lo atendió. ¡La humanidad es detestable!

Pidió otro whisky (era el séptimo), los demás, yo, nos mantuvimos en lo consumido. La reunión estaba ya malograda sobre todo por la forma en que Carmona vació de un trago el contenido y quedó en silencio, el ceño fruncido, la mirada en el vacío, de manera que fue con alivio que le vimos alzarse y conminar con su imperioso modo:

-Vámonos.

Sin acordarse siquiera de firmar el vale o pagar la cuenta, y el callahuaya que estaba ahí, sentado en la puerta, la bolsa a sus pies como para que yo me volviera tontamente a mirarlo. Carmona se volvió también, los demás creo que ni repararon en su opaca presencia, Carmona ostensible el corrosivo desprecio colgándole el labio inferior profesional.

-¡Ahí lo tienen ustedes! -vociferó. -Son estos resabios de una edad oscurantista los que explotan la inepticia de las gentes, cultas e incultas. ¡Infames farsantes! Yo haría encarcelar a esta canalla... es más, los haría fusilar!

El indio miró apenas a su detractor, ajeno con toda su persona como si las palabras llegaran desinfladas ya a sus oídos o no hubiese salido él nunca de su idioma familiar.

-Vean ustedes esa bolsa -seguía diciendo el médico. -Qué brujerías contendrá. ¡Impostor!

-Vámonos ya -intervinieron los otros. - Dejemos en paz a este pobre hombre, doctor.

-Es que su sola presencia me subleva.

Entonces el indio habló.

-Serénate, señor, yo en nada te he ofendido. Eres médico, ¿no es cierto?

-¿Me conoces?

-No, pero lo adivino y, claro, siendo un sabio, tienes que despreciarme; yo soy un indio ignorante, no engaño a nadie... Sin embargo, ¿me permites preguntarte algo?... tan seguro te veo de tu ciencia... ¿Puedes detener una hemorragia?

Carmona lo miraba perplejo, no sabiendo si abofetearlo o volverle las espaldas.

-No te desafío, señor, apenas si te hago una pregunta.

-Dejemos esto -dije-, es una tontería indigna de usted -sabiendo pérfidamente que Carmona haría lo contrario.

Uno de nuestros amigos intervino. "¿Y por qué no, por qué no? Adelante, doctor". Carmona había bebido más de lo que habitualmente él mismo se consentía; fue su perdición, aceptó el reto absurdo.

-Detengo cualquier hemorragia -gritó. - ¡Y después te la provocho a ti de una trompada!

Cerca del club estaba, no ahora, bien abastecida la Botica del Inca donde yo me proveía regularmente del infalible bicarbonato para mis gastralgias; allí nos encaminamos todos. El boticario me hizo un saludo de viejo conocido, sólo que frío, porque guardó para Carmona una venia más considerada; infeliz, dije yo, todos los boticarios son unos infelices, el hecho no más de haber elegido esa profesión de batir pomadas y doblar papelitos; pero se encogió de hombros al enterarse del propósito que nos llevaba a su establecimiento. Un grupo de indios y mestizos que se hallaba allí de compras se acercó en silencio, despierta la curiosidad al escuchar la explicación de los desafiantes, poniéndose en corro, los ojos más abiertos, en torno nuestro.

El callahuaya indagaba parsimoniosamente en su bolsa, extrajo unas hojas anchas verdes, se puso a alisarlas y a reducirlas en dobleces sin prisa, con los mestizos atrás estirando el cuello y los ojos desmesurados. Decía unas palabras en aymara pero no a las hojas sino a uno de los indios, uno más joven, que no respondía sino con una sonrisa, azorada y respetuosa, y dejó luego que el herbolario le pusiese las hojas arrolladas en cada una de las fosas nasales. Casi en seguida se precipitó la hemorragia; los mestizos lanzaron una exclamación.

-Ahí tienes -dijo sin arrogancia el indio; señaló las estanterías de la botica. -Todos estos remedios de la ciencia están a tu disposición; en algún frasco debe de haber algo que te ayude a parar esa sangre.

Aquí incurrí en otra alevosía, que diablos pensé mirando caer la sangre en el recipiente que había traído el boticario, de pronto un completo silencio, la sonrisa muy al fondo en la máscara impenetrable de los mestizos. Tomé de mi cartera cincuenta pesos y los puse del ante del grupo como una parada en el juego de taba.

-A la mano del doctor -dije.

Cincuenta pesos eran una puesta decorosa entonces; los mestizos consideraron mi dinero, cambiando opiniones con los ojos, y el boticario que gruñó algo volviéndome la espalda. Finalmente uno de los mirones puso un billete de veinte pesos al lado del mío; los otros completaron la postura.

-Hielo, tapones con agua oxigenada -pidió el medico, todavía bajo los efectos del whisky.

Mantuvo la cabeza del muchacho en posición erguida, el recipiente debajo del mentón, aguardando el resultado, sin éxito; la sangre se agolpó en la garganta.

-No es una hemorragia cualquiera -comentó con voz sin expresión uno de los mestizos, queriendo preanunciar la derrota del médico.

Agregué otros cincuenta pesos a la puesta, mis amigos la elevaron a cien; los mestizos le opusieron el nervioso dinero destinado a las compras. Desalentadoramente no fue tampoco de ninguna eficacia la inyección de vitamina k administrada con ayuda del farmacéutico; la sangre seguía del lado de ellos.

El callahuaya sentado en el suelo como si con él no fuera la cosa elegía de un verdoso montoncito las hojas de coca para llevárselas a los labios y dejaba caer otras ritualmente de lo alto sobre el lienzo extendido en las rodillas impasibles. Y los mestizos que tomaban ahora la ofensiva con su indeseable peculio.

En la voz nebulosa del médico cuando ordenaba ácido gálico y ergotina disipábanse con rapidez los vapores del alcohol y se veían las pequeñas, desesperadas gotitas de transpiración que yo miraba no se por que también con el color de la sangre a medida que, uno a uno, se acumulaban los fracasos sobre su frente y los bates de remedios en el mostrador de la farmacia.

-Hay que hacer algo, hay que hacer algo -dijo gratuitamente la voz asustada del boticaria con el muchacho que empezó a gimotear la irreparable pérdida de su sangre, como si lo hecho por

el médico no fuese nada, no fuese nada el médico allí mismo hace rato en mangas de camisa y los antebrazos desnudos. Los mestizos accionando, pidiendo ya la confesión del fracaso, que terminara aquello, la codicia en los ojos y las manos inquietas por caer sobre el dinero.

Sin apuro se levantó entonces el callahuaya, sin apuro volvió del revés las lesivas hojas utilizadas antes, no otras hojas, las mismas que ahora eran de un verde confortante, para introducirlas en las copiosas narices sangrientas. Hubo unos momentos de expectación tirante, en que el silencio mismo parecía tirante, pero la sangre iba cediendo, la vimos ceder, replegarse, contenida por el secreto conjuro desprendido de las láminas vegetales incógnitas, y la hemorragia paró despacio pero se detuvo finalmente.

Carmona mordía juntos el abatimiento y la humillación, los ojos perdidos en el indio restituido a su tarea de examinar con espacioso escrutinio las quebradizas hojas de coca que parecían, sin embargo, proveerle su fuerza. De pronto vi extraviarse el rostro de Carmona desfigurado, le vi dar dos pasos y aventar de un puntapié hojas y lienzo, gritando:

-¡Basta de magia estúpida! ¡Lárgate ya!

Vi eso; vi obediente el indio recoger, ahora sí con prisa, sus efectos, trasluciendo en sus gestos decepción apenas, desconcierto.

-Es una pena, señor -dijo sin amargura y señalaba las hojas dispersadas como si fueran personas. -Estaban por revelarme algo... les has cortado la voz, ya no pueden hablar.

Se retiraba, no parecía tener interés en que escucharan que agregaba por lo bajo, casi para su propia reflexión:

-Sólo pude ver curiosamente que nuestras sangres aparecen juntadas. ¿Por qué una y la otra en la misma hoja de coca? Es raro...

No fue el doctor Carmona el que encontré en su consultorio, no fue su consultorio esa pieza en que había entrado el desorden, los estantes vacíos con libros en la alfombra, restos de comida o más bien platos sin tocar con ese aspecto de muerte que tienen las viandas enfriadas que no parecen de horas sino de años, las colillas sembradas de los cigarrillos que se consumen solos o se van tirando de cualquier modo y acusan el desprecio con que caen en los muebles o en el piso. No era Carmona esa botella de whisky a medio vaciar, esos cabellos revueltos, crecidos sobre los ojos de fiebre, el áspero silencio.

Me recorrió un estremecimiento placentero; he ahí el triunfador, me dije, pero luego me retracté, no soy tan vil después de todo. (Era la quinta vez que lo buscaba sin conseguir, hasta ahora, el privilegio de ser recibido en su fastuosa cueva de solterón; la segunda oí al fondo su voz que le gritaba a los sirvientes: "No quiero ver a ningún imbécil".) He aquí a Carmona vencido, sin hablar, una hora sin hablar, yo sentado en la punta de una silla pensando en la capa de polvo adherida a mi pantalón, asqueado pero sin valor para levantarme, deseando oírle su amargura, hasta que dijo:

-Ya ve usted para lo que sirve la ciencia... tantos libros, la investigación de siglos, si nada sabemos... Si sé menos que un campesino analfabeto... Me he quemado las pestañas queriendo averiguar algo acerca de esas hojas; la botánica las ignora, la medicina está en blanco... al diablo con los libros. Los eché al fuego todos, ardieron... Y eso es la sabiduría, pavesas.

Se sirvió una porción de la botella, que en seguida empujó hacia mí con un gesto de repulsa que lo abarcaba todo y que yo odié porque me sentí incluido en su náusea.

-Y el indio ese, riéndose... me lo imagino en los mercados, en las plazas, en las tabernas... haciendo escarnio de mi frustración... con perfecto derecho. La ciudad entera ríe a mi costa, ¿no la ha escuchado usted? Yo la escucho, la oigo celebrar la afrenta en una carcajada que resuena todo el tiempo en mi cerebro... El doctor Carmona... ¿por qué yo, por qué yo?... convertido en chivo emisario de un débito de la ciencia, un hiato como si dijéramos... Oh, mi cabeza va a estallar... ¡Y para esto sí que no sirve ninguna de tus hojas endemoniadas, indio maldito!... ¿Sabe usted que me persigue? Me lo encuentro por todos lados, y para colmo de burla se descubre: "Buenos días, señor doctor", y en los ojos siempre una luz falsa e incierta, como si mirase desde el misterio...

Aquí agravé mi infamia; hice además posible la profecía. No lo disuadí de su enajenamiento, no hice nada por disipar su tiniebla. Hablé más bien de la azarosa realidad, de los sarcasmos que nos reserva la vida, pero imputándolo todo a un tercero imaginario, haciendo abstracción de su caso, ignorándolo. Pregunté si alguien podía imaginar, es un supuesto aclaré imprimiendo vaguedad a mis palabras, la reputación de un hombre, una existencia brillante, su sosiego en fin, abatidos de un solo golpe por un ser del montón, oscuro entre millones. Cualquiera esta expuesto a esa eventualidad, usted, yo, yo sobre todo en mi condición de abogado, rábula como usted suele bromear, porque nunca dejé de comprender que fueran bromas. ¿Lo concibió en sus momentos de odio por mi persona? Odio amistoso, por cierto, impaciencia diré, puesto que todos nos odiamos alguna vez, no me lo niegue, no es mi propósito insinuar otra cosa. Y le sugerí precaverse; nunca se sabe. No permitir que lo tomen desarmado, desprevenido quiero decir, claro, no resignarse a caer tontamente, qué diablos.

Lo dejé con su barba de ocho días, su deterioro interno, la botella de whisky, los ojos cargados de sombra. Maduro para la tragedia.

Lo demás es historia conocida, sucedió como si yo mismo lo hubiese preparado, yo, un mezquino instrumento de la perversidad.

El automóvil en que huía el médico, la noche del crimen, corrió unas cuantas cuabras en el pavimento mojado y defectuoso y lleno de baches por las calles mal alumbradas del suburbio; sus perseguidores detrás dando voces. Apartábase con terror la poca gente que el coche hallaba en su estampida, las mujeres en su solo grito, y la furia en una piedra que volaba contra los vidrios fugaces del vehículo. El coche seguía alejándose. La distancia que lo separaba del colérico racimo humano aullante se iba haciendo cada vez más irreductible, lo vieron entrar en la oscuridad, perderse en la calle retorcida que se borraba en un barrio donde le sería módico desaparecer, lo consideraron a salvo.

Un coche no se alcanza si no se dispone de otro. Y ese era un barrio que los coches no frecuentaban, que no entraba en los planes del tránsito de rodados.

Desalentados se habían detenido en mitad del arroyo, formando un grupo rencoroso, todavía bajo el impacto del fracaso. No quedaba sino dar aviso a la policía, buscar un teléfono, precipitarse en la comisaría próxima. Cobarde asesino...

Inesperadamente el automóvil reapareció, tomó por una calle lateral; la calle, como una espada rota, se truncaba en una barranca. Recrudescieron los gritos; se reinició el acoso; oficiosos ayunos del significado de esa cacería, se sumaban a la persecución, avivando con inflamado combustible la hoguera de la turbulencia. Cuando la jauría de hombres llegó a la calle cortada, entre codazos y tropezones, pisándose los unos a los otros, predispuestos al linchamiento, el automóvil estaba allí detenido con el motor en marcha, y Carmona, a la luz viva de los faros, corría por el borde de la barranca buscando un paso; una de sus manos aferraba aún el cuchillo con el que acababa de dar villana muerte al callahuaya, tinto en sangre.

Lo vieron saltar, vieron que tropezaba y caía, con un grito ronco; ya no lo vieron levantarse. El cuchillo, extrañamente, se le había clavado en la garganta.

LA ESTRELLA DE AGUA

SENTADO sobre el terrón, Valerio miraba moverse lentamente la tarde hacia el ocaso. El Lago estaba a sus espaldas, brillando, bajo el sol último, como un desafío. Frente a él, la extensión infinita del Altiplano, leguas y leguas de soledad rebelde y seca. Alzó la cabeza para contemplar con furia triste, por centésima vez, ese cielo liso, fulgurante, sin una sola nube, al que parecía estar consignada su angustia.

Cruzó un pájaro, con pesado vuelo, rasgando el aire con sus graznidos. Una vaca mugía, sedienta como la gleba, en la que sus belfos se gastaban sin hallar humedad.

Los ojos del hombre, sombríos en la piel morena, plegada la frente en surcos de preocupación, erraron sobre la tierra quemada por la sequía. Campos ásperos, corroídos por la erosión. Las panojas del maíz humilladas a ras del suelo; los andenes de papales mustios en las laderas de las colinas; la cebada de las dehesas, difunta. Todo perdido.

Una blasfemia tomó forma en sus labios, pero antes de que alcanzara a pronunciarla, los dientes firmes, de labriego, la mordieron en una mueca de cólera. Luego volvió a caer en el abatimiento.

El súbito dolor en la cintura, otra vez -puñalada artera-, le recordó de golpe otro sufrimiento: la postración de la mujer, delirando en su fiebre, allí en la casa. Había salido mediada la tarde, dejándola dormida -mísera tregua para ese ser sacrificado a su ambición y sus afanes-, y sus pasos de hombre derrotado lo fueron alejando de los muros batidos por la desgracia.

Un viento adverso parecía ensañarse con el edificio de su felicidad, y el débil maderamen cedía y se doblegaba. Los primeros años fueron rudos. Malos negocios, cosechas pobres, vencimientos, embargos socavaban el hogar recién fundado. Había adquirido él, creyendo hacer una inversión ventajosa, un páramo abrupto, de puna, cerca de Laja, en el que empleó todas sus economías. Resultaron tierras de secano, cansadas sin haber dado fruto; la tristeza había roído para siempre su vientre infecundo. Ventarrones y granizo eran los únicos huéspedes de esa morada de la soledad.

Los labios de Claudina, con todo, no se abrieron jamás en una queja; aunque era una mujer de pueblo y no de campo, con manos construidas en el trabajo y habituadas a una lucha de otro género, se mantuvo a su lado sin flaquezas, sabiendo que esa era la vida que ambos debían compartir, lo mismo que un pan amargamente logrado.

Luego vino el hijo a aliviar sus silencios; fue un inesperado incremento de sus reservas de alegría. Sintió él crecer su animación; se inclinaba sobre la tierra, más confortado, con una suerte de fuerza nueva calentándole la sangre. El hijo trajo para Claudina, sin embargo, una carga más de afanes; más que antes en sus entrañas, pesaba ahora en la fatiga de su rostro, en los ojos resignados, en la boca vencida y silenciosa.

Cuando pudieron salir de ese agrio destierro, comprar estas parcelas de Escoma, ya Claudina estaba quebrada.

Un hombre había detenido su cabalgadura en el camino, cerca del sitio en que Valerio se hallaba encadenado a sus cavilaciones. Le hizo una seña amistosa y se quedó mirando el horizonte, mientras se rascaba la barbilla. Valerio, comprendiéndolo, sacudió la cabeza.

Entre los hombres del Altiplano las palabras huelgan siempre. La vida sellada del yermo, hecha de porfiados logros y de frustraciones, los ha adoctrinado en la sabiduría del silencio. El diálogo es parco, casi interno, con largas pausas preñadas de inferencias.

El drama de la tierra enjuta, petrificada, deshaciéndose en polvo, como si la muerte la aniquilara entre sus dedos implacables, hablaba por ellos.

Finalmente, el hombre dijo algo como "Paciencia" y se alejó, desganado.

Ladraban, lejos, los perros. El callahuaya iba a venir, de nuevo, esa noche, pensó Valerio, sin ninguna fe. Claudina ya no podía durar mucho. Quién sabe si pasaba de esa Navidad; y peor aún si apenas tenían qué comer. El mismo hijo, que en este momento estaría inclinado sobre el delirio de la madre, asustado y perplejo, parecía ya un saquito de huesos.

De nada habían servido sus fatigas, de nada ese cuerpo a cuerpo librado a diario con la adversidad. La sequía, la enfermedad de Claudina, sus propios achaques, este nuevo rostro del fracaso, representaban la última coz del destino.

Una lágrima pugnaba por asomar a los ojos del derrotado. La ruda mano la aplastó, con rencor, sobre la piel curtida por los soles y los hielos de la pampa.

Se cansó, al cabo, de estar sentado e incorporóse con esfuerzo para clavar en la inmensidad los ojos sufrientes, de bestia caída.

El incendio del crepúsculo consumía los últimos restos del atardecer. Cascadas luminosas se derramaban sobre el milagro sencillo de la llanura; las escamas de plata del Lago, lejano, como teñidas por sangre de sacrificios, hervían en una lenta marea de esplendores.

El odio con que Valerio se puso a afrontar el sol -nave desmantelada por las llamas postreras del día; ojo ígneo, despojado de sus armas hirientes, antes de caer definitivamente en la nada- se fue aflojando, poco a poco. Ganado por la fascinación del espectáculo, estuvo largo rato sin moverse, fija la mirada en el disco de llamas rojas, hipnotizado.

"Sólo es posible mirarte de frente cuando mueres -dijo-, y entonces ya es difícil escupirte a la cara".

La noche vibraba como una lámina de estaño oscuro, golpeada por las manos del viento. La sentía él subir por sus piernas, estival y desnuda, Percibía en sus sienes su idioma familiar, frío, pero también cantante. Noche de embozo azul y polvareda láctea. Si; no parecía una noche como las anteriores, de silencio y duelo, en que invariablemente abandonaba el lecho, para salir a escudriñar el cielo con ojos desvelados por la ansiedad y volver roto de desconsuelo y tiritando.

-Vas a pescar una pulmonía -le había advertido Claudina muchas veces. -Y entonces va a ser peor.

-¿Peor que qué? -replicaba él. -¿Hay algo peor que esta maldición?

Ella no era mujer de compartir su amargura, Se había mantenido, por dentro, compacta, sin dispersarse. Le reprochaba a él sus desalientos, sus sonrisas desabridas. ¡La pobre!

Y de pronto advirtió la presencia de la estrella.

Estaba frente a él, magia del cielo, derramándose en ramalazos de lumbre. Era una estrella blanca, abierta como una rosa de la noche; sus destellos bajaban sobre el lomo luciente del Altiplano encendiendo con fulgores de misterio las matas de la paja brava.

Bajo el sortilegio de su luz, la noche había adquirido transparencia y pureza diáfanas. Los perfiles de los cerros, unas chozas distantes, las piedras, se recortaban pudidos, nítidos. Valerio comenzó a sentirse también liviano y transparente. Por la sola presencia del astro, su sangre circulaba ahora cálida, alentada. Una ola saludable de confianza envolvía su cuerpo fatigado. El dolor de la cintura había desaparecido. Pensó en Claudina, pensó en su hijo, con inusitada ternura.

Súbitamente el corazón se le paralizó de gozoso. Avanzó hacia la estrella, ebrio de emoción, dando traspies y con las manos crispadas.

-¡Pero si es una estrella de agua! -gritó. -¡Es una estrella de agua!

Corrió sin tino unos instantes, desorientado, como en procura de una certidumbre. Pero estaba solo en medio de la noche.

Pronto, sin embargo, nubes densas, grávidas de promesas, asomaban en el horizonte, pesadamente; pesadamente corrían hacia la lumbre del astro. Los sentidos avezados aspiraron con beatitud la humedad de la atmósfera. Un trueno apagado, lejano, muy lejano, rodó, sordo, despenándose en las profundidades secretas de la noche.

Enajenado de dicha, con la noticia reventándole en los labios, se precipitó hacia las casas. Tropezaba y caía en los surcos tendidos a modo de esqueletos, para volver a levantarse y seguir corriendo. La luz aún visible de la estrella le señalaba el camino.

-¡Se viene la lluvia, Claudina, hijo!

Había abierto la puerta, de golpe, y el cuadro que se ofreció a sus ojos lo hizo detenerse estupefacto; Claudina deshacía unos paquetes, con la ayuda del hijo, entre risas contenidas. Sobre la mesa se amontonaban variados comestibles y de la cocina llegaba el tufillo de unas viandas.

-¿Pero que has hecho? -balbuceó Valerio, desconcertado. -¡Tú, levantada!

-Es que estoy mejor. Dormí todo el día; la fiebre ha pasado. Casi puedo decir que me siento como nueva. He sacado el Niño, le he encendido unas velas; pasto se que no hay, claro, para el pesebre. Aníbal lo ha adornado con paja.

El hombre permanecía en el umbral, los brazos caídos, sin movimiento, pero ¡con qué alivio! La mujer continuaba hablando.

-En eso villa don Rogelio, de Escoma. "Y a me deben bastante, me dijo. Pero ustedes son gente: honrada, no quiero que pasen una Navidad triste. La suerte ha de ayudarlos otra vez". Me dejó todo esto. Y basta un pollo. Claro, exigió una prenda. Le dí los aretes de perlas que tú me regalaste cuando nos casamos. ¿Crees que hice bien?

-Yo fui a llamarte, papá -intervino Aníbal. -¡No oíste mis gritos! ¿O los oíste?

Valerio se había acercado al hijo y le acariciaba, con mano torpe, los cabellos.

-Claro que sí, claro -repetía, no sabiendo si su respuesta estaba destinada a las palabras de la madre o a las del muchacho.

Y es que sus oídos de campesino percibían ya las primeras gotas de la lluvia, cayendo afuera, sobre la tierra sedienta, y humedeciendo, al propio tiempo, su espíritu abrumado de un infantil alborozo.

Mientras comían, masticando en silencio, sus rostros de arcilla áspera manteníanse impasibles: sólo que iluminados por el brillo de confortación que ardía en sus ojos. La lluvia era ahora una canción desatada, azotando furiosa la extensión innumerable. Grandes mangas pluviales, zumbantes, que barren el llano y lo anegan. Se oían rodar los arroyuelos, entre los surcos, y en los pequeños pozos, recién formados, caer las gotas persistentes, con sonidos distintos, casi metálicos, casi musicales.

Asomados más tarde al templo de la noche, el hombre, la mujer y el niño, permanecieron largo tiempo contemplando, con recogida devoción, alzarse las altas catedrales del agua. El Altiplano era un inmenso tambor resonante. De la capilla de Escoma llegaban, atravesando el aire empapado, las campanadas que llamaban a la misa del gallo. Los tres seres restituidos al nivel de su alma las escuchaban caer en su interior, líquidas, puras, como lagrimas.

MORADA DE EBANO

FUE aquel para la familia un día de agitación. Madrugaron todos, como siempre, pero la nerviosidad de la madre imprimió a los afanes ordinarios un apremio injustificado, puesto que el tren sólo llegaba al atardecer.

Mientras tomaban el desayuno, Clara, la hija mayor, preguntó:

-¿Has decidido, al fin, donde lo instalaremos?

Aunque habían discutido y resuelto muchas veces ese punto, la anciana consideró unos instantes la cuestión, antes de responder. Bebió un sorbo de café, se golpeó ligeramente la barbilla con los dedos y al fin dijo:

-Me gustaría que quede en la sala, donde hay más luz, pero ya sé que a ustedes no les agrada. ¿No es así?

Ninguna de las muchachas contestó.

El sol lamía ya el umbral de la habitación, como un perro humilde que no se atreve a entrar sin ser llamado. Afuera oíanse los primeros pregones. El peluquero, en la acera de enfrente, barría su puerta y saludaba a los madrugadores que pasaban por la calle. Algo más allá chirriaba la cortina metálica de la farmacia.

Una a una las jóvenes levantaron la cabeza y afrontaron la mirada de doña Virginia. Ana, la menor, habló esta vez:

-Bien sabes que no es el sitio adecuado, mamá. Recibimos visitas; una caja mortuoria no es lo mismo que un piano.

-¡Bah, tontas! -repuso la anciana con alegre desprecio.

Hubo un silencio- Las muchachas se dirigían, unas a otras, breves miradas ansiosas.

-Es que ya sabes -prorrumpió Guillermina, parca en palabras de ordinario- que nos cuesta avenirnos a tu extraña ocurrencia. Esa caja, aquí, pesará en nuestro ánimo, a todas horas, como una amenaza. Parecería que estuvieses cansada de... de tus hijas... ¡Como si quisieras anticiparte a los deseos de Dios, mamá!

-¿Por qué no dejas esa preocupación, como todos, para el día, lejano por suerte...?
-agregó Ana sin completar la frase, según solía hacerlo con frecuencia cuando hablaba.

-¡No sean mojigatas, por Dios! Ya me han repetido lo mismo cien veces. No pienso morirme todavía, ni estoy cansada de ustedes, ¡qué zoncera! Pero déjenme con mi idea. Además, la muerte es un suceso natural, que todos debemos esperar con llaneza. Sólo la gente necia se asusta de ella.

Dejó su taza ya vacía, y anunció:

-Lo voy a poner en mi dormitorio. Pero no por ustedes, sino por mí. Deseo que esté al lado de mi cama, para mirarlo al acostarme y en la mañana, al despertar.

Y como sus hijas no hicieran ningún comentario, añadió:

-Ustedes no lo han visto. No saben lo hermoso que es.

Doña Virginia se atavió, al atardecer, con sus mejores galas, y encaminóse temprano a la estación. Deseaba estar presente a la llegada del tren, vigilar la descarga del cajón. Sabía que los trámites para retirarlo no podrían cumplirse aquella misma tarde, pero quería prevenir cualquier torpeza de los porteadores. ¡No fuera a ser que esos atolondrados lo dañaran! Lo había elegido ella misma en La Paz (hizo un viaje con ese solo propósito, a riesgo de enemistarse con los carpinteros de Corocoro) en ébano oscuro de hermosa factura, manijas doradas y una corona con una cruz en la tapa. Quería ser enterrada sin pompa, sobriamente, como correspondía a su condición de mujer sensata y piadosa; pero, después de entregar su alma a Dios, dormir el último sueño, el más largo de todos, en una caja confortable, tapizada de raso acolchado. ¿Por qué no? No era un lujo postrero. Su existencia ruda y atribulada no le permitió abandonarse jamás a ningún fausto, a ningún goce superfluo. Su único sosiego sería el definitivo, y a ese lecho de ébano llevaría su amor, su resignación, sus sufrimientos.

Cuando el tren se anunció a lo lejos, el largo silbido hizo latir su corazón fatigado. Sentía el calor de la sangre en sus mejillas; hacía tiempo que la emoción no las caldeaba con ese fulgor de dicha.

Llamaron a la puerta.

-¿Qué andas haciendo a esta hora? -interrogó la anciana desde el lecho. ¿Qué ocurre?

La vieja sirvienta, con los ojos bajos, evitaba mirar al otro lado de la cama, donde se hallaba el cajón, como un dios cruel cuya cólera se teme despertar.

-Es el administrador de la casa Aldana. Pregunta si irá usted mañana a hacer la entrega del combustible a la pulpería de la mina.

-Un momento. ¿En qué estoy pensando?

La sirvienta dejó una taza de infusiones, humeante, sobre la mesa de noche.

-Ah, sí. Por supuesto. Dile que iré. ¿Se han acostado las niñas? Note olvides de apagar las luces y soltar al perro. Anoche lo dejaste atado y el pobre animal lloró como una persona. ¿Crees que los perros no tienen sentimientos? Te estas poniendo vieja tú también. Puedes retirarte. Buenas noches, Ramona.

Tomó la bebida caliente, a pequeños sorbos. El féretro estaba allí, a su lado, desde hacía algunos días, cubierto por una gruesa manta de lana oscura que ella misma le echaba encima todas las noches y que retiraba en las mañanas, para pasarle un lienzo, amorosamente, por la brillante superficie, deteniéndose a limpiar con esmero cada una de sus guarniciones. Lo miró una vez más antes de apagar la luz.

-Hace frío esta noche -le dijo, dirigiéndose al cajón como si hablara a una persona. -¿Estás bien abrigado? Anoche te oí quejarte, crujías. ¡Pobre! Y eso que tú no tienes los huesos viejos, como yo; yo siento frío siempre. Me gustaría dormir dentro de ti; así nos abrigaríamos los dos. Pero mis hijas se escandalizarían. No comprenden, no pueden comprender. Tú sabes cómo son.

Hizo una pausa y suspiró.

-Y a ves cómo ahora apenas vienen a verme, cuando estoy aquí contigo. Se diría que te tienen miedo. ¡Es ridículo! ¿Qué piensas tú? ¿Que te odian? ¡Oh no, no digas eso! Me resisto a

creerlo. Claro, te juzgan como a un intruso, eso sí. Cuchichean acerca de ti ; yo las siento. Pero no las censures, son demasiado jóvenes, y se sienten un poco desplazadas, un poco celosas... Eso es todo.

La población dormía en torno suyo. Solo de vez en cuando se oía bajar desde los cerros el chirrido de un andarivel, como un grito de pájaro extraviado en la obscuridad. El viento del altiplano cruzaba la noche tropezando en los tejados y sacudiendo puertas y ventanas, o ululaba lastimosamente en los confines de la pampa.

De pronto la anciana se sobresaltó. El perro había ladrado. Le pareció oír que la llamaban. Unos pasos resonaban alejándose. Era en la calle; una voz de hombre, quizás un borracho que hablaba con la soledad nocturna.

En otro tiempo el acostumbraba a llamarla, al volver a la casa y ver luz en su habitación. La llamaba y luego subía en dos trancos la escalera, sin preocuparse del ruido o de la hora. Abría la puerta, y la casa se llenaba de su risa y de su turbulencia. Era feliz. Viéndole llegar siempre explosivo y alegre, se olvidaba de sus desazones, y reía con él. No importaba ya, teniéndolo a su lado, que la hubiese abandonado tres días, a veces una semana, como ocurría a menudo. Sufría a solas, sabiendo que él se divertía en alguna parte, tal vez con otras mujeres, bebiendo sin tregua, hasta agotar el último centavo y la última demanda de crédito. Le bastaba verlo llegar para que sus padecimientos se borraran como las letras que escribe el aire en el cristal del agua.

Se habían casado enamorados. El era ingeniero de minas, en Oruro, pero duraba poco en sus cargos. Su juventud impetuosa, su temperamento no se conciliaban con las exigencias de las empresas. Lo conoció en un baile; tenía una esbelta figura y unos bigotes de guías altas, que, la sedujeron. Era fama que ella había rechazado los mejores partidos de la ciudad, y aunque esta vez sus padres se opusieron resueltamente a esa unión precipitada, ella insistió, amenazó con el suicidio, se deshizo en lágrimas. El matrimonio se produjo antes del mes.

Después del viaje de bodas, se instalaron en Oruro. El obtuvo un empleo con buena renta en la mina La Salvadora, que perdió al cumplir sesenta días. Le gustaba divertirse, exprimirle a la vida ese sonido vibrante, alto, que el buen tocador le arranca al instrumento. Sólo que se encarnizaba en que la percusión de la cuerda se mantuviera siempre viva.

Estuvo unos meses sin trabajar; las primeras joyas de Virginia desaparecieron entonces. Otro tanto ocurrió con otros tantos empleos. Hasta que, con la ayuda de un amigo de la familia, le adjudicaron esa plaza en Corocoro. Allí se fueron. Y allí empezó la vida de súbitas ausencias, de esperas angustiosas, de felicidad intermitente. Vinieron las hijas. Ella casi estaba familiarizada con esa forma de existencia. No había dejado de amarlo, y las hijas, ahora, la ayudaban a soportar los abandonos del esposo.

Pero, de repente, una noche no volvió más. Paso una semana, pasaron quince días. Desesperada, Virginia comenzó a indagar casa por casa, rastreó la población en todos sentidos. Ninguna señal. Tal vez se había trasladado a Charaña, a La Paz, a Oruro; tal vez... Telegrafió a sus parientes, a sus amigos, a las autoridades. Las respuestas eran siempre negativas; nadie lo había visto, nadie sabía nada. Como si la nada lo hubiera atrapado en sus fauces. Virginia nunca más volvió a saber de él.

Quedó con las tres hijas y con los pagarés del marido. Cinco años tenía la mayor. Las niñas miraban las lágrimas de la madre sin comprender; estaban habituadas a las ausencias del padre. Ella abrió su portamonedas y vio que le quedaban veinte pesos. No podía, no quería apelar a la familia. Lucharía contra el infortunio. Sola.

Y así lo hizo. Se reconcentró en sí misma. Reunió todas sus energías en un puño, y salió a pelearle a la adversidad. Tenía que defender tres destinos informes, frágiles, y defenderse ella, no menos amenazada. Comenzó vendiendo un puñado de coca entre los indios; luego amplió el radio de sus afanes y la extensión de su industria. Intervino en algunas transacciones que le dieron

crédito y experiencia. Trajo productos de La Paz, luego de Chile. Más tarde compró tierras, parcelas de cultivo, pequeñas, que vendió a mejor precio. Pudo adquirir la casa en que habitaban. Se convirtió en proveedora de las pulperías mineras. Era respetada; se la consideraba, se la admiraba y hasta se la temía. Las niñas crecían y ella vigilaba celosamente la formación de sus vidas. Las quería fuertes y enteradas, capaces de luchar mano a mano con el mundo, ellas también, si acaso era necesario. Quizá no lo fuera. Ahora eran mujeres templadas por el ejemplo de su madre, y su colaboración aliviaba el trajín de la anciana en sus últimos días. Había logrado reunir un pequeño capital, y eso las ayudaría a ser libres; las pondría a cubierto de cualquier contingencia.

Con los ojos semicerrados contempló el cajón, que se alzaba, imponente y solemne, en la penumbra.

"Mi aspiración se ha cumplido. Al fin esta aquí. Dormiré contenta en su abrazo, sabiendo lo hermoso y gallardo que es. Síi, gallardo como él. He esperado tanto tiempo... inútilmente. Dios quiso que así sea. Todas mis ansias y mis cuitas, lo que me negó implacablemente la vida, reposarán conmigo en este abrigo estrecho"...

-¡Virginia!

Esta vez no era una ilusión. La voz resonó en la calle, poderosa, real.

-¡Virginia!

-¡Juan, sí, Juan!

Pronto sus pasos conmovían reciamente la escalera.

-¡Virginia! ¡Aquí estoy!

-¡Eres tú! Pero, Juan... ¡Cuanto tiempo! ¿Estas bien? Me tenías intranquila. ¿Dónde has estado tantos años? En fin... no importa. Si te incomoda, no me lo digas. ¿Quieres algo? ¿Deseas que te prepare alguna cosa? ¡Y qué joven estas! Apenas si has cambiado. No, yo no, yo estoy muy vieja. Las niñas han crecido, son ya mujeres; te extrañaban mucho. Te extrañábamos... ¿Por qué no te sientas? ¡No estas cansado?

Se estremecía la casa con la risa jocunda del hombre.

-Ah, sí, el cajón. Es una idea mía, ¿sabes? Fue mi única ambición en este último tiempo. Qué tonta he sido, ¿verdad? ¡Pero ahora estas tú aquí!

-En el pueblo todos hablan de él. Van a pensar que estás loca. Se dice que tiraniza a mis hijas, que las humilla y amedrenta. ¡Qué padrastro les has buscado, Virginia! Ahora que he vuelto no quisiera verlo en nuestro dormitorio.

-Naturalmente, Juan. Haré que se lo lleven. Naturalmente.

-Virginia...

-¿Juan?

-Tenias veinte pesos en el monedero cuando me fuí.

-Sí, aquí los tengo aún. ¿Los necesitas? Espera un poco... sí, aquí están, tómalos, tómalos. ¿Pero adónde vas, Juan? No te alejes por mucho tiempo esta vez. ¡Juan!

A lo largo de la calle desierta corrían sus pasos y su risa varonil, despertando al silencio asentado sobre las piedras.

Fue una mañana de ajetreo, al día siguiente, para doña Virginia y su hija Clara. Hubo un desacuerdo entre la casa Aldana y la administración de la empresa minera Pampamaya y allí tuvo que ir la anciana a imponer su autoridad. Había llovido esa noche; las calles, los caminos estaban intransitables, y los coches se negaban a subir las pendientes empinadas. Hombres y mujeres de piel atezada y con los reflejos del metal de Pampamaya las saludaban al pasar. Volvieron cubiertas de barro, luchando contra el viento que arrastraba su gran capa húmeda y fría por los charcos del camino.

En la casa las esperaba una noticia.

-¡Ha llegado nuestro padre!

La anciana quedó perpleja. Hacía mucho tiempo que allí no se pronunciaba esa palabra.

-¿Quién?

-Mi padre -repitieron a un tiempo Ana y Guillermina.

-¿Dónde está? -preguntó Clara.

-En el hotel Ferrocarril.

La anciana hacía esfuerzos por reponerse.

-¿Cómo lo saben? -indagó.

-Por el propio hotelero, don Federico; estuvo aquí a informarnos.

-Bien, si es así, ya vendrá, si quiere. No se hable más. Cada una a lo suyo. Vamos a almorzar.

-Es que... -Ana titubeaba.

Doña Virginia le lanza una mirada severa.

-Es que, mamá, ha preguntado por nosotras. Vuelve enfermo... y no se atreve a venir.

-¿No se atreve a venir? ¿Y por qué? ¿No somos su familia? ¿No es esta su casa?

-¿Podemos ir a buscarlo, mamá?

Llegó con paso claudicante; de la punta de los labios le colgaba una sonrisa amarillenta. "Ha envejecido", pensó la anciana. Quizá no tanto como ella, pero estaba quebrado. No era sino un vago recuerdo del que fue su marido, una sombra.

¿Cómo preguntarle dónde había estado, por que las había abandonado sin decir palabra, por qué no había escrito nunca?

Era el marido; era el padre. Las cuatro mujeres lo rodearon solícitas, lo cubrieron de halagos, se desvivieron por prodigarle atenciones y cuidados, turnándose para mantener siempre encendida junto a su lecho de enfermo la amorosa lumbre de sus desvelos.

Pero estaba ya quebrado; murió a los cinco días.

Lo enterraron en el hermoso cajón de ébano con una corona y una cruz de metales dorados en la tapa.

EL ROSTRO SIN LUMBRE

AQUELLA noche Ana presintió, *supo* que Andrés no iba a volver. Se hallaban sentados en el mismo sillón, como de ordinario, uno al lado del otro, dejando crecer entre ellos largos silencios onerosos; y sin poder evitar, cuando hablaban, que un cierzo helado se aposentara en sus palabras, que una insidiosa opacidad las abrumara hasta indiferenciarlas. Pero más que otras veces, ahora, los mutismos de Andrés parecían impregnados por el fracaso y la indigencia. Recepto propicio para el huésped de la subversión que Ana vio esa noche instalarse, sólido, casi palpable, en el espíritu de Andrés. De modo que cuando él se alzó, tomando su sombrero, le alargó la mano y dijo: "Hasta mañana" -como de ordinario- y añadió gratuitamente, flaco de valor, "A la misma hora", Ana sabía ya que ese emplazamiento no estaba dirigido a ella sino al acuerdo consigo mismo; sabía que esa hora propuesta no sería una hora común.

Resonaron sus pisadas en la escalera; luego, abajo, el golpe de la puerta al cerrarse.

La muchacha se encaminó sin prisa a la ventana y apartó un poco los visillos. Andrés descendía por la calle hasta el fondo de la noche, con pasos que querían ser irrevocables pero que la determinación delataba inseguros. Habría podido abrir el balcón y llamarlo; él habría vuelto. Para qué? Esperó a que llegara bajo la luz de los faroles; en seguida lo vio perderse en la oscuridad, devorado definitivamente por la nada.

Volvió al sillón donde habían estado juntos. El resto del cigarrillo abandonado por Andrés en el cenicero ardía aún; la columnita de humo azulino ascendía levemente rizada en el aire quieto de la sala. "Así deben ser las alas de los ángeles. De humo. ¿De qué si no?"

En otros tiempos ella se entretenía encendiendo un cigarrillo, no para fumarlo, puesto que nunca había fumado, sino que lo dejaba al borde del cenicero y permanecía largo rato viéndolo consumirse. Miraba fascinada el humo, absorta en sus cambiantes formas en las que leía misteriosos mensajes, cuya clave sólo ella poseía.

Y de pronto estallaba la risa.

La sentía ascender como una marea. Estaba en cualquier lugar escondida de su pecho. Primero era un cosquilleo, algo se removía en su interior, el mundo tornábase violentamente diáfano su risa corría a manera de cascada luminosa y feliz.

-Chiquilla loca -decía su madre.

-Loca, completamente loca -corroboraban sus hermanas. -¿Pero por qué ríes?

-Déjenla. Es como es. -Y su madre reía también.

Sus hermanas reían, pero sin comprender.

Solía detenerse en el jardín, a seguir el vuelo de una mariposa; aguardaba a que la flor con alas se posara en una caléndula o en una dalia. Aproximábase lo más posible, para admirarla de cerca; estábanse allí, quieta en su embeleso ante esa manifestación espléndida de la vida, hasta que su risa rompía en mil fragmentos el aire del jardín, y la mariposa huía asustada.

Ocurría, a veces, que reía sin causa aparente. Mas sólo ella estaba en el secreto de su júbilo, sólo ella veía el gracioso mundo negado a los demás; el caballo transparente, de agua involcable, a través de cuyo cuerpo divisaba las gentes y las cosas; los ramos de luz que se

desprendían de las nubes y bajaban en innumerable sucesión, lentamente, sobre el río; las manos del viento, grandes, como de diamante flexible, peinando con sus torpes dedos las copas de los árboles.

Ana, el rostro impasible, aplastó la colilla humeante. Las fuentes de su risa, pensó, estaban ya secas hacía tiempo. Andrés no iba a volver y la causa era ésa: su impasibilidad deliberada, contra la que se quebraban todos los empeños animosos de Andrés, sus afanes por alegrarla y compartir con ella un comentario jocoso, una banalidad divertida, la carcajada que brota fácilmente de dos corazones jóvenes y los acerca hasta identificarlos en una comunión dichosa. Ana permanecía seria. De nada valía que sus ojos lanzaran breves destellos. Él sentía la remota, inmovible, como de cera. Acabó por renunciar a comprenderla, por alejarse para siempre.

No volvería a verle. No volvería más. Como no habían vuelto dos o tres cortejantes que lo precedieron.

Que le importaba; ¿le importaron nunca? ¿Andrés... tampoco? Una leve sombra nubló fugazmente su mirada perdida en el vacío.

"¡Bah!"

Como todas las noches, ya en su habitación, se detuvo ante el espejo. Escrutó con ojo implacable y preocupado su rostro perfecto. Ninguna arruga lo surcaba; la piel era tersa, de un tono mate pulido; la frente pura, las mejillas levemente encendidas. Tranquilizada, repasó ahora con entrañable complacencia sus hermosas facciones, se estuvo admirándolas morosamente unos instantes. De la blusa entreabierta surgieron, redondos y cálidos, sus senos desnudos. Su belleza era cantante, musical, como una línea melódica; turbadora como un sueño de los sentidos.

El enemigo de su belleza estaba, sin embargo, allí adentro, agazapado, latente. Dentro de su propia belleza. Lo sentía bullir en su sangre; galopar, sordo, bajo su piel; revolverse inquieto en su pecho; asomarse a veces a sus ojos. ¡Cuántos esfuerzos heroicos para dominar su oleaje y someterlo!

El enemigo de su belleza era la risa.

Lo descubrió Ana un día, por boca de otra persona, al cumplir los dieciséis años. Para celebrarlos, su madre había reunido a las amigas de sus hijas y a sus propias amigas, matronas encorsetadas y solemnes, que trajeron a la fiesta su afectación y sus galas de fin de siglo.

La risa de Ana cascabeleaba desaprensiva. Era la reina de la tarde.

Las señoras comentaban.

-Tiene una envidiable alegría.

-Se lo pasa riendo.

-¡Es que es tan niña! -la defendía la madre.

-Sí, es verdad. Hay que dejarla reír. La risa espontánea se acaba pronto en los labios de una mujer. ¡Es tan breve la vida, y el mundo tan amargo!

Y de pronto escuchó Ana la revelación. Fue una señora que nunca había visto antes, que después tampoco volvió a ver, como si hubiese surgido en su vida expresamente para consumir esa misión admonitoria.

-De todos modos -habló sentenciosamente -, no es prudente que una niña con un rostro de porcelana, tan maravilloso, ría demasiado. La risa ha de ajar su belleza. La risa dilata los músculos, cava arrugas, envejece... ¡Es una destructora artera y despiadada! Hay que guardarse de ella.

Ana sintió cerrarse un nudo helado sobre su corazón. La voz tenía un acento ominoso intimidante, sonaba como la voz misma de la sabiduría, que nos descubre que hay otro mundo adverso en el mundo, la garra siempre pronta a caer en medio de nuestra dicha. Fingiendo no haberla oído, se acercó a sus amigas, sin atreverse apenas a sonreír, bajo la fuerte impresión de esas palabras que parecían haber nublado la luz que bajaba por la lucerna del vestíbulo.

No rió ya en toda la tarde. No reiría ya en toda su vida.

El enemigo había sido descubierto. Lo sabía al acecho, despiadado. Podía traicionarla en cualquier momento, descuidar su guardia, su tenaz defensa sin tregua, y herirla de muerte.

Desde entonces Ana vigiló. Vigiló a todas horas, vigiló hasta en el sueño.

Su tarea más difícil consistió en dominar el subconsciente. Despertábase angustiada, con miedo de que el duende de la risa alterara sus facciones mientras dormía, calando a mansalva surcos aviesos junto a su boca, en el ángulo de los ojos, sobre las sienes. Algunas veces, en el sueño, veía su rostro dilatado por una risa monstruosa que alargaba, alargaba su piel hasta convertirla en una máscara deforme, tirante, en la que brillaban sus propios ojos con un destello de locura.

Al cabo, a fuerza de entornar los párpados en la almohada, con los sentidos alerta, pronta a abrirlos al menor amago turbador, las pesadillas desaparecieron. Como si el hielo de su semblante hubiese alcanzado a la zona oscura en que se incuban las imágenes de la vida onírica.

Los habitantes de la pequeña ciudad admiraban la belleza de Ana con ese espontáneo impulso de cálida simpatía, un tanto deslumbrada, que despierta una cara de mujer singularmente hermosa. Mas tarde, todos, añadieron a la admiración la ufanía. La belleza de Ana era un título de orgullo regional.

A medida que fueron transcurriendo los años, ese sentimiento sufrió un cambio. El espíritu humano es refractario a todo aquello que escapa a las leyes naturales; se mece, apacible, en el ritmo apacible, pero al más leve trastorno de esas leyes, se recoge en sí mismo y se subleva.

Comenzó a advertirse que Ana no envejecía; que su rostro mantenía sin menoscabo. Esta irregularidad se hizo más evidente al compararla con sus hermanas. Se habían casado, tenían hijos, y la última -diez años menor que Ana- parecía ahora su madre.

La belleza de Ana, timbre de prestigio para la ciudad, derivó, así, en tema de comentario risueño. Se la citaba como una de las curiosidades locales, junto con un profesor italiano chiflado que perseguía en la calle a todas las mujeres y que alguna noche, inadvertidamente, requetó durante un largo trecho a sus propias hijas; o con Paulina, una vieja solterona que se encaramaba al atardecer en la solana de su casa a maullar como una gata.

Sensible a esa mudanza en la consideración de las gentes, Ana dejó de concurrir a reuniones y bailes y acabó por confinarse en su casa. Vivía sola ahora, después de la muerte de su madre, y apenas se asomaba de tarde en tarde a la ventana.

Fue un día en que se hallaba en el balcón, viendo correr la uniforme vida provinciana, cuando conoció a Esteban Casaldueiro. El crepúsculo caía sobre la ciudad. Celajes endebles incendiaban lentamente el cielo, todavía alto, y los ruidos, en la calle, se apagaban uno a uno, como si la soledad que precede a la noche extendiese un tapiz palpable, denso.

Quizá por ello la sorprendieron más unos pasos enérgicos, casi impertinentes, que golpeaban las losas del piso, acercándose. No eran pasos familiares. "Es curioso, pensó, como se llega a conocer, en esta ciudad, hasta las pisadas de la gente". Miró, pues, con mayor interés. Desde el fondo de la calle se aproximaba un hombre. Su andar era seguro y elegante. Joven, por supuesto. ¿Quién sería? Un forastero, sin ninguna duda. Ya estaba casi frente a ella y pareció sentir el escrutinio de la mujer, porque levantó la cabeza; sus miradas se encontraron. El joven se detuvo una fracción de segundo, luego, algo desconcertado, se llevó la mano al sombrero. Ana lo siguió con los ojos, fascinada.

Durmió mal aquella noche. Sabía que el desvelo y las emociones injuriaban la lozanía de su piel, pero no dejaba de pensar en el forastero. Nadie la había inquietado de ese modo. ¿Quién era? La contemplo largamente; y pudo ver, ella, que tenía hermosos ojos. Más apuesto que Andrés; más distinguido, desde luego. Pobre Andrés: estaba viejo y grueso, amarrado a cinco hijos y a una mujer vulgar, de cabellos grises. ¿No sería ella así, en estos momentos, si se hubiese casado con él? Se estremeció horrorizada. Obesa, con cinco hijos, el cabello gris y el rostro marchito, los hombres no la considerarían con interés sino con lástima. Pero el desconocido ¿la miró con interés? ¿Acaso, estando la calle solitaria y sólo ella en la ventana, cualquiera no la hubiese observado lo mismo, vale decir, casi obligadamente?

Mas en seguida se aferraba a su esperanza. No; la había mirado con calor; pudo percibir el lenguaje tierno y no distraído de los ojos varoniles. No era un encuentro casual. ¿Había esperado ella tanto por puro azar?

Dedicó todas sus preocupaciones, al día siguiente, a indagar par el extraño. Visitó a sus hermanas, a quienes no frecuentaba desde hacía mucho tiempo: ya sea por influencia de sus maridos o porque la prolongada juventud de Ana las incomodaba, sus relaciones se habían resentido hasta la congelación. Visitó a algunas amigas de antaño. Se la vio, con extrañeza, caminar por las calles, de una casa a otra, bajo el sol, exponiendo a los rigores del viento su belleza de invernáculo.

Pudo así saber que el desconocido se llamaba Esteban, que acababa de enviudar, después de un año de casado, que estaba apenas de paso en la ciudad. Había venido a liquidar unos intereses y partiría muy pronto.

Al caer la tarde, Ana se acodó en la ventana, y lo propio hizo todos los días que siguieron, pero Casaldiero no volvió a aparecer.

Súbitamente, un día, renacieron sus esperanzas: Casaldiero había regresado a la ciudad. Para nadie era ya un secreto el amor de la muchacha. Permanecía en la ventana hasta que la noche cerraba por completo y sólo un viento de hielo arrastraba por la calle hojas secas y desaliento. Algunas personas se encargaron de deslizarle en el oído que la presencia de Casaldiero se debía a ella, que estaba perdidamente enamorado, que sólo por timidez no se atrevía a manifestárselo.

Sonreían las gentes, al comentarlo, y el mismo Casaldiero vino a enterarse, por ese conducto, de la pasión que había despertado. Con natural curiosidad de varón, quiso verificar la realidad de la comidilla; pasó de nuevo por la calle donde Ana estaba esperándolo. Comprobó que era una mujer hermosa. La saludó, esta vez, destocándose con una leve sonrisa; se detuvo un tiempo en la esquina. Quizás turbada por la emoción, Ana desapareció en el interior y Casaldiero esperó en vano, un rato, a que asomara de nuevo, antes de alejarse.

Al día siguiente le envió una esquelita. Pedía respetuosamente que le permitiese visitarla; apelaba a ese recurso extremo porque no conocía medio de ser presentado. Tocaría la puerta a las cinco; si ella se negaba a recibirlo, bastaba que se lo hiciera notificar con la servidumbre.

Todos aquellos habían sido para Ana días de emociones continuadas. Tenía los nervios deshechos, y después de dar lectura al mensaje, luchó más que en todos los años juntos de su vida, para vencer la corriente de sollozos que pugnaba por subir a su garganta. Sólo a fuerza de tisanas y cordiales obtuvo un poco de sosiego, pero no logró cerrar los ojos en toda la noche.

No fue menos angustiada su espera, tan pronto como se hizo el día. El baño, tibio, con sales sedantes, la serenó a medias. Puso más celo que nunca en el arreglo de su persona. Ninguno de sus vestidos le parecía adecuado; se pasó largas horas delante del espejo, probándose uno y otro, combinando detalles. En su impaciencia, desgarraba los trajes que la disgustaban.

A las cinco, las manos trémulas, estaba todavía atareada con los últimos pormenores de su tocado. Su pulso vacilaba, cosa que jamás le había sucedido. Reemplazó las rosas del recibimiento por un ramo de azaleas. Eran las cinco pasadas; a las cinco y media no había llamado nadie. Los minutos transcurrían con lentitud mortificante. Se asomó por décima vez a la ventana. ¿Estaría en hora su reloj? La sirvienta fue a comprobarlo, mientras ella se paseaba agitada, midiendo la habitación con pasos de ave cautiva.

Volvió la mucama para anunciarle que eran las seis menos cuarto y que alguien subía las escaletas. El sonido del timbre la hizo vibrar como si hubiese recibido una descarga eléctrica. En la puerta apareció Esteban Casalduero.

Ana temblaba de la cabeza a los pies, sacudida por una extraña fiebre. Las palabras de Casalduero llegaban a sus oídos vacías de sentido; sólo escuchaba el eco de su voz, la modulación de las vocales, el golpe de las consonantes; parecía estar oyendo un lenguaje desconocido.

Se había sentado él, obedeciendo a una invitación muda de la muchacha, que permanecía de pie en el centro de la estancia. El joven la contemplaba con detenimiento. Realmente, su hermosura correspondía a su fama. ¿Pero qué había en su rostro, del que no sólo parecía haber huido la sangre sino hasta, diríase, la vida? Era un rostro vítreo, pulido, casi el rostro inanimado de una escultura.

De pronto ese rostro perfecto se contrajo en una mueca, y de sus labios brotó una carcajada. Su cuerpo se retorció como una rama golpeada por el huracán. Bajo los efectos de la crisis nerviosa, Ana rodaba por el suelo y volvía a levantarse, sin dejar de reír con una risa demente, de poseída, huyendo a los esfuerzos de Casalduero, que había acudido para socorrerla. Vino en seguida la sirvienta. Lograron sujetarla a duras penas y la transportaron a uno de los sillones.

-Un vaso de agua, un vaso de agua -repetía Casalduero, sin atinar con lo que debía hacer, aturdido por la singular aventura en que se veía, tan inesperadamente, envuelto.

Antes de que acertara a darse cuenta de lo que iba a suceder, vio alzarse la mano de la fámula -una vieja servidora de la familia- y caer abierta, con violencia, en una de las mejillas de Ana.

Las carcajadas histéricas cesaron bajo el golpe brutal, para trocarse luego en un entrecortado llanto.

-¿Ve usted, señor? -se disculpaba la anciana. -No tuve más remedio. ¡Que Dios me lo perdone! ¡Pobrecita niña!

Y las lágrimas asomaron también a sus ojos cansados y tristes.

Poco a poco, los sollozos de la muchacha fueron decreciendo, si bien sus miembros se estremecían aún, como cuerdas de violín tocadas por una mano invisible.

Esteban se pasó el pañuelo por la frente empapada de transpiración. Ana, que había cerrado los ojos, los abrió con lentitud, alzando la cara hacia él. Y el joven vio, con terror, cómo esa cara envejecía bajo su mirada. Se le hundieron las mejillas y los ojos; debajo de estos, la epidermis se relajó formando pesadas bolsas; profundas grietas se abrieron en torno a la boca, que se crispó como una fruta calcinada por el fuego; la piel toda se encarrujó, cayendo en pliegues y oscureciéndose, y hacia el cuello y las sienes marchitas se derramaron innumerables las arrugas como tajos crueles.

La mano del tiempo, demorada, se abatía inexorable, con saña, sobre cada milímetro de ese rostro de mujer, que en pocos instantes quedó convertido en una carátula senil.

LA ARAÑA

EN la calle los ruidos apagábanse uno a uno, devorados por la soledad y el silencio de la serranía. El sol de Llallagua brillaba con luz hiriente en las techumbres de los ingenios, se deslizaba en millares de arroyuelos de oro líquido por entre el cuarzo pórvido de los montes y era una llamarada hirviente en la patena de las represas.

Los mineros habían subido en grupos bulliciosos a divertirse en la población, y las olas de sus voces alborotadas se fueron remansando, poco a poco, en los bares y las cocinerías.

Jerónimo asomó en el fondo de la calle, las manos en los bolsillos, contoneándose. Tenía doce años y, mirando a la alta cumbre mineral de Espíritu Santo, decidió que el mundo estaba bien. El polvo que levantaban sus pies tardaba en asentarse en el suelo. "Sí, todo esta bien". Y se puso a silbar alegremente.

Tal como esperaba, junto a una de las ventanas del bar La Fraternidad estaba Carlitos, la pierna de niño inválido un tanto encogida. Aceleró el paso. "Están desplumando a alguien", pensó. Carlitos le hizo un guiño y Jerónimo pasó a su lado sin detenerse. No debía interrumpir el "trabajo" del cojito. Detrás del vidrio brillaba la cara afilada del Embudo, sentado en torno a una mesa, con otras personas. "Algún ganso", se dijo Jerónimo.

"Pero la vida está bien", y penetró en el bar, espeso de conversaciones, de voces, de humo de tabaco y de olor a cerveza volcada. En todas las mesas los mineros manoteaban pesadamente y hablaban y reían con esa risa indefinida de la proximidad de la embriaguez. Cañipa, el mozo, arrastraba sus pies hinchados yendo de un grupo de clientes a otro y luego al mostrador, con un delantal corto, gris de suciedad y manchas. Las llamadas de los parroquianos golpeaban vanamente en sus oídos, acosándolo de todas partes, sin conmovir su calmosa indiferencia. El propietario del bar, don Marcelino Moncayo, comía un plato de guiso con ají, detrás del mesón, llenos los bigotes de grasa, que limpiaba con la manga de la chaqueta cada vez que tenía que atender los pedidos del mozo.

-No les sirvas más a los barreteros del rincón. Esos ya están borrachos, y cada vez arman camorra.

Cañipa se encogió de hombros, refunfuñando sin contestar, y volvió a sus trajines.

Jerónimo instalado encima de uno de los barriles de cerveza, junto al pasillo que comunicaba el bar con la cocina, se puso a esperar pacientemente a que Carlitos se desocupara. En la mesa de la ventana el Embudo y sus compañeros jugaban a las cartas. El Embudo, en ese momento, barajaba el mazo y repartió los naipes. Carlitos, la pierna enferma como una ala tronchada, se balanceó en la otra, alargó el cuello con rapidez y echó una mirada al juego del individuo sentado de espaldas a la ventana; luego se apartó y se puso a lanzar pequeños guijarros en medio de la calle, sin mirar a ningún sitio determinado. Retozo inocente de niño que se aburre solo. Pero el ojo del Embudo estaba sobre él; conocía el código secreto de esos gestos; y un leve chispazo iluminó fugazmente su rostro de pájaro rapaz.

Jerónimo, entretanto, había descubierto un entretenimiento. Junto a la estantería se veía una hermosa tela de araña, dorada y elástica. En el centro se agazapaba un arácnido rubio, de vientre abultado y ojos voraces. Iba a destruirlo de un manotón, pero cambió de parecer y, bajándose del barril, recogió del suelo un palo de fósforo quemado. Quebró un trocito y lo arrojó a la tela, donde quedó oscilando, prendido a los sutiles filamentos. La araña se revolvió, inquieta, y luego de contemplar un instante la astillita que pendía de la malla, se acercó rápidamente y la desprendió con las patas.

Jerónimo se disponía a quebrar otro pedazo del fósforo cuando observó que una mosca revoloteaba muy cerca de la tela. Zumbaba alegremente, ajena al peligro, trazando amplios círculos como una patinadora. La araña fingía dormir, agazapada en su urdimbre, mimetizada con el sucio encalado del muro; pero sus ojos abiertos seguían con disimulo las evoluciones del insecto.

Del otro lado de la ventana, en la calle, Carlitos arrojaba piedrecitas al centro de la calzada, y de cuando en cuando echaba una mirada dentro del bar, como un niño que aguarda con vaga impaciencia la salida de su padre, que podía ser cualquiera de aquellos bebedores aturdidos por el alcohol y las disputas. El Embudo dobló la puesta. El minero sentado de espaldas a la ventana miró las cartas que tenía en sus manos con indisimulable confianza. Había recibido un buen jornal; los billetes abultaban agradablemente en sus bolsillos. Los palpó como al descuido, apretando apenas el brazo contra la cartera que guardaba en un costado del saco. Sonrió para sus adentros: tenía un buen juego. Quién sabe si no estaba en su día. Nunca venían mal unos pesos ganados sin esfuerzo. Volvió a sonreír, gozoso de su buena suerte.

De pronto, la mosca descendió roncando como un avión, en una arriesgada maniobra, segura de sí misma, pero cuando quiso ascender otra vez, la curva demasiado cerrada de su elipse la llevó a clavarse de cabeza en la tela, casi en el mismo sitio donde había estado antes el palito que arrojó Jerónimo. Allí quedó debatiéndose.

En la mesa, el minero puso un fajo de billetes junto a la puesta del Embudo.

-¡Así me gusta, hermano! ¿Quién dijo miedo? -exclamó el fullero, y fue descubriendo una a una sus cartas, dejándolas sobre la mesa, con fingida emoción de novato.

La araña salió del centro de la tela, pasando de hilo en hilo, con agilidad de grumete, y se apoderó de la mosca, que cesó de repente su desesperado aleteo. De vuelta a su rincón, la mantuvo firmemente aprisionada entre sus patas.

El minero había palidecido; alargó la mano y tomó, con cierto desmaño, su vaso de cerveza, entibiada por el ambiente pesado del bar, y se lo llevó a los labios sin mirarlo. El Embudo daba nuevamente las cartas.

La araña, entretanto, estrujaba a la mosca, concentrada en su tarea, ausente a lo que ocurría a su alrededor. Jerónimo le había arrojado un nuevo palito, pero el arácnido no se movió. Finalmente, después de un rato, soltó a su presa; el cadáver del insecto descendió, ingravido, en el aire espeso, y fue a perderse detrás del mostrador.

El juego había terminado.

Apuro el Embudo, golosamente, el contenido de su vaso; después se limpió los labios con el dorso de la mano. Sentado de espaldas a la ventana, el minero se rascaba la cabeza, serio, con aire absorto. Luego tomó su sombrero, y, sonriendo sin expresión, a modo de saludo, abandonó el bar, con pasos pesados de autómata.

El fullero llenó otra vez un vaso; vaciándolo de un trago, volvió la cabeza hacia el mesonero.

-¿Tengo alguna deudita por ahí, don Marcelino?

Este había concluido de comer y contemplaba al trasluz una copita de aguardiente que tenía entre los dedos.

-Raro sería que, no, pues -respondió con aparente desgano.

El Embudo estalló en una sonora carcajada, que hizo alzar la cabeza a los parroquianos. Manoseaba los billetes, contándolos.

Jerónimo salió a reunirse con Carlitos. La calle comenzaba a llenarse otra vez de tierra y de actividad. El frío de las cumbres solitarias descendía como una niebla invisible, llena de innumerables látigos de hielo, sobre los ateridos campamentos. Mientras le refería su fascinante experiencia con la araña, salió el Embudo; con la mejor de sus sonrisas, le alargó al cojito un billete de quinientos pesos.

-Te has portado como un gigante, ñato.

Y al ver a Jerónimo, cuando ya se había dado vuelta para entrar de nuevo en La Fraternidad, se llevó la mano al bolsillo y le pasó cien pesos.

"Está bien, la vida está estupendamente bien", pensó Jerónimo.

Apretando con fuerza su dinero, los dos niños echaron a correr calle abajo, Carlitos dando pequeños saltos, como un gallito herido.

COMO UNA RAMA MUERTA

LA luz del velador proyectaba en el cielo raso de la habitación un círculo de claridad que se quebraba en los ángulos de las paredes y bajaba, ralo, sobre la cama en que yacía con su marido. Escuchó con odio su respiración tranquila. "Respiración de animal saludable", pensó.

Era viéndolo así, dormido, rehén de su sueño, como se le aparecía más ajeno a ella, a ella y todo, más ausente en su egoísmo. Siempre le habían parecido detestables las personas de sueño fácil, y recordaba la violencia con que debía admitir, en su hogar de soltera, las siestas de su madrastra. El acto de renunciar a la vigilia se le antojaba una abdicación de la dignidad; dormir equivalía a encerrarse en su cuerpo, y esa clausura repugnaba a su sensibilidad como una sórdida escatimación, como una expresión de la avaricia. ¿Por qué los seres humanos necesitaban tenderse al llegar la noche, cerrar los ojos y hundirse en una inconsciencia parecida a la muerte? La naturaleza pudo haber habilitado otros medios para restaurar las fuerzas perdidas y borrar la fatiga: respirar profundamente, por ejemplo. Ella sabía de algunas especies que no requerían de ese eclipse periódico de la conciencia para vivir, y a menudo recordaba ese relato, leído en un diario, acerca de aquel hombre que había perdido definitivamente la costumbre del sueño. El ideal perfecto. He ahí algo que la ciencia tendría que resolver algún día en beneficio de la humanidad: un mundo sin esas subtracciones a la vida; una existencia lúcida desde el nacimiento hasta la muerte.

Volvió la cabeza para contemplar a su marido, el rostro sudoroso, la boca entreabierta, los párpados pesados cubriendo los ojos, considerable en su estatura yacente, bajo las mantas. Si por lo menos una enfermedad hiciera presa de ese atado de músculos sin nervios, de esa osamenta sólidamente articulada. Tal vez ella, entonces, descendería a prestarle algún cuidado; se ablandaría su corazón, ¡quién sabe!, y su actitud de mujer sería diferente. Pero era una bestia sana y bien constituida a la que nada era capaz de herir.

Adriana cerró el libro que había estado leyendo y quiso dejarlo entre el vaso y la lámpara, en la mesa de noche: calculó mal sus movimientos y el vaso se estrelló, con estrépito, en la alfombra. El hombre dormido agitóse ligeramente, sin despertar; sus labios se recogieron como para decir algo en el sueño y mostraron una dentadura pareja, blanca, a cuya vista Adriana, sin saber por qué, sintió que su sangre se sublevaba en un rencor ingobernable. Tiró con fuerza de las cobijas y le volvió la espalda, removiéndose en el lecho hasta hacer crujir los muelles. La respiración del hombre subió a su lado, profunda, pesada de sueño.

El agua se había extendido en una gran mancha sobre el suelo, y los trocitos de cristal brillaban como diamantes. Era el agua destinada a despertar, por la mañana, a Octavio, su marido. De ordinario, Salas, el administrador del fundo, llamaba a la puerta a las seis; esa mañana vendría a las cuatro para salir con Octavio y algunos peones a explorar las alturas donde se formaba la "mazamorra", recelosos de una avalancha de lodo, pues las lluvias no habían parado de caer desde hacía dos semanas. La única forma de despertar a Octavio, en esos casos, era volcándole agua en la cara.

Saltó Adriana del lecho; luego de calzarse unas zapatillas, apartó con el pie los fragmentos de cristal diseminados en el piso y se encaminó a la ventana. Afuera seguía cayendo el agua sobre la extensión adivinada de la noche. Todo era sombra ruidosa y mojada, pero no hacía frío.

La hacienda de los Arróspide se hallaba enclavada en medio de un anfiteatro de montañas que la protegían de los vientos de la cordillera, procurándole un clima templado, propicio para el cultivo de viñedos y frutales. Las tierras laborables, con los edificios de la hacienda y los lagares, formaban una playa de verdura, junto al lecho pedregoso, casi siempre con un hilo avaro de agua turbia, en el abrupto paisaje.

Octavio se había empeñado en construir la casa que habitaban, en un estilo de cabaña californiana de blancos muros encalados, pero en piedra, sólidos como sillares del coloniaje. Estaba rodeada por un jardín cruzado de caminos de grava roja. Junto a la entrada principal, sobre el porche, se recostaba una profusa bugambilia, con flores de un vivo de fuego, que ardían al sol como una llamarada. Las fuccias, las rosas amarillas, los tacones, las adelfas, el heliotropo y los claveles de los arriates, conocían el cuidado amoroso de las manos de Adriana. Daban el único perfume de su destierro.

Apoyó la frente en el vidrio de la ventana. El río, cargado por las lluvias, arrastraba pedrones con un ruido ronco, sombrío. En las viviendas de los peones, acurrucadas contra la ladera mineral de la montaña, al fondo de la garganta, se veían correr algunas luces, como ojos de onza brillando en la oscuridad. Probablemente, colonos alarmados que bajaban hasta la orilla del río para interrogarlo, temerosos de la "mazamorra", el zarpazo de lodo acumulado por las aguas en alguna cuenca lejana, entre las altas cumbres, y que al vaciarse en la quebrada había borrado en otras ocasiones, de un solo golpe funesto, vidas y obras de laboriosos años.

¿Tan asustados estaban? Asustados, como siempre. Sonrió con desprecio. Si Octavio no estuviese dormido, pensó, lo vería correr fuera de la casa, para hacer otro tanto. Todo en él era realismo y previsión, y se jactaba de ser previsor y realista. Ella lo veía hacer, con mirada prescindente; lo veía poner toda su presuntuosa energía al servicio de su afán de adelantarse a los hechos, de vencerlos de antemano. Y pensaba en lo aburrida que es una existencia incurablemente cuerda.

Un símbolo de ese orden mecanizado y precavido estaba justamente allí, en el piso de su propia alcoba. Era una trampa que Octavio había mandado construir para ponerse a cubierto de los riesgos de una inundación. Conducía a un pasadizo subterráneo donde aguardaba una motoneta en la que era fácil trasladarse, por la galería, hasta una loma vecina, a un nivel no alcanzado por el lodo de las "mazamoras", y luego a la aldea o a una hacienda próxima. Octavio trabajó durante un año largo en la ejecución del proyecto, tercamente obsesionado con su idea. La propiedad era un bien patrimonial, había pertenecido a su familia desde que se fundó la república; venderla, y adquirir otra menos expuesta al peligro permanente de los aluviones, valía tanto, para él, como traicionar a sus antepasados, desertar de la tradición; era, además, una aventura. Las aventuras no entraban en su conducta. Otra cosa es que se la arrebatará la reforma agraria; permanecería siendo, en tal caso, de los descendientes de aquellos que la habían trabajado con sus abuelos. Y ésas, al cabo, no serían manos intrusas.

Todas las noches, antes de acostarse, Octavio revisaba el mecanismo de la trampa, aceitaba los goznes, probaba su funcionamiento; luego la contemplaba un tiempo, adorándose en su obra, orgulloso de su perfección de relojería, ufano, como si admirara la imagen de su propia eficiencia.

Solo había una falla en esta creación consumada: su sueño de hastial, sueño de piedra hundida en profundos pozos de inconsciencia; sueño sin sueños, de un solo bloque. Había puesto en práctica toda clase de recursos para vencerlo a su arbitrio, para sustraerse a su dominio en el momento necesario; todos fallaron. Sólo sirvió uno: la copa de agua, vaciada de golpe en el rostro en letargo.

El líquido derramado sobre la alfombra había dibujado una estrella irregular. ¿Estrella o araña? Durante unos segundos Adriana la consideró con aprensión, como si en vez de agua fuese de sangre; la mancha le recordó la obligación de reemplazar el vaso y su contenido, renovando así en su espíritu la repulsa que la dominaba cada vez que debía cumplir el enojoso compromiso de despertar a Octavio. Con el recipiente colmado en la mano dejaba transcurrir largos minutos, irresoluta frente al hombre dormido, antes de arrojarle el agua en la cara. Era como desafiar oscuras potencias desconocidas; como introducir la mano en ese fango tenebroso y poblado de alimañas y monstruos en que se hunde la personalidad en el sueño; como golpear, imprudentemente y por la espalda, a una bestia furiosa. Octavio, los ojos soldados aún por las

brumas de la soñera, dejaba escapar un gruñido ronco y alargaba, ciego, los brazos hacia ella, en el ademán de buscar su garganta para estrangularla. Pero entretanto había abierto los ojos, todavía velados por el sopor, y después de mirarla sin verla durante un breve relámpago de tiempo, despertaba al fin, arrojando lejos de sí las ropas del lecha. Adriana, asqueada, lo ayudaba a vestirse. Nunca supo el que la primera vez que lo despertó de ese modo había tenido que correr, después, a refugiarse en el baño, enferma.

La lluvia seguía golpeando en la oscuridad de la noche. Era la única voz del silencio.

Se dirigió a la habitación vecina, una pequeña sala de recibo, casi sin muebles. Esa era otra noche en blanco; no tenía el menor deseo de dormir, y se aburría. Encendió un cigarrillo y se estuvo morosamente hundida en un sillón, inmóvil, la mirada perdida en los rescoldos casi apagados de la chimenea. Algunas veces, un sorbo de coñac la había ayudado a conciliar el sueño; precisamente, allí, en el bargueño, estaba la botella; vertió un chorrito en una copa y paladeó el líquido quemante, con sabor a maderas, a resinas...

En ese momento alguien llamó a la puerta. Adriana frunció el ceño, sin inquietarse; esa noche no le extrañaba ningún llamado a deshora. Tomó un revólver, por precaución, antes de abrir, mientras echaba una rápida mirada al reloj del hogar; eran apenas las dos. En el porche estaba Salas, chorreando agua bajo un viejo poncho impermeable.

-Perdone, señora... -balbuceó-, pero creí necesario venir a advertirles. Temo que pueda venirse ya la mazamorra esta noche.

Adriana lo miró escéptica, un buen rato. "Creí..., puede venir ." Se encogió de hombros. Aquel hombre le inspiraba una reserva infatigable. Fue siempre un espontáneo, y frío, enemigo de los campesinos indios, su despiadado expoliador. Se las había arreglado, ahora que se levantaban vientos de reforma, para presidir su sindicato. En torno a él, las pandectas cambiarían de manos, se modificarían; él seguiría situado en su provecho.

-¿Por qué cree usted eso?

El administrador vaciló antes de responder.

-Yo no sé nada, señora. Sólo quería prevenirlos. La gente esta alarmada... Los caballos, ¿sabe usted?, han querido forzar la tranquera del corralón.

-¿Y no pueden haberse asustado por otra causa?

-Puede ser..., no sé. En todo caso creí prudente hacérselo saber a ustedes...

-Hizo usted muy bien. Gracias, Salas.

Cerró la puerta. "Majadero". ¡Como si la desgracia necesitara signos para anunciarse! Cae sin aviso, artera, y nadie supo que estaba escondida detrás de la puerta, a la vuelta de cualquier recodo. ¿No cayó así sobre su vida tantas veces? Unas, mostrando la mueca horrenda; otras, disfrazada bajo apariencias engañosas. La muerte de su padre en ese absurdo accidente de tránsito; la de Alberto, su novia, el hombre a quien ama poniendo en ese amor todas las vehemencias de su corazón, ahogado en uno de los ríos del Beni; la locura de su madrastra internada en un sanatorio, tomaron la forma primera, directa, brutal. Todo el curso posterior de su vida, incluido su matrimonio, la de la otra crueldad insidiosa. Rememora con desánimo la larga hilera de ilusiones abatidas, de esperanzas rotas, de ambiciones informes, de desechos, como retama tronchada por el ventarrón. Hay seres nacidos para atraer sobre sí los rayos de la tormenta; pero hasta el más duro acero se desgasta de tanto golpearse contra la adversidad.

Se había casado ansiosa, no enamorada. Quería volver la espalda a lo destruido, en ella misma y en la vida; correr una cortina sobre ese montón de días ensangrentados con su sangre y

su amargura, salir a otro aire, comenzar otro camino bajo soles menos acerbos. Quería ser simple, humilde, apacible, y aceptar una existencia apacible.

Mas la hiel estaba ya en ella, no en las copas que llevaba a sus labios. El matrimonio reanudó en su espíritu el conflicto ínsito, la lucha ahora para evitar que su personalidad fuera sutilmente invadida por otra personalidad que ni siquiera se tomaba el trabajo de imponerle esa sofocación, que ignoraba la obra de desgaste que ella temía. Octavio era un hombre amable; ni cariñoso ni distante; algo rudo, elemental, sin complicaciones. Y esa era su fuerza. Seguro de su poder, la dejaba en libertad, le consentía un amplio margen de autonomía, rubricaba con una sonrisa todos sus caprichos. Ella odiaba esa sonrisa, como se volvía, colérica, contra la mano de Octavio que la palmeaba suave y desaprensivamente. Cuántas veces había deseado que esa mano quedara seca en el aire, como una rama muerta, en el instante mismo de tocarla. Octavio no parecía percibir su prevención y la llamaba su niña consentida, entre risas de timbres jocundos y honestos. Una risa que la hacía sentirse de repente extrañamente culpable, sin evitar por eso que recrudesciera su despecho y se cerrara aún más en su guardia.

Era el suyo un divorcio implícito, un divorcio de las almas, que cada vez tardaban más en encontrarse. Cuantos abismos pueden abrirse en el fondo secreto del pecho. Adriana había pensado, sin embargo, a menudo, en un modo, el único posible, de detener la disolución, esa carcoma de sus sentimientos que sólo Dios sabía en que podía acabar: era dejar aquello, abandonar a su suerte la hacienda con sus trabajos y su fruto constantemente amenazados. Dejar, sobre todo, esa rutina, ese destierro sin rédito espiritual visible. ¡Cortar de raíz el brote aciago de la catástrofe! Se lo dijo a Octavio, pero Octavio limitóse a mirarla, incrédulo. "Niña consentida." Para él, aquello era todo; después, ya verían. Su orgullo estaba cifrado en vencer, y vencería. Por lo demás, le encantaba la batalla con esa naturaleza hostil, y ella estaba obligada a ayudarlo en la empresa, permaneciendo, simplemente, a su lado. No le pedía más.

No le pedía más, sin saber que para ella era tanto. ¡Egoísta!

El calificativo no pronunciado sonaba en el cerebro de Adriana como una injuria. Egoísta, egoísta... Mas, a medida que sus ecos se iban apagando, la palabra parecía cambiar de emisión y de destino. Bumerang irónico, mojado por la lluvia. Adriana creía escuchar, de nuevo, la risa jocunda de Octavio, también mojada por la lluvia... "Mi niña egoísta."

Restallaban los relámpagos sobre la piel luctuosa de la noche y gemía, sorda, la lluvia en el abra anegada. De tanto en tanto, desplomábanse los truenos y bajaban rodando por las laderas de las montañas; parecía que iban a estrellarse contra los muros de la casa, pero pasaban, rozándola, para ir a hundirse en las aguas del río. Eran pedrones de trueno, ígneos, los que arrastraba luego la corriente. El aguacero los martillaba, demoledor, los reducía a fragmentos de carbón enrojecido. Hervían las aguas y se arremolinaban, saltando sobre las rocas, mordiéndolas con espumarajos de perros rabiosos.

De pronto, un trueno que cayó de los más vastos precipicios de la noche la hizo despertarse sobresaltada. Se había quedado adormilada en uno de los sillones del recibimiento. De un salto estuvo de pie, alerta. No era un trueno; estaba segura. El último trueno había estallado hacía rato y sus ecos se apagaron uno a uno en los remotos interiores de la tormenta.

Dormida, algo en ella velaba, sin embargo, y su propia certeza la asustó. Tensa como un arco, exploró el silencio. Caía la lluvia, pareja, nerviosa, remecida por el viento, y en el silencio gorgoteaban, profundos, los cantos rodados. Más que su conciencia, la advirtió del peligro, como un impacto, una misteriosa señal de su instinto. Sólo entonces oyó alzarse el vocerío angustiado de los perros que ladraban, y, en seguida, lejano aún, el bronco cataclismo subterráneo que bajaba como el desmoronamiento del duelo, allá arriba, en la cabecera de la quebrada. ¡Era el alud!

Adivinó la marea del légamo avanzando pesadamente, incontenible, derramándose densa y nauseabunda, y sintió su carga sobre la tierra y el estremecimiento de la tierra castigada. Adivinó el trabajo de la muerte.

Mientras tanto, había corrido por un vaso de agua y sus alaridos llenaban la casa como pájaros salvajes dominados por el pánico. Tropezó y estuvo a punto de caer, defendiendo el contenido del vaso. Con la mano libre hizo funcionar la trampa, que abrió una boca lóbrega en el centro del dormitorio. Octavio dormía un sueño agitado, crispada la cara y dejando escapar gemidos áfonos por entre los apretados dientes. Adriana lo contempló aterrorizada antes de decidirse a arrojar el agua en ese rostro deformado por la pesadilla. Pero cuando quiso hacerlo, el brazo, rígido, como paralizado por la muerte, no le obedeció. La mano se había helado sobre el cristal, seca, ajena al resto de su cuerpo. La garganta se le desgarró en un grito espantoso, ululante, animal. Octavio pudo desprender al fin los parpados y alcanzó a mirarla, de pie ante la cama, petrificada en el ademán de verter el agua, con una expresión de demencia en los ojos, antes de que la avalancha de lodo desgajara la casa desde sus cimientos y la engullera en sus fauces monstruosas, para seguir corriendo quebrada abajo, impasible, suavemente.

ALEGRÍA DEL MAR

MUCHO antes de que amaneciera, el mar tenía ya un color de plomo líquido, vagamente aceitoso. Las olas rompían suavemente en la arena rayada por la huella de los cangrejos, algunos gritos de pájaros desgarraban la tela nocturna, de la que goteaban las últimas estrellas, y el frío que corría con las primeras claridades de la amanecida era húmedo de yodo y sal, casi palpable como las neblinas.

Poco a poco el mar mudaba de color, y sobre mar y cielo, como una regata de luces, se veía deslizarse el resplandor de la mañana. Pero la obstinada camanchaca del norte ocultaba el sol, y el mar sólo mostraba brillos de plata vieja. Sobre las olas se levantaban densas bandadas de gaviotas, y en las orillas, grupos inquietos de garumas picoteaban entre los manchones de sargazos abandonados por la bajante. Cortando la superficie cruzaban manadas de lobos marinos, el más viejo llenando la mañana con sus bramidos, y los más jóvenes, veloces como flechas negras y brillantes, zambulléndose con elegancia, en alarde de nadadores afinados, como si tomaran su primer baño.

Cuando aún es noche declinante y, más que asistir a la llegada del día, se presiente la inminencia esplendorosa -en ese viento ligero que resbala sobre las sienas, en el silencio del cielo y en la misma voz del mar, que resuena más fresca y tranquila-, se ve perderse en el confín oscuro la última linterna de las lanchas pesqueras y llegar, simultáneamente, las que vienen ya de vuelta, colmadas todavía de noche, trayendo a remolque una albacora lustrosa, como de bruñida caoba, o un bote de pesca menuda.

Entre esta hora sin ojos y la sucesiva, hora en que la mañana comienza a moverse en el puerto como un animal resplandeciente, de crines húmedas, Eliecer escuchaba a la vieja Emelina arrastrar primero su tos y sus chancletas, luego mover platos y cacerolas, rezando y refunfuñando. Su madre se levantaba entonces, los desnudos brazos de mujer joven arqueados sobre el pelo, atravesaba el humo denso que venía de la cocina y se iba a acallar los gruñidos de Emelina ofreciéndole un cigarrillo y ayudándole a preparar el desayuno. La mañana de humo tenía pronto olor de pescado frito. Eliecer se encogía bajo la manta liviana, en la cama, y se entregaba a la sensación de estar flotando sobre el mundo; era una gaviota, era una nube. Del puerto subían las voces de los playeros y los comerciantes. Alguien llamaba mar adentro: ¡Eh, Manuelitoooo! Veía el grito planear sobre los peces asustados. En la casa vecina lloraba una criatura. Eliecer, los ojos cerrados, subía por una escalera de caracol, angosta, infinita, que se perdía en el cielo, y sentía repicar en lo alto unas campanas que eran como polleras de muchachas. Subía, subía, y las campanas reían como burlándose. Reían con alegres carcajadas las muchachas, dobladas por la cintura y cubriéndose la boca con las manos. Descubrió que una de ellas era su maestra. ¿Lo habría visto? Bajaba su maestra por la escalera y los tacos finos de sus zapatos sonaban en los peldaños como si caminara por las teclas de un piano. Din, don, dan, don, din. Era necesario que no advirtiera su presencia; le preguntaría qué hacía allí, por qué no había ido esa mañana a la escuela. Pero la maestra lo tenía ya tomado de una mano, corrían los dos a la orilla del mar. Eliecer pensaba que no la había saludado siquiera. Buenos días, señorita. Las piernas de la maestra brillaban al sol como aquella tarde en que, con sus compañeros de curso, hizo un paseo hasta la roca de la cruz y se bañaron todos y todos hablaron después de las piernas de la señorita. En la playa, en una casucha de tablas, gritaban dos pescadores borrachos; uno de ellos quería cantar y el otro se empeñaba en que bebiere de la botella antes de hacerlo. La maestra apresuró el paso, incómoda; a Eliecer le habría gustado demorarse a contemplar la disputa. De pronto uno de los borrachos alargó el brazo y lo llamó. Era su padre. Se despertó.

Estaba completamente claro. Por las calles del puerto bajaban los estibadores. Se oían sus voces ásperas y cantantes, una más alta que las otras y, entre ellas, como cojeando, una tos desigual y persistente. Un perro ladraba en uno de los pontones.

-Vaya a buscar un litro de vino para su padre, Eliecer.

Tomó el dinero de manos del hombre y, sin soltar las monedas, se puso el pantalón y la camisa. Salió al viento fresco que pasó silbando por sus oídos. Corrió; corrieron los dos, viento y niño, calle arriba. El viejo Miguel venía en sentido contrario, rengueando, con una columnita de humo sobre los labios.

-¿Se levantó tu padre?

Dijo que sí sin detenerse. Empuñó la botella con las dos manos y prorrumpió en un gemido ronco y prolongado que quería imitar el zumbido de un avión al remontarse. Lo gobernaba él, piloto, y su máquina surcaba los espacios en audaces evoluciones sobre las nubes. Allá abajo, muy abajo, quedaba el puerto, recostado contra el mar. Reconocía la calle principal, una culebra brillando bajo el sol; la plaza hormigueando de gente, el manchón verde del parque junto a la rambla. En la puerta de su casa su padre agitaba el puño reclamándole el vino. Eliecer empuñó con más energía la botella, que tradujo el temblor que acababa de sacudirlo; pero en seguida divisaba el grupo de sus amigos, una parvada de niños que lo contemplaba con la boca abierta, desde la plaza de la estación, y sacudiendo la botella dirigía el avión mar adentro, hacia el azul sin término.

Diez pasos más allá se detuvo de golpe, en medio de la calle, olvidó su juego y comenzó a caminar despacio, balanceando la botella en una mano. Allí vivían los Mejido. Eran mayores que él y siempre querían pelear los dos contra él solo. El los había desafiado a hacerlo con uno primero y después con el otro, delante de testigos. Los Mejido no aceptaban; decían que el hombre para pelear no ponía condiciones. ¿Y ellos? ¡Cobardes, maricones! Pasó echando miradas de recelo al zaguán de la casa. Más allá, Juvencio, el mandadero de la botica, alzaba la cortina metálica. La ciudad se disponía a la batalla del día. El italiano Brunelli colgaba telas y prendas sobre la puerta de su negocio; Barahona, escobas y plumeros. Dobló la primera esquina y entró en el despacho del chino Lin; la mujer del chino, la sorda Zenobia, le arrancó la botella de la mano después de verificar el dinero acercándose a los ojos para comprobar si no era falso.

-Todavía no amanece y ya la gente se pone a tomar vino -farfulló mientras llenaba la botella.

Eliecer alargó el brazo, tomó un puñado de galletas y se las echó rápidamente al bolsillo.

La sorda lo mira con desconfianza.

-No me habrás robado nada, jorobado sin vergüenza, ¿no?

Eliecer respondió con dignidad:

-¿Me ha visto con cara de ladrón?

Pasar delante de la puerta de los Mejido era ahora más peligroso. Podían romperle la botella de vino, y su padre, después, le rompía la piel a azotes. Con la botella en la mano sentíase incapaz de hacerles frente. Se preguntó si no le convendría tomar por otra calle, dar un rodeo, pero siguió caminando. Cruzó, temblándole las piernas, por delante de la relojería, ya abierta, donde alcanzó a divisar a los dos Mejido limpiando los vidrios del mostrador. Si lo provocaban, no habría podido correr, embarazado por la botella. Los contempló, bien peinados y con trajes mejores que el suyo, trajes cosidos por don Hermelo, el sastre, mientras que el suyo era obra de su madre; el pantalón, de unos viejos de su progenitor, y la camisa (esa vergüenza íntima lo humillaba, y habría preferido morir a revelarla) de una camisa de mujer, sí, de su madre. Era todo lo que llevaba. Miró los zapatos rotos pero lustrados de Lucho Mejido; estaba seguro que él, con los pies desnudos, lo aventajaba. ¡Marica! No, no correría; ¿por qué iba a correr? Una cólera sorda se levantó en su pecho. Se detuvo, extrajo del bolsillo de su pantalón una galleta y comenzó a roerla ostensiblemente, despacio, para prolongar su placer; demorándose a cada paso continuó su

camino. Un barco, en la rada, lanzó un pitazo hondo. En el horizonte, una rayita de humo, apenas visible a los ojos humanos, le indicó la entrada de una nave.

De repente una voz gritó a sus espaldas:

-¡Jorobado, hijo del diablo!

Eliecer se volvió como tocado por una corriente; alcanzó a ver a Lucho Mejido que se escondía en la tienda de su padre.

-¡Ven a pelear si eres hombre, maricón! - gritó Eliecer.

Pero nadie aceptó su desafío.

Cuando llegó a su casa, su padre apenas si lo mira. Además del viejo Miguel estaba allí su tío Esleván, hermano de su madre, dominando la escena en una mesa artillada de botellas de vino, que visiblemente le pertenecían. Esleván era tipógrafo; todo en él trascendía suficiencia.

-Hablas como un diario, lo que dices apesta a diarios viejos -solía decirle su cuñado.

Eliecer pensaba lo mismo, de modo que se fue a la cocina.

-¿Fuiste a buscar vino? -le preguntó la vieja Emelina.

-Sí -contestó con indiferencia.

La vieja lo estudió un segundo y luego exclamó como hablando consigo misma:

-¿Y por qué mandan a los niños? ¿Se creen que yo me voy a quedar con el dinero?

-Es que usted se toma el vino en la calle, señora, y llega aquí con el cuento.

Aunque la acusación era cierta, la vieja se volvió echando llamas por los ojos.

-¿Qué te has figurado, mocoso insolente? ¿Por quién me has tomado? No te rompo la boca de una cachetada porque soy buena. Seré vieja y pobre pero honrada, ¿sabes? ¡Atrevido!

Se puso a desayunar sin preocuparse de los insultos de Emelina, que seguía llenando la cocina con sus gritos. Una nube de moscas zumbaba en la habitación.

De pronto la vieja Emelina lanzó un gemido. Tenía la cabeza entre las manos y de cuando en cuando se aplicaba un golpe en la sien con el puño cerrado.

-¿Qué le pasa señora?

-¡Ay!

-¿Tiene malos pensamientos?

-¡Ay, hijito! No se burle de esta pobre vieja. Si viera cómo se me ha puesto la cabeza. ¡Me duele como un diablo!

Y volvió a los golpes. Eliecer hacía dibujos imaginarios, con el dedo, sobre la tabla de la mesa. Emelina se le acercó.

-Hijito, usted que es tan bueno, ¿por qué no me trae un dedito de vino para pasar este dolor de cabeza? Pídaselo a su padre; vaya, sea hombrecito, Eliecer.

Se levantó con gesto desganado y paso a la habitación vecina. Tomó una copa, la llenó y, cuando salía, oyó que su tío le decía:

-Oye, mocosito de porquería, el vino se hizo para la gente que sabe tomarlo, no para la basura.

-Es el vino de mi padre, no el suyo –replicó con altivez.

Dejó el vaso colmado delante de Emelina, sin decir palabra, y se encaminó a la playa.

II

En aquel punto de la costa las olas saltan sobre las rompientes y vienen, altas y veloces, coronadas por un airón de espuma, a morir en la arena. Entre una y otra, la playa queda desnuda. Los muchachos corren mar adentro al encuentro de la ola próxima, se lanzan de cabeza contra ella, y nadan flotando en la cresta espumosa; la ola es un potro marino disparado hacia la costa, con un jinete encumbrado en el lomo, al que luego deposita blandamente sobre la arena fresca y crujiente.

Quando Eliecer se cansaba de este juego, buscaba entre los acantilados esas pozas profundas en las que el agua del mar se arremansa y es verde y translúcida. Se zambullía allí con los ojos abiertos para contemplar las flores azules, los líquenes dorados, las pinzas amarillas de los cangrejos y el rosado nidal de los moluscos. El sol hería el aterciopelado tapiz de las rocas y hacía brillar la arena limpia del fondo, lecho de oro donde dormían las estrellas de mar y flotaban los penachos suntuosos de los celenterios.

En esas incursiones prefería bajar solo, deslizándose con suavidad, simplemente a mirar. Era la codicia de los ojos, no de las manos. Se sentía solidario con la vida vegetativa, aparentemente eterna y sin urgencias, de las anémonas y los erizos adheridos a las rocas, pertenecía también a su elemento.

-Vamos a espantar los patos -propuso Nicanor.

Tostados por el sol, vistiendo apenas un pantaloncito, ágiles y flexibles, corrían los niños por la playa o saltaban sobre las rocas pulidas por el roce de la pleamar. Eliecer siempre detrás, enfundado en un traje de baño que pretendía disimular su joroba, tejido por su madre.

Se arrojaron al agua, uno después de otro, como lobos asustados. En el agua desaparecía la inferioridad de Eliecer; nadaba de costado, ágilmente, y solo a ratos su joroba emergía de la superficie, a manera de una extraña aleta. Corría más que ninguno, y solo Pedro lo aventajaba unas veces. Pedro era, en cierto modo, el caudillo del grupo. A su lado Eliecer se deslizaba como un delfín, sin mover apenas el agua, con braceadas limpias y rápidas. Sortearon un manchón de algas, siempre juntos, uno al lado del otro, con los demás a la zaga. El mar estaba azul y brillante; a lo lejos, en los muelles, cabeceaban algunos barcos. Finalmente abordaron una roca; la mano de Eliecer fue la primera en posarse en la meta.

-¿Comiste plomo que estás tan pesado? - gritó alegremente, ya encaramado en el escollo, viendo llegar el último a Nicanor.

-Qué gracia -se defendió Nicanor; era lento también de palabra, y estaba visiblemente lastimado en su amor propio. -Si vos tienes motor en la joroba.

Eliecer recibió el impacto sin ofenderse, pero quedó al acecho de su revancha. Nicanor se aferraba torpemente a las salientes de las rocas para dejar el agua y de pronto lanzó un juramento. Había puesto la mano sobre un acalefo y, por más que la retiró con presteza, se le puso roja y

ardiente como una quebradura, por efecto de la secreción caustica de la medusa. Reconcentrado en su rabia, se la sobaba melancólicamente, entre las risas sofocadas de sus compañeros.

Permanecieron en silencio, un buen rato, agazapados detrás de la roca batida suavemente por la resaca. Y de repente irrumpieron del otro lado del farallón, dando alaridos salvajes. Las gaviotas se alzaron espantadas, en una nube densa y ruidosa, golpeando las alas y chillando; evolucionaron unos instantes sobre la bahía y luego enfilaron hacia otro promontorio que emergía unos quinientos metros mar adentro. Algunas se desprendían de la bandada y caían como flechas en el agua, para volver a la superficie tragando glotonamente una sardina.

-Se fueron al islote -comentó Pedro.

Los balnearios, allá lejos, se iban poblando lentamente de bañistas; se divisaban sus trajes de colores, los quitasoles rayados y, detrás, la larga fila de automóviles. No era un sitio para ellos, además, preferían la soledad; se sentían más libres en contacto con el mar libre, las rocas hirientes, las gaviotas, el cielo abierto.

-El Chinchol -exclamó de pronto Nicanor. Todos se volvieron. Por la orilla de la playa, a sus espaldas cruzaba en esos instantes un hombre greñudo, la barba crecida, vestido de harapos.

-Déjelo tranquilo -pidió Eliecer. -No lo molesten.

Pero ya todos, haciendo pantalla con las manos, gritaban a coro:

-¡Chinchol! ¡Chinchol!

El hombre se detuvo en seco, bajo el sol, y volteó la cabeza.

-No sean brutos -intercedía el jorobadito. -¿Para qué tienen que meterse con él?

Los niños seguían haciendo escarnio del desdichado, a quien parecía herir en lo vivo el sobrenombre, pues alzó el puño y los amenazó, iracundo. Levantó luego una piedra y la arrojó con furia en dirección al grupo, pero la distancia era grande y la piedra cayó ridículamente en el mar. Mientras se alejaba, volvíase de tanto en tanto, para insultar a los muchachos.

-¿Y tú por qué lo defiendes? -interpeló Nicanor.

-El hombre no hace daño a nadie -repuso Eliecer. -Debe ser muy desgraciado, ¿qué sacamos burlándonos de él?

Callaron todos.

-Vive solo -explicó en seguida Pedro-, en una caleta desierta. Duerme al amparo de unas rocas, en la arena, y se alimenta de mariscos que él mismo saca del mar. Nadie sabe de dónde vino.

-Pobre hombre.

-Esto me recuerda que debemos echarle algo al estómago, niños.

Provistos de unos alambres engarfiados se pusieron a buscar ostiones y erizos. Pedro se deslizó entre unas rocas; había visto algo. Hundió la mano y de repente su brazo asomó aprisionado por los tentáculos de un pulpo. El muchacho le tomó rápidamente la cabeza y se la dio vuelta; un leve temblor recorrió los largos apéndices y el molusco quedó inmóvil.

Cocieron todo en una lata, alimentando el fuego con huiros secos y restos de embarcaciones diseminados por la playa. Mientras comían, en silencio, la mirada perdida en el

confín azul del mar y sintiendo cantar en sus oídos la sinfonía eterna de las aguas, convinieron en que la vida merecía la pena de ser vivida. La vida era hermosa.

III

Cuando Eliecer abrió los ojos, el navío del sol navegaba ya de bolina hacia el horizonte, en busca de puerto. Quedaba todavía, sin embargo, un par de horas para arriar las velas. Sus amigos seguían durmiendo la siesta, la cabeza casi hundida en la arena.

Se puso de pie y, como sugestionado por los brillos del sol en la gran masa líquida, se internó paso a paso en el agua. El reflujo de la marea era como la respiración del mar, lenta y poderosa. Tenía la sensación de desafiar temerariamente al fabuloso monstruo, y recibiendo en su débil pecho la salada embestida de las olas, se sentía él mismo inmenso y fuerte. En ese instante una ola alta lo levantó, lo sobrepasó cubriéndolo de agua y espuma ruidosas. Gozosamente comenzó a luchar con la marejada y a nadar hacia el peñón, que alcanzó con facilidad. Sentado en la cima de la roca, contempló el mar, de un azul profundo, que se mecía allí tranquilo y solitario y murmuraba en su lenguaje misterioso.

-Querido mar -dijo Eliecer. -Estas contento, ¿eh? Yo también lo estoy, viejo amigo. Es el día, el lindo, lindo día. Vamos a darnos otro remojón.

Volvió a lanzarse al agua y enfiló ahora hacia el islote, mar adentro, braceando sin esfuerzos, para no fatigarse. Se sentía dichoso de vencer la elástica resistencia del agua, de saberse solo y puro y libre entre mar y cielo, a cubierto de la hostilidad del mundo. Nadó de espaldas unos minutos; cuando calculó que el islote estaba próximo se dio vuelta y avanzó vigorosamente hasta abordarlo. Tendido de vientre en la arena dejó un largo rato que las olas le lamieran las piernas y se retiraran cansadas para volver de nuevo, insistentes y rumorosas.

En la playa distante sus amigos no daban señales de vida; probablemente los holgazanes seguían durmiendo. Vaciló entre volver o quedarse allí, esperándolos; y entonces se resolvió a costear a nado el islote. Sus amigos nunca lo habían hecho, porque del otro lado carecía de playa y caía sobre el mar en un acantilado que las olas batían con furia.

Nadó en un amplio círculo para evitar la resorción de la marejada; a medida que adelantaba en su impulso, el mar se hacía más ruidoso al arremeter contra el peñasco. Enfiló con entusiasmo ahora en un mar inquieto y ligeramente revuelto, frente a la escarpa, y en seguida deslizóse en línea recta, enérgicamente, tratando de mantener la gestión de su ahínco a buena distancia de la tolmera. Era una batalla con la muerte, y lo sabía; si se descuidaba un instante, si aflojaba en su ardor, un golpe de mar podía estrellarlo contra las rocas. Iba a ganar ya, por fin, el otro extremo del risco sombrío, hirviente de espumas negras y sobrecogedoras. En ese momento descubrió al Chinchol.

El hombre flotaba en el agua con la apariencia de un ahogado; rígidos los brazos y las piernas. Los largos cabellos empapados cubríanle los ojos dándole un aspecto siniestro. Y hasta creyó advertir reflejos verdosos en la piel de ese cuerpo sin carnadura. Pero tenía clavada la mirada en Eliecer.

Al muchacho se le había encogido el corazón, mientras seguía nadando. Se sentía avergonzado de la conducta de sus amigos al insultar al solitario; maldijo su estupidez. Era tarde para volverse atrás, pues de otro modo habría huído; todo lo que le quedaba por hacer era pasar lo más lejos posible del hombre, aparentando naturalidad, dominando el oscuro miedo que extrañamente se había apoderado de sus entrañas. Aceleró sus movimientos en el agua convulsa.

Pero el Chinchol se había dado vuelta y avanzaba, a su vez, para cortarle el paso. En sus gestos, en su mirada de odio, adivinó su resolución. Braceó Eliecer con todas sus reservas de entereza, en un salvaje, desesperado esfuerzo por tomarle la delantera; si lograba salir al otro lado del islote, estaría a salvo, podía gritar y sus amigos lo escucharían, lo escucharían tal vez otras

personas, mientras que ahora sus gritos quedarían ahogados por el fragoso embate de las olas contra el farallón. Gritó, con todo, absurdamente; absurdamente deseó que su atacante se asustara, y volvió a gritar. El Chinchol estaba ya a dos brazadas, a una brazada; sintió su jadeo quemándole la nuca, presintió su mano alargándose para tomarlo de los cabellos. Entonces hundió la cabeza en el agua y se sumergió con rapidez; nadó debajo de la superficie, ahora en sentido contrario, y reapareció a una buena distancia de su perseguidor.

Por el rostro de desconcierto y extravío del Chinchol pudo comprobar, con alguna tranquilidad, que el hombre no sabía zambullir; ello le procuraba una ventaja, la aprovecharía. Pero el Chinchol era más veloz, y la rabia acrecentaba su velocidad. De nuevo estaba sobre él; Eliecer volvió a zambullirse. Deseó ser pez, con todas las ansias de su alma, para perderse debajo del mar; deseo ser un tiburón para dar cuenta a dentelladas de su adversario. El Chinchol, cada vez más ciego de furia, no le daba tregua.

Se habían acercado, entretanto, al extremo del islote; con un poco de suerte, y a favor de la corriente, podría salir a la vista de sus compañeros, que probablemente ya habrían advertido su ausencia. Nadó frenéticamente, con redoblado brío, y de pronto sintió la mano del Chinchol que se aferraba a una de sus piernas. Se escurrió como una anguila, pateando el agua y debatiéndose en el terror y el aturdimiento, perdido ya el control. Los brazos del hombre luchaban por hacer presa en él. ¿Iba a ser ese el fin? ¿Iba a morir de esa manera, sin que nadie supiese nunca como había muerto, quién lo había matado? Por su imaginación cruzó como un relámpago la imagen de su cuerpo flotando entre las algas, comido por los peces. Quiso zambullirse de espaldas, en una última tentativa por salvar su vida y, de repente, sin saber como, se encontró con la cabeza del Chinchol aprisionada entre sus piernas; las apretó instintivamente en el cuello de su enemigo y ajustó el anillo con todas sus fuerzas, hundiéndose todo lo que pudo. El Chinchol le desgarraba la carne con las uñas, tratando de desasirse y sacarlo a la superficie. Era una lucha de vida o muerte, pero no podía durar mucho. Eliecer sentía que su pecho iba a estallar, necesitaba respirar, necesitaba aire, y en ese mismo instante advirtió que la presión del Chinchol aflojaba, que su cuerpo se iba al fondo. Se desembarazó de él y subió a flote. El Chinchol no volvió a reaparecer.

Eliecer permaneció de espaldas en el agua, sofocado, para recuperarse; luego ganó penosamente la playa del islote. Sus compañeros lo encontraron allí, sin conocimiento.

Cuando volvían, en un bote que fueron a buscar Pedro y Nicanor, quisieron saber lo que le había ocurrido, lo llenaron de preguntas.

-Luché con un lobo -dijo Eliecer, con dureza. -Lo vencí.

Sus compañeros se le quedaron mirando, miraban sus piernas heridas, surcadas por hondos canales sangrantes, y por primera vez lo consideraron con silencioso respeto, mientras él, por primera vez, descubría que los odiaba.

EL ALIMENTO PROFETICO

La llave que abre a las furias
mi morada nocturna.

Shakespeare

EL AVISO

LUEGO de dejar el abrigo y el sombrero en la percha del vestíbulo, Abel penetró en el comedor. Encontró allí a sus hermanas, Rosa y Corina, de pie, casi juntas las cabezas, espiando en silencio, como atemorizadas, por la ventana que se abría sobre la barranca.

-¿Qué ocurre? -preguntó Abel, con una sonrisa.

Se dieron vuelta, sobresaltadas.

-Oh... Ahí está de nuevo esa mujer.

-¿Y no han averiguado lo que quiere?

-Bien sabes que no responde, y cuando alguna de nosotras sale a su encuentro, se aleja. ¿Qué crees que debemos hacer?

-Nada; dejarla. Ya se cansará.

Sus hermanas no parecían muy convencidas.

-Es que, además de intrigarnos -repuso Corina-, nos asusta. No que le tengamos miedo a ella misma, pero hay algo en su actitud, que impresiona.

Iba a sonreír Abel, más se detuvo. Quería demasiado a sus hermanas; no deseaba lastimarlas mostrándose indiferente a sus preocupaciones.

-Convengo en que es un personaje raro - dijo. -Pero no creo que se proponga nada malo. Su actitud, en ese caso, habría sido otra. No le den importancia. La enfermedad de mamá, los cuidados, las noches en vela, nos han fatigado los nervios. Eso es todo. Hasta el punto de inquietarnos por la presencia de una maníaca cualquiera. Ya se aburrirá. No vale la pena tomarla en cuenta.

Se acercó Abel a la ventana. En lo alto de la barranca, a cierta distancia de la casa, estaba la desconocida: el cabello suelto, la pollera larga, de color castaño, como hábito congregacional; los pies desnudos. "Tiene todas las apariencias de una loca" pensó.

Nadie sabía quien era; nadie la había vista antes en la comarca. Apareció por primera vez, allí en lo alto de la barranca, justamente al atardecer del día en que agravó su madre. Afanados por la enfermedad de la anciana, no le prestaron atención. Pensaron en una forastera vagabunda, arisca, tal vez alunada por la miseria. Luego la vieron volver todos los días, siempre a la misma hora, con el crepúsculo; permanecer en el mismo sitio, de pie, los ojos clavados en la casa, muda a cualquier pregunta. Y huir cuando se le aproximaban.

-¿Cómo está nuestra madre?

-Mejor -dijo Rosa.

-Hoy está muchísimo mejor. Casi bien -corroboro Corina.

-Voy a saludarla un momento. Luego saldré a ver si consigo enterarme de lo que quiere esta chiflada.

Salió unos minutos después. Hacia frío, afuera. Se arrepintió de no haber tomado su abrigo; esos aires de la sierra calaban hasta los huesos. Trepó sin prisa, con decisión, el sendero de la barranca, pero al llegar arriba comprobó que la mujer había desaparecido. Miró en torno, unos instantes; luego siguió por el camino que conducía al río. La mujer no podía andar muy lejos, aunque no se advertían rastros de su presencia. ¿Era posible que fuera capaz de correr tanto, que sus piernas de vagabunda le dieran para tanto? Continuó avanzando hasta llegar a la orilla del río. Se detuvo; escrutó el agua silenciosa. La mujer se había desvanecido como una trucha. "Me la ha jugado", pensó Abel, con cierta cólera contra sí mismo. Abrigaba la certeza, sin embargo de que hasta allí, hasta la orilla del río, no había llegado. Podía haberse internado en un carrizal; podía haberse escondido detrás de unas rocas, había tantas en los alrededores. Renunció a buscarla; la búsqueda, además, le pareció de pronto una tarea superflua. Se volvió.

-Me la ha jugado -repitió al llegar a su casa.

Sus hermanas lo miraron recelosas, con una sombra de malestar en el fondo de los ojos, de un modo que lo hizo sentirse avergonzado. Y no dijeron nada. Abel se dirigió a la habitación de su madre.

No fue aquella noche, sino dos noches más tarde, un sábado, aquel sábado que después ya no olvidarían, cuando la sintieron llorar en lo alto de la barranca. El llanto los despertó, los arrancó de sus lechos. Los tres hermanos se encontraron reunidos en el comedor, tiritando de frío bajo los saltos de cama, absortos en su alarma. Era un llanto de acentos desgarrados, un llanto casi aullante, no alto, más bien sordo, como sofocado; por eso mismo, lúgubre, con reiteraciones profundamente dolorosas, que poblaban la noche de una infinita angustia, de una infinita desolación. Sin necesidad de ponerse de acuerdo supieron que era ella, la mujer, la que así lloraba; el llanto venía del mismo sitio en que la desconocida se instalaba al caer de la tarde.

Su primer cuidado fue acudir a verificar si la plañidera había despertado a la madre. La anciana, por fortuna, dormía tranquilamente.

-Pero esta loca va a despertarla -se inquieto Abel. -La asustará. Voy a salir a echarla.

Las hermanas, tomándolo cada una de un brazo, se lo impidieron.

-¿Qué hacer, entonces?

-Esperemos un poco. Tal vez ya calle.

El llanto se apagaba, a ratos, como alejado por el viento; en seguida volvía a levantarse, inagotable en su laceración penetrante. No era un llanto causado por un dolor físico, sino el llanto que nace de los más hondos desconsuelos, de las heridas incurables del alma, de las tribulaciones sin remisión, de lo definitivo.

-Pobre mujer -dijo Corina.

-¡Es terrible!, -exclamó Rosa.

Abel permaneció callado.

Resolvieron volver a sus lechos. ¿Qué remediaban levantados? El llanto de la mujer continuó resonando en sus oídos, a lo largo de la noche, luego en sus sueños.

Al día siguiente, domingo, la mujer no se dejó ver en la barranca. Tampoco asomó el lunes.

-¡Dios quiera que no vuelva más! -se repetían las hermanas. -¡Dios nos escuche!

Una oscura intuición las hacía ya temerla, como a una encarnación de indefinibles adversidades. Pensaban en ella con aprensión. Además, su madre estaba casi repuesta; el médico había autorizado que abandonara la cama al día siguiente; y la presencia de esa mujer enigmática, su llanto nocturno, podían afectarla.

Pero el martes estaba allí de nuevo. Abel se hallaba resuelto, esta vez, a darle caza. Y, tan pronto como la vio, salió en su seguimiento. En dos trancos alcanzó la ceja de la barranca, sólo para acreditar que, como en la ocasión anterior, la mujer había huido. El día era gris, como de estaño; no se veía el horizonte. Nubes bajas flotaban pesadamente, casi a ras de tierra. La noche iba a desplomarse, de un momento a otro, sobre los campos ateridos. "Condenada bruja", gruñó Abel, desconcertado. "Pero hoy no te burlarás de mí". Corrió a lo largo del camino, alerta el ojo, el oído alerta, escudriñando a su paso, aquí y allá, y atento al menor movimiento, al más leve rumor. Al acercarse a la orilla del río la descubrió, por fin, parada en lo alto de un ribazo, del otro lado de la corriente. ¿Cómo había cruzado el río, si el puente se hallaba cien metros más arriba? ¿Cómo había ascendido tan pronto a esa cima abrupta? No mostraba signos de fatiga.

La contempló unos instantes antes de preguntarle, a voces, por sobre las aguas, quién era, que quería, por que los importunaba. La forastera lo miraba, sin contestar. Era una extraña visión, erguida inmóvil en esa altura, casi envuelta por la niebla, casi envuelta por el misterio.

Volvió a gritar:

-¿Quién es usted? ¿Qué busca? ¿Qué desea?

Ninguna respuesta.

"Pierdo el tiempo, pensó. Es una pobre loca. Inútil seguir persiguiéndola; mientras yo alcance el puente, habrá tenido tiempo para esfumarse otra vez. Lo mejor será que baje mañana a la población y de aviso a las autoridades". Acto seguido reflexionó: "¿Y de qué la acusaría? Después de todo, ¿qué daño nos ha causado?"

Decidió regresar.

Había caminado algunos pasos, había embutido las manos en los bolsillos de su abrigo, cuando la mujer, inesperadamente, gritó; gritó con sobrecogedora voz, sobre su cabeza:

-¡Ay dolor, ira del cielo!

Abel se detuvo bruscamente. La voz parecía haberlo golpeado por la espalda; adivinó que la mujer no desvariaba, que las palabras le estaban vagamente dirigidas.

-Que Dios te ampare -oyó que decía-, porque de quebrantos y luto estaban hechos los muros de tu morada, de amargura está colmado el cáliz de tus días.

La incierta admonición, su absurdo énfasis anagógico, lo hicieron estremecerse a despecho de sí mismo. Miró con ansiedad hacia lo alto, hacia la borrosa y sombría figura. ¿Qué de opresivo, qué de abominable se desprendía de aquella voz? Estaba asustado, advirtió que temblaba; y, luego de una corta vacilación, echó a correr, seguido por el acento de esas palabras advertencias; desolado y temiendo llegar a su casa, deseando que todo no fuera más que una pesadilla, y él un necio, un gran necio, mientras el cielo se oscurecía rápidamente y densas sombras caían sobre el camino, cerrándole el paso.

RETORNO CON LAURA

Eludiendo deliberadamente a las personas que aguardaban el ascensor en el vestíbulo del edificio, Anselmo ganó la escalera, hacia el primer piso. No quería hablar con nadie; iba a casarse esa tarde y se sentía, en mucho tiempo, presente en sí mismo, pregustando su felicidad, y la gente lo fatigaba con su cordialidad inútil. Por lo demás, eran las seis y media; disponía del tiempo preciso para tomar su valija con la ropa de circunstancias y alcanzar el tren que lo llevaría a Lomas, a casa de su novia. Se vestiría allí; la ceremonia estaba fijada para las ocho.

Al llegar al rellano se cruzó con la señora del arquitecto Espinosa. La señora Espinosa se calzaba los guantes y los agitó alegremente al abordarlo; Anselmo ocultó su contrariedad.

-Dicen que es buena suerte tropezar con el novio, por casualidad, momentos antes de la boda. Mire usted si soy afortunada, doctor. Tan afortunada como la novia. Pero, Dios mío, ¿qué hace usted suelto en estos precisos instantes?

-Tuve que cumplir con unas diligencias... Me marcho en seguida.

-En el lugar de ella yo no lo habría dejado cumplir sino conmigo. A estas horas lo tendría ya prendido a mis faldas, bien segura. Se preguntará por que no lo hago con mi esposo, ¿verdad? Claro, claro... Pero no es lo mismo. Usted sabe por qué, ¿no es cierto?

Sonrió Anselmo por toda respuesta y, luego de tocarse el ala del sombrero, continuó hacia sus habitaciones. La copiosa vecina parecía abrigar la esperanza de mantener con el médico un aparte muy conversado; pero él conocía el modo de abolir con elegancia esas ilusiones. Manejó diestramente la llave y pasó, sin encender la luz, de la recámara a su dormitorio. Allí lo esperaba Bocha.

Bocha empezó a ladrar, al verlo, contra su costumbre, y a saltar agitadamente. Parecía inquieta, los ojos más tristes y viejos que de ordinario. Se inclinó a darle unas palmadas en el lomo; los pelos del perro se erizaron como electrizados.

-¿Qué tienes, Bocha? ¡Vamos! ¿Piensas que voy a abandonarte, acaso? ¡Cómo puedes suponer eso! Nos iremos juntos; no nos separaremos nunca. ¿Estás conforme ahora?

Y, de pronto, como sucedía a menudo, le pareció comprender que el perro le hablaba en sus ladridos. "Ahí afuera hay alguien que te espera. Hace un buen rato que te espera".

Como si la persona aludida hubiera escuchado también el mensaje de Bocha, oyó una voz que decía :

-*Soy yo; Laura.*

La voz parecía venir de la galería interior. "¿Laura aquí?", se dijo. ¡Qué tontería! ¡Cómo pudo haber entrado?" Sin embargo, esa voz increíble era de Laura; la reconoció. En la puerta que comunicaba con la galería, faltaba un vidrio; Anselmo se quitó el sombrero, que aún llevaba puesto, e introdujo la cabeza por el marco vacío. Alcanzó a distinguir, en el fondo en sombras, la figura borrosa de Laura, de pie, pálida, seria. Era ella, no cabía duda.

Laura era una novia de otro tiempo, a la que él había dejado. Los separaban muchos años y muchos llantos. ¿Por qué estaba allí, ahora? ¿Por qué venía a importunarlo precisamente hoy, como un odioso augurio? ¿Qué osadía, introducirse en su hogar! Sintió su mirada, una mirada extraña, casi vacía; retrocedió intrigado. Bocha rondaba intranquilo en torno a sus piernas.

"Es necesario aclarar esto, pensó Anselmo. Qué busca Laura en mi casa. ¡Cómo se atreve Lo haré ahora mismo".

Pero titubeaba. ¿Qué significaba esa intrusión? ¿Qué le correspondía hacer? ¿Cómo debía proceder?

Abría por fin la puerta, decidido. Vaciló una fracción de segundo, afuera, en la galería oscura. "Si enciendo la luz -meditó prontamente-.ofreceré un espectáculo. La galería iluminada carece de intimidad para las inquisiciones de mis vecinos". Un aire de hielo soplaba de algún lado y pasó descomponiéndole un mechón de sus cabellos. Anselmo se encaminó resueltamente al encuentro de la intrusa, que permanecía de pie en el extremo opuesto, seria y pálida, con el especioso fondo de la noche a sus espaldas, como un telón siniestro. "¿Por que siniestro?", alcanzo a pensar.

Laura vestía un traje azul, amplio, ceñido por un cinturón de hule. El conjunto se le antojó algo anticuado, y pobre; Laura no se había distinguido nunca por su elegancia, es cierto. Estaba pálida, pero tan hermosa como siempre, quizá más hermosa que en otros tiempos, reconoció él. Sonreía vagamente, con una sonrisa triste que hacía resaltar su tranquila belleza.

-Ya ves -dijo con esa misma voz que tantas veces le había hecho perder la cabeza- que no te he olvidado.

-¿Pero no habías muerto? -pregunto él aturdidamente. -Es decir..., me lo aseguraron, ¿comprendes ? Tú sabes... la gente...

-¿Y lo sentiste?

-¡Cómo puedes pensar que no! Lo sentí... claro...Me alegro, ahora, que no sea verdad.

Ella volvió a sonreír. Una sonrisa apenas perceptible, pero en la que se traslucía una profunda amargura.

-Y, sin embargo, en tan poco tiempo...

Anselmo se sintió turbado, incómodo. ¿Iban a empezar de nuevo las recriminaciones, las infatigables disputas, esa alianza sórdida en el recíproco escarnio? Pero estaba resuelto a ser firme, a defender con resolución su parcela de dicha. Se había recuperado.

-No deseo ofenderte -dijo. -No deseo siquiera que sigamos ofendiéndonos. Si tú no habías muerto, en realidad, para mí sí te habías extinguido. Lo nuestro había muerto. Soy feliz ahora, y no deseo más que seguir siéndolo.

Laura pareció estremecerse, como una cortina sacudida por una brisa insensible.

-La muerte... -dijo-, no sabes lo que es eso. Ni siquiera siendo médico lo sabes. Ignoras muchas cosas. Crees haberme olvidado; no, no me has olvidado. Y ahora más que nunca *no podrás* olvidarme. Y estaremos más unidos que nunca.

Aquello era inaudito. Anselmo sintió inflamarse la cólera en su sangre. Avanzó hacia ella, resuelto, enceguecido como en otro tiempo, para tomarla del brazo y arrojarle en el rostro palabras cargadas de una sorda irritación, pero a medida que se adelantaba, la imagen de Laura se desvanecía rápidamente en el aire, como un jirón de niebla.

Anselmo se llevó la mano a los ojos, como para despejar su desconcierto. En seguida, oyó el mundo exterior, oyó unas campanadas de un reloj vecino. Miró el suyo en la muñeca temblorosa. Increíblemente eran las diez de la noche.

ADELAIDA Y LA FURIA

Desde el fondo del patio en sombra, en aquel mediodía de enero, bajo el rigor del sol que caía sobre la calle y la incendiaba con resplandores intensos, Fermín Rosales podía mirar a través del marco de la puerta la desierta lumbre en el desierto silencio, y esperar. ¡Esperar! ¿Qué otra cosa era su vida, allí, sino esa condena? ¿Qué otra cosa era su vida en esa odiosa comarca, sino una larga espera, entre la furia del calor y la furia de los tifones? El marco brillaba vacío en su miel luminosa, como la moldura deshabitada de un cuadro, como la pantalla todavía sin imágenes de un cinematógrafo, con esa condición que se sabe transitoria porque se espera el soplo inminente que le dé animación y sentido.

Y así ocurrió.

En el marco de la luz había ahora una sombra. Sólo que la impresión era, para Fermín, la opuesta; era la sombra la que irradiaba luz y subordinaba, con su fulgor, a la luz primera. Así era Adelaida en sus sueños; así la veía ahora.

Salió corriendo a su encuentro. Pero, cuando llegó a la calle, Adelaida había desaparecido. La calle estaba solitaria. Edificaciones de paredes sombrías, bañadas por un sol lúcido, se alineaban unas al lado de las otras. Lanzóse en procura de la muchacha. Luego de caminar unas cuadras, al doblar una esquina, la divisó. Apuró el paso. Bajo el agobio del sofocante silencio, la ciudad parecía abandonada. ¡Quién se atrevía a salir con ese bochorno, o con las repentinas iracundias del vendaval! Sólo un loco, como él, sólo una obcecada, como Adelaida. Fermín avanzaba resuelto, con pasos largos, amargado. Sentía sobre su nuca, como un resuello incómodo, las miradas fisgadoras de la gente detrás de las persianas. Los edificios se alzaban radiantes y netos; el viento del abra había desgastado los muros, desvencijado las puertas.

Adelaida caminaba de prisa, sin volver la cabeza, "a pesar de saber que la sigo", pensó Fermín. Se sintió impaciente; gritó. Pero el viento del abra había comenzado a soplar y se llevaba sus palabras. Arreciaba, oscuro, lo golpeaba en medio del pecho, le llenaba la cara, dificultando su marcha. Fermín se mordió los labios; la cólera ganaba su cerebro. Oía martillar la sangre en sus venas; los latidos de su corazón retumbaban sordamente en la calle. ¿O era en su tumultuosa cabeza?

Por fin logro salir a una plaza. El ventarrón cesó de repente.

-¡Maldito viento! -exclamó.

Hacía tiempo que deseaba abandonar ese lugar aborrecible, pero lo retenía Adelaida. "Es contumaz, me tortura con sus caprichos. ¿Por qué se niega a escucharme?" La muchacha se había detenido en la pérgola de piedra de la plaza, en medio de un grupo de vegetación despojada. Tranquila, sonriendo al agua que gorgoteaba en el grifo de la fuente, sonriendo a la brisa que agitaba sus cabellos, no se dignó siquiera volver la cara del lado en que las pisadas de Fermín quebraban el silencio del mediodía. Detrás de Adelaida, allá abajo, al fondo, se extendía el cementerio; Fermín evitó mirar sus cruces oblicuas y sus tumbas inclinadas.

Apresuró el paso. Pensó lo que iba a decirle. "Es necesario que salgamos de este infierno. Debo convencerla. ¿Hasta cuándo vamos a prorrogar la insensatez?" Un aullido y luego un golpe en la espalda, inesperadamente, casi lo derribaron de bruces. Comenzó a correr. El zonda, negro y furioso, se había alzado de nuevo y descargaba sobre él violentos ramalazos. Su salvación era la pérgola, los árboles. Pero el viento lo empujaba con sus grandes manos alevosas, como a una rama desprendida. Fermín no lograba detenerse. Hundía los pies en la tierra, con porfiado

empeño, como si quisiera arraigarse en ella; sus manos arañaban el aire, en busca de un asidero. Tenía las mandíbulas apretadas por el esfuerzo. El viento era más recio que él; no le daba tregua.

Pasó al lado de la pérgola, braceando desesperadamente contra su propio ímpetu, arrastrado por la fuerza del vendaval como una hoja seca sobre las desiertas piedras de la plaza, gritando sin oírse, sin que lo oyera Adelaida, y viendo, con terror, que su rauda carrera lo precipitaba, inexorable, por la ancha alameda en la casa de los muertos.

Fermín Rosales cayó desarticulado en el fondo de un osario abierto; sus huesos crujieron, con ruido seco, al confundirse con los restos dispersos de los esqueletos definitivamente pulidos por las lluvias y por el tiempo.

© Rolando Diez de Medina, 2015
La Paz - Bolivia